JUAN LEON MERA

MIEMBRO CORRESPONDIENTE QUE FUE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

NOVELAS CORTAS

AMBATO

IMPRENTA MUNICIPAL

1952

INDICE

PAGINAS

Porque soy Cristiano 9

Entre dos tías y un tío 75

Un matrimonio inconveniente 157

Una mañana en los Andes 253

PROLOGO

El origen del relato, en el Ecuador, hay que buscarlo en Ambato.

Fue Ambato, y todo lo que hoy es su provincia, el cuadrilátero menos favorecido, físicamente, del país. A excepción de la cautivadora entrada al Oriente, el resto mostraba su magrez de niño desnutrido. Quebrado, sinuoso, pobre, enfermo en su mayor parte de aquel eczema cósmica que se llama la erosión, ofrecía al habitante un cuadro famélico. Apenas si, de Patate hacia adentro, y en aquello que la deyección del Tungurahua no había endurecido, el verdor era —y es— casi espontáneo y en todo caso exultante. Ubicado en el sector sur de una hoya central, en un maravilloso lugar, por otra parte, para el comercio y el intercambio espiritual, determinó un habitante de tipo especial: extremadamente apegado a su tierra, emprendedor, decidido, egoísta a fuerza de apreciar sus cosas pero que se abre, sin embargo ampliamente, cuando ha de exhibirlas o compartirlas con los demás, o cuando ha de poder completar con ellas un cuadro nacional de magníficos contornos patrióticos. Un ser que trabaja incesantemente, que se mueve en torno a su pegujal, lo cerca de alegría y lo siembra de esperanzas, pensando que si alguna vez ha de recibir de la tierra, habrá que hacer que ésta lo dé todo. No se separará de ella por lo que, sin emigración, hacia mayores centros, se va acumulando una densa población que reclama más trabajo.

En efecto, parece que considerando su situacion de desventaja frente a sus vecinos y hermanos, frente a los pobladores de otras regiones ecuatorianas, más pródigas, más asequibles, emprendió una lucha secular, —como que era lucha por su sostenimiento— y desde el segundo día de ella, que debió ser el segundo de su establecimiento sobre el suelo, ya se señalan los resultados. Los árboles comienzan a multiplicarse sobre la tierra inhóspita, gracias a la cicatriz maravillosa que en su faz forman las acequias abiertas a puro pico en las rocas, como interminables frases que hablan de esa inmensa, de esa tremenda lucha que el hombre sostiene con la naturaleza, abiertamente enemiga, y de su triunfo. El campo no

es fecundo, por lo general hay arena o hay piedra y la capa vegetal es mínima, en mínima extensión. El labriego ha tenido que cavar con sus uñas los surcos para que supuren verdor, y de ahí que el mensurero de entonces haya debido trazar esos acueductos tan generosos como no se hicieron decenios más tarde. E iniciada la batalla del hombre contra su medio, el resultado son no solamente los golpes de luz enorgulleciéndose en la piel de las manzanas y los duraznos inigualados, ni las actividades de la incipiente industria, desarrollando un nuevo género de vida, ni la denominación general con que se conocerá luego a la provincia que fuera tan pobre y hostil: huerto y jardín del Ecuador, sino también la obra literaria y artística insurgiendo, —este es el término— indurgiendo definida de donde, lógicamente, menos podía hacerlo: de un rincón desolado y hostil. Cómo? Por qué?

Expliquémonos.

La provincia venía siendo nada más que un mal terreno bien situado. Y el hombre que debió pasar encorvado a diario sobre el suelo —duro y poco generoso— entablando con él la ruda conversación del arado y el azadón, extrayéndole poco a poco la riqueza que espontáneamente no le brindada, exigiéndole, instándole, obligándole, constriñéndole a punta de agua y abono, terminaría por establecer con él una especie de comprensión cara y estrecha. Cuántas veces acaba uno adorando a quien más le hace sufrir! Y de ahí nació ese quererse de hombre y tierra, ese comprenderse de suelo y hombre. Ese comprenderse que hizo que éste no se separara de su medio natural y que la tierra se metiera tan hondo en el espíritu suyo. Difícilmente hay habitante de lugar alguno del Ecuador que más apegado esté a su tierra que el de esta región. Su sangre se ha compenetrado con el paisaje y a donde quiera que vaya, cualquier cosa que admire, tendrá siempre un punto decontacto en la comparación con un pedazo de su heredad. Entregado él a la naturaleza y ella —aunque esquiva y poco complaciente— fecunda a fuerza de caricias, harían que se estimara el valor de «lo geográfico» en la vida. Y así, el hombre que encorvado pasara el día sobre el surco de la tierra, en sus ratos de descanso —al atardecer, a la noche— encorvado sobre un papel iría fabricando otros surcos, surcos humanos de tinta, en los que pondría sus conversaciones con la naturaleza, las cosas que ésta le iba diciendo.

De ese ángulo surge nuestro relato, el relato ecuatoriano.

Y de los primeros que lo intenta, es don Juan León Mera.

Hombre de la tierra, trabajador de pala y azada, pobre en su niñez, sólo lamentó que le hubiesen dicho que no tenía sangre india en las venas. Pero, en nuestro medio, tuvo el apego del indio, el amor del indio, la nobleza del indio para con la tierra, en momentos en que sólo el indio debía trabajar y el trato con ellos era indigno.

Desde su Atocha, desde la temporal «Rumiquincha», Mera se adentra en la tierra, la comprende y la ama. En esto, es solamente uno más, uno más que reside en la tierra, con la tierra. Uno más que tiene que animarle y constreñirle. Por eso, la comprende y la ama. Y luego la describe. Y cómo la describe! En toda su obra, cuando debe referirse a la naturaleza, parece que lo hace con delectación. Salido de una niñez dolorosa —casi no niñez— habiendo tenido que atender en persona a su propia educación, sin la necesaria presencia del padre y ante la inmediata vigilancia materna, estricta y religiosa, divino, en lo espiritual, católico profundo y en lo político, conservador convencido. Quien es católico, por lo general es conservador en este país. Y sin otra vía que la de unos pocos libros conseguidos de poder de amigos chapdos a lo clásico, fue también, ya cuando desarrolló sus facultades personales, un clásico.

Pero en él, su medio natural, al encuentro de su educación, daría el caso insólito de un clásico dandonos relatos realistas.

En efecto, excepción hecha de «Cumandá», la más conocida pero en este aspecto no la más nuestra de sus novelas, y de alguna que otra pequeña, las demás tendrán un gran sentido de observación, una gran fidelidad en la copia o creación de los personajes, una especie de crudeza en el desarrollo de la trama y una sencillez en el relato, que le colocan efectivamente entre los realistas. Al extremo que parece, alguna vez, haberle asustado su propio realismo, al retirar los originales de «Los novios de una aldea» que se publicaban en Guayaquil.

«Cumandá», de tanto relieve en su tiempo, era un ser —cada libro es un ser— que si bien estaba hecho de arcilla ecuatoriana, tenía en cambio alma europea. De ahí su artificialidad. Clásicamente, es una obra vaciada en moldes románticos, y vive, más que por su contenido temático y por su propiedad novelesca, por la maravilla de sus descripciones. Mera, por lo mismo, viene a ser, cronológicamente, no sólo de los primeros realistas del Ecuador, sino por habilidad y sentido artístico, uno de los mejores descriptores. Para la mente de este siglo, como para la del anterior que se había anticipado en pensar *en vernáculo*, la descripción triunfa en «Cumandá» y la selva, como leyenda poemática más que como novela, que descubre, desde su posición inicial e iniciante, el telón del proceniо romántito en América, donde oficiaría de precursora, con ella, la María de Jorge Isaacs.

Leyenda poemática, poema narrativo, en que lo más importante es el escenario, en «Cumandá» se acciona a lo Europeo. Es ella, como si dijésemos, una criatura medio americana, americana a medias. Una criatura que se mueve en nuestro suelo, que navega en nuestros ríos, que respira nuestros aires, que come de nuestras frutas, pero que piensa extrañamente. Cuando ha de hablar, lo hace en nuestro idioma pero con acento y construcción de otras latitudes. Y cuando actúa, lo hace, sobre este suelo, con modales

europeos, tal si la elasticidad indígena se manifestara en la soltura desaprensiva del dandy. Magnífica y magnifiscente, «con cuadros que no pudieran pedir más a la paleta de un pintor, con un calor anímico que hasta puede hacer olvidar la inverosimilitud», fue recibida con grandes muestras de júbilo. Poco se habló de ella en el Ecuador —habiéndose dicho mucho— en comparación de lo que produjo, como comentario, en Europa. Mera la había enviado a la Academia Española, a raíz de su nombramiento de Miembro correspondiente, y quizá fue esa la razón para que, su temperamento observador, su realismo, ya palpitante en otras obras, se haya ocultado un tanto tras las normas estrictas de la preceptiva clásica, y apenas haya pretendido hacer alarde de un romanticismo ya en parte aceptado por esa institución. De Europa le vinieron buenas voces. Valera decía de ella «que es una preciosa novela». Y agregaba: «ni Cooper, ni Chateaubriand han pintado mejor la vida de las selvas, ni han sentido ni descrito más poeticamente que usted la exhuberancia de la naturaleza», terminando por afirmar que «es lo más bello que como narración en prosa se ha escrito en América española», lo que no obstó para que luego, de su desarrollo mismo, censurara. Menendez y Pelayo encuentra en ella una «prosa exquisita». Alcalá Galiano la coloca sobre las mejoras del género en Europa. Pero todos, es preciso anotar, inciden en la parte narrativa y especialmente en la descripción. Antonio de Alarcón alababa «su ropaje», y Rubio y Lluch «la fuerza pintoresca de su estilo». Convienen todos en esto, calificándola más como poema que como verdadera novela, o, como lo habíamos dicho, como leyenda poemática. De todos modos, y aún cuando sólo en parte, ya con ella comienza la novela americana. Si no vigorosa en su aspecto nacionalista —como A la Costa de Luis Martínez, años después— daba un primer paso con su aparecimiento hacia la adaptación de una postura propia en literatura, por más que aún sin divorciarse por completo del tutelaje espiritual ultramarino. En «Cumandá» Mera no es el Mera estricto del ecuatorianismo ni es propiamente el poeta indiano. Pone, en verdad «su fuerza pintorezca» en el estilo, describe tan maravillosamente el teatro que cautiva con tanta armonía, pero, por otro lado, la expansión misma de su lirismo le eleva hacia regiones que no son precisamente las de la realidad. Lo lírico necesitó siempre de la imaginación. Y la imaginación, al servicio de fuerzas nada agoráfobas, es como el aire tibio que deja el contacto del suelo para extenderse, elevarse y diseminarse. Nadie como él para describir la selva o pintar el lago o réproducir el amanecer del mundo, pero desde el momento en que quiere poner al nivel de la grandiosidad de la naturaleza la pobre dimensión humana, rebasa los lindes de la lógica. Por eso es extraña la conducta y es extraño el lenguaje de «Cumandá». «Cumandá», criolla y blanca —patillo blanco significa su nombre— ecuatoriana hija de españoles, parece haber sido criada y educada en un cerradísimo círculo europeo enclavado en los Andes, sin contaminación vernácula, en gracia a una imposible ficción de extraterritorialidad exclusivista. Por eso es más extraña que nuestra. Por eso es demasiado blanca para nuestras selvas, donde luce como una rara emigrante en su

propia cuna. El autor, acaso creyó que la India, que siempre se confundió con su propia naturaleza, no estaba bien para el marcó de ésta. Y creó un personaje diverso, un personaje que nada tiene de la Juanita de «Entre dos tías y un tío», o de la Margarita de «Por que soy cristiano». Ni en la albura de su tez, ni en el refinamiento chateaubriandesco de su lenguaje, por más que todas se muevan en igual escenario grandioso: de las selvas orientales la una, de la imponente y trágica serranía las otras ...

Pero «Cumandá» fue solo un breve paréntesis lírico en la vida de relatista de Mera. Cerrado este ciclo entre espontáneos y oportunos aplausos de propios y extraños, volvería a esa otra obra que, por de pronto, no tendría la misma suerte de resonantes éxitos y altisonantes críticas, pero que vendría a representar, con el andar del tiempo, aunque la más tarda, la más sólida de sus glorias: la literatura en giro netamente criollo. Aquí si, es el Mera que pone, durante la noche, su diario coloquio diurno con la naturaleza. Aquí si sale de su pluma el torrente sincero e indesviable de su sentido propio y americano, llegando hasta el nivel exacto —como en los vasos comunicantes— de lo que su observación real le producía. Ni más ni menos de lo que le venía. Ni más ni menos de lo que veía. La vida real, monótona, sencilla muchas veces, inexplicable las más, rumorosa y callada, atractiva y desolada. En donde se alternan la mano franca y el puño artero y hay para una alegría cíen desengaños. La vida moviéndose con sus propios colores, los hombres con sus propias ilusiones y sus angustias, desplazándose, cómodos, en teatro propio, cabe ya no el abedul ajeno y si a la sombra del capulí entrañable, donde al tomillo forastero ha sustituido la yerbabuena fragante y la menta insustituible, y nuestras Juanas y Antonias, en lugar de las Cloris y las Filis, usan no el Tajo o el Duero para sus abluciones diarias, sino el Pumancuchi o el Huapante....

Todo, con una gran verdad. Con tanta verdad de si que huelga toda imaginación y hace casi innecesaria la fantasía.

Este es el Mera de las «Novelitas Ecuatorianas».

En realidad, con el aparecimiento de «Cumandá», Mera, el de las conveniencias románticas, que deseaba, por lo mismo, halagar un viejo pensamiento estético, amenazaba opacar al Mera vigoroso del sincero realismo. Se había recibido tan entusiastamente aquella obra, que todo hacía creer que el autor continuaría percutiendo las mismas cuerdas. Por suerte, cambió. Volvió los ojos a sus cosas, las tomó, las estudió, desentrañó su grave contenido telúrico. Y las puso en el lugar que, por lógica, debían ocupar: junto al hombre. Es entonces el novelista que da el primer paso hacia la novela ecuatorial, como producto de su hondo examen de la naturaleza. Su búsqueda de la verdad, libre de las influencias anarquizantes de una fantasía puesta al servicio de un afán preconcebido, le va dando magníficos frutos en el plasmamiento de los personajes, en el descubrimiento y narración de la trama, en la

unidad de la obra. En cuanto a descripciones y pinturas de cuadros, es el mismo Mera grandioso y magnífico de «Cumandá», pero con más sinceridad, con la sinceridad que no lució en ella cuando de dar vida a los personajes se trataba. Vuelve por sus fueros de hombre de la tierra. Se acuerda de sus largas tertulias con el surco, de sus encuentros con el viento, de sus convenios con la lluvia. Se acuerda, en una palabra, que él, hombre de carne y hueso, vive en un mundo de realidades contradictorias, de verdades, las más de las veces amargas, pero positivas. Y concluye que si algo ha de crear, ese algo ha de aparecer —como él— humano, moviéndose —como él también— en un punto real del universo.

Las «Novelitas Ecuatorianas» tienen su desarrollo en diversos lugares de la serranía. Y hay tres cosas que, especialmente, lucen: la fidelidad con que están repetidos tipos y costumbres del ambiente, lo verosímil del argumento, familiar a fuerza de posible y la prodigiosa descripción, en que Mera fue un maestro.

Las «Novelas Ecuatorianas» fueron publicadas por primera y única vez, en libro, en España, y gracias a la decidida gestión de José Trajano el primero de los hijos del autor que entonces hacía de Cónsul en Barcelona. Aquella edición, hoy casi desaparecida, produjo también entusiasmo, aunque menor que el Cumandá. A la época aún el mundo prefería estremecerse a la música emotiva del más puro romanticismo que filosofar hondamente en los ámbitos realistas. Y aunque dedicadas por su sabor y su carácter al pueblo, a las mayorías, como se dice ahora, éstas no la conocieron, ni naturalmente, la conocen ahora en que su única edición se ha vuelto curiosidad preciosa de anaquel.

Entonces, en el volumen, aparecieron: «Entre dos tías y un tío», «Porque soy cristiano», «Un matrimonio inconveniente», «Historieta», «Un recuerdo y unos versos» y «Una mañana en los Andes». Hoy, en éste, se dan solamente las tres primeras y la última, no precisamente por un sentido de selección estricta —en cuyo caso habría, posiblemente, desaparecido «Un matrimonio inconveniente»— sino más bien como una muestra de las posibiladades del autor. Las tres primeras pretenden reflejar una época, muestran las costumbres del lugar fielmente trasladadas y pintan seres que podrían ser el Juan de la esquina o el Pedro de la vecindad. Por eso se las ha agrupado añadiéndolas la última, especie de descripción evocadora.

En las primeras, «Entre dos tías y un tío» y «Porque soy cristiano» se exhibe ya la personalidad de novelista de Juan León Mera. Se dice que tomó para escribirlas sucesos acaecidos años atrás en esta eglógica y perfumada villa. La una, como culminación de un celoso sentido familiar, muy extendido en la época, y la otra como episodio de una de las tantas disenciones y guerras civiles en que se ha desecho el país. Al rededor de ellos teje las novelitas ejemplares que nos ocupan. Sus argumentos, sin adornos retóricos inútiles, van rodando con verdadero acierto, acomo-

dados a la necesidad narrativa con facilidad y holgura. No hay que deplegar ningún esfuerzo para leerlas. Son claras, ajustadas a la diaria realidad, como una simple transcripción. Amasadas con emoción —aunque no se la vez—, pero sin exceso de fermento lírico, son más inteligibles y más nuestras. Y no es que en ellas no aparezca el poeta que había en Mera. Al contrario, aquel que siempre cantó, en todo había de poner un toque inspirado de poesía, y especialmente en aquello que debía revestirse de un ligero matiz dorado para ennoblecerse, como en el trivial suceso que se narra. No dejó, pues, por momentos, de erguirse liricamente. Pero lo hizo con mesura y austeridad. En la medida exacta de la naturaleza y esencia de los relatos. Pues si bien es cierto que en la poesía ha de primar el lirismo —el lirismo eterno, por necesario, que dijera Maeterlinck— y que el drama ha de ser por fuerza más bello y más grande que la realidad, para ser verdadero, en la novela no ha de ser igual. Su mismo carácter le pone en condiciones tales que toda exageración, todo abuso, pueden perjudicarla. La novela, por esencia, es o debe ser un trozo de vida, mirado desde el más humano de los ángulos. Y el autor ha de hacerla con sinceridad, dando cuanto recibe —como en los vasos comunicantes— o cooperando con la parte imaginativa, pero siempre en dimensiones de vida. Por eso, en ella ha de haber de poesía, de drama, de comedia, de tragedia, y hasta de ficción para aquella parte que llamamos esperanza, porque la esperanza es sólo la ficción de una posibilidad que nos hace vivir. Ya lo habían manifestado: la novela es nada más que una heredera universal de la Epopeya y, seguramente, su actual versión prosaica. Especialmente la novela en el sentido más amplio considerada, la novela modernamente concebida. Puede, por tanto, tomarse para ella o en ella un aislado aspecto, el rincón particular de una vida, pero no por eso ha de dejar de interesar al mundo. Y en esto reside su característica: en ser humana. Y, como tal ha de tener una dimensión real y una profundidad concebible. De lo contrario, serían un deambular ingrávido por los espacios del sonambulismo literario. Un sueño sin contornos de verdad tangible.

Los relatos de este volumen y en especial los dos primeros, son productos de una evolución de Mera, por más que él, con seguridad, estimara lo contrario. Para él, posiblemente, la cumbre señera de su obra de relato haya sido «Cumandá», y estas otras, estas «Novelas Ecuatorianas», simples «cuadritos de costumbres» escritos al impulso de una incorregible inclinación, y en donde el autor iba poniendo su observación y su ocio. Eran obra de su evolución, ciertamente, sin que esto entrañe una simple afirmación de hoy nacida de un estudio actual, sino de acuerdo con el sentido mismo de la época. Progresar era ya libertarse de un extraño tutelaje y buscar la senda propia, en donde resonarían auténticos los propios pasos. El «cuadrito de costumbres», alzándose a mayores, tomaría un carácter de seriedad que merecería atención. No tendría secundario valor ni porqué ceder su puesto a algo que, por menos sincero, sería menos interesante. El «cuadrito de costumbres» tratado con fidelidad, como lo hacía Mera, vendría constitu-

yendo el primer brote espontáneo del relato nacional, porque, ya intenso, ya maduro, ya de mayor trascendencia, devendría «novela de costumbres», es decir novela del lugar, relato propio. Producto auténtico de la tierra y del hombre en esa comprensión de ambos nacida de su conocimiento exacto. Resultaba, pues, nuestro autor, el primero que aprovechaba los factores legítimamente ecuatorianos para su obra: la naturaleza, virgen en este aspecto, apareciendo amplia y generosa para la descripción, y el hombre, el criollo con su tiempo propio, accionando con desenvoltura gracias al aplomo de la narración, con caracteres de verosimilitud. En todo caso, y hay que repetirlo, se había adelantado en cuanto a presentar, como una novedad, nuestra rutina y a ponerla en letras de molde, como quien dijera a conferirla partida de nacimiento en nuestra literatura....

Estas apreciaciones se basan también en otras más autorizadas. Anteriormente, Juan Valera, entre otros, no había dejado de interesarse por las «Novelas Ecuatorianas». «El estilo, dijo alguna vez, y la manera que tiene usted de escribir novelas, son verdaderamente originales porque son naturales....La naturalidad espontánea y sencilla, salva a usted de remedar a nadie, y sin aspirar a la originalidad, la tiene usted, sin nada de rebuscado o raro. En las narraciones de usted no se vé el arte, aunque si lo hay. Se diría que usted cuenta lo que ha visto o lo que le han contado, como Dios le dá a entender, y como si jamás hubieran contado otros». Muy buen elogio. Y muy merecido. En verdad, de Mera admiraba y admira en estas novelas su naturalidad. Porque, desde el momento que Mera quiso ser original, y por la época en que lo quiso, ganó un sitio entre los precursores de nuestra novela. De ahí parte ésta y se desarrolla desde entonces, vigorosamente, en una carrera cada vez más firme, porque la calidad de los continuadores ha correspondido a la de quienes la iniciaron.

Sincera y bienintencionada nace, con personalidad robusta y definida. El criollismo, que será como su apellido, será también su mejor recomendación. El criollismo que da nacimiento al realismo o inspira al naturalismo en el Ecuador, casi al tiempo mismo que en Europa ambos florecían.

De entonces acá, es preciso anotar un creciente impulso en la novela. Después de Juan León, los mismos factores que tantas páginas bellas de verdad y de sentimiento sugirieron, seguirían aconsejando a otros que parecen arrancar del mismo tronco. Luis A. Martinez, desde antes unido por la tierra y unido luego por parentesco de afinidad a Mera, se uniría después a él, definitivamente, por la inmortalidad, en su común virtud de precursores. Martínez, a seguida de Mera, bebiendo de las mismas fuentes, henchido de los mismos aires, dará la máxima robustez al naciente género literario. «A la Costa» será el más vigoroso ser —cada libro es un ser— y la más ennoblecida voz ecuménica, denunciando todo un inmenso contenido humano que rebasaba los límites de nuestras organizaciones políticas y sociales, y constituirá, acaso, la más

valiente incursión intelectual, hasta la fecha, por los senderos de la verdad nacional. A continuación, Eduardo, el inolvidable hijo de Juan León, con sus tan injustamente olvidadas «Serraniegas», en donde late el fino espíritu del observador, con el elevado sentido del artista, en donde vive la costumbre y se estampa la época con propiedad y certeza, y sobre todo con picardía, con esa picardía que solo los privilegiados suelen y pueden encontrar en la trivialidad y la vida corriente. Y así, seguiríamos con la lista, circunscrita primero al solar ambateño y diseminada luego a lo ancho de la república, sin qué, al detallarla, podamos olvidar que ni siquiera Montalvo, destellando rayos de grandeza en el ensayo y la diatriba, dejó de reservar, en sus largas caminatas, una noche de recuerdos y acurrucamientos evocadores, para contarnos del Cura de Santa Engracia o Fray Miguel Corella....

Este, pues, el ángulo inicial en que se apretarán, con las «Novelas Ecuatorianas», con «A la Costa», con «Serraniegas» alguna que otra de sincera inclinación, como Pacho Villamar de Andrade. De ahí partirán las urgencias ecuatorianas por el libro propio. Y así, ese Mensaje de América, ese Mensaje que Benjamín Carrión reclamaba porque no lo hallaba aún dicho con profundidad, se había empezado a escribir en el Ecuador entonces. Está, pues, en estos momentos, escribiéndose. Y más que hondura, es universalidad que le falta. Que la profundidad —sinceridad para nosotros— la ha tenido siempre, en la medida parcial que ha sido dado....

RODRIGO PACHANO LALAMA

Junio, 1.952.

PORQUE SOY CRISTIANO

A MODO DE INTRODUCCION

QUIERO entretener un momento a los lectores de la Revista Ecuatoriana, *y voy a contarles una anécdota que tiene ribetes de novela.*

La historia omite unas cuantas menudencias, bien porque ha habido descuido de recogerlas, bien porque las ha juzgado poco dignas de sus páginas; pero indudablemente merecen ser conservadas siquiera en narraciones como la presente, pues, a mi juicio, algo sirven para dar a conocer el carácter y las condiciones morales de los pueblos en la época en que ocurrieron.

Divaguemos un poco antes de entrar en materia.

La guerra de la independencia sudamericana, en especial en Colombia, fue muy fecunda, en sucesos dramáticos, y en ella se desarrollaron grandes virtudes y grandes vicios, sublime heroísmo y abominable crueldad, mucha grandeza de alma y no corto número de pequeñeces y miserias. Por dicha, lo bueno superó a lo malo: si así no hubiese sido, la independencia habría estado aún por venir. Por-

que, claro está, con vicios y maldades que ahogan y hacen negatorios los esfuerzos del heroísmo, no triunfa una buena causa.

Con esto quiero también decir (la historia lo ha dicho antes que yo), que las crueldades, los vicios y las miserias, —las crueldades, sobre todo,— que afearon la guerra magna colombiana, fueron menores de parte de los patriotas que al fin triunfaron que de la de los realistas que sucumbieron. Estos se extremaron horriblemente en ellas, y contribuyeron así a asegurar el éxito de la guerra en favor de los patriotas o insurgentes, *como se los llamaba, los cuales, al verse tratados como foragidos puestos fuera de la ley, ejercieron juntamente con la virtud del valor la ciega y temeraria pasión de la venganza.*

Había entre los que luchaban por la libertad y la independencia, jefes magnánimos, para quienes esta pasión era desconocida; pero entre los jefes de menor talla que la de Bolívar, Sucre, Urdaneta Páez y otros, no faltaron bárbaros que gustaban de olor de la sangre vertida por la mano de la saña y el odio. Para éstos la generosidad y el perdón eran extraños: los godos *habían matado a sus padres hermanos, hijos, siquiera a los amigos; les habían quitado sus bienes de fortuna, habían desolado sus pueblos, y era preciso matarlos sin misericordia. Esto no era justificable; pero, ¿lo eran las atrocidades que provocaban tamaños y sangrientos desquites? Sin los Monteverdes y los Bobes, los Sámanos y los Enriles, los Puyoles y otros tigres sostenedores de realismo en Colombia, no habríamos tenido entre los patriotas esotras fieras llamadas Camacaros, Otamendis, Mesas, Osas, etc.*

La guerra sin cuartel había deshumanizado, *dirémosle así, los corazones de la mayor parte de rea-*

listas e insurgentes. Y si no siempre la crueldad y la fiereza, eran comunes la dureza y el despotismo, el ningún miramiento y lo descomedido del trato hasta con los propios copartidarios y amigos. El general don Bartolomé Salom, por ejemplo, era jefe lleno de méritos, pero los deslucía con la bronquedad de su trato. He tenido en mi poder un oficio escrito de su letra (por cierto letra de muy hermosa forma), que dirigió desde Latacunga al Corregidor de Ambato, en ocasión de hallarse aquél de tránsito con un cuerpo de tropas. Ordenábale al empleado ambateño que para el día siguiente tuviera preparada la vitualla, y pedía, además, cien cargas de leña, terminando el oficio con estas palabras: «Advierto a usted que si no está lista la leña, la mandaré hacer de la casa de usted y de las de los alcaldes».

Hay otra anécdota del mismo jefe aún más curiosa, y que no puedo resistir a la tentación de contarla aquí. Cuando Salom tocó en Ambato, hallábanse en el lugar tres oficiales, todos ambateños, y creyeron era deber suyo presentársele al punto, por si quisiera llamarlos al servicio. Vistiéronse de gala y aún se rociaron con esencia olorosa. Salom vestido de amplios pantalones de bayeta, levitón del mismo género que le bajaba hasta los pies, y gorra de paño con tamaña visera de cuero, se adelantó a recibirlos; mas detúvose, los vió de arriba para abajo con ojos nada mansos, y con voz que armonizaba con la mirada les dijo: —«¿Soldados? ¿ustedes soldados, eh?» y tras una interjección que no repito, pero que se adivina, añadió: —«El soldado hiede a pólvora y a demonio, y ustedes me vienen oliendo a mujercillas!» Y les volvió las espaldas dejándolos plantados y con las caras hechas ascuas.

Sabido, pues, lo que eran esos hombres que

gustaban de heder a pólvora y a demonio, y que no hacían caso ninguno de nadie ni de sí mismo, y daban y recibían balazos y tajos con la mayor frescura del mundo, no parecerá inverosímil el caso que voy a referir. Pero ¡qué! si eso no fué nada: había jefes y oficiales que por un quítame allá estas pajas mandaban al prójimo al otro mundo.

I

EN HUACHI

CORRIA el año 1829. Los ejércitos de Colombia y del Perú, que pocos años antes se habían juntado para lidiar por la independencia, enemigos ahora, se preparaban a despedazarse. El valeroso pero ingrato Lamar se olvidó que era colombiano e invadió el territorio de la Gran República que había empeñado sus armas, influjo y nombre para ayudar al Perú a conquistar su libertad. Sucre, el héroe de Pichincha y Ayacucho, trabajó en vano para evitar la guerra: su voz amistosa fue desoída por Lamar que, confiado en sus ocho mil soldados, creía muy fácil vencer a los cuatro mil bravos que Colombia le oponía.

Era necesario engrosar la retaguardia de

este ejército, y el reclutamiento y la leva forzada se hacían con actividad en el Centro y Sur del Ecuador.

En Ambato, entonces cabecera del cantón de su propio nombre, y en los pueblos circunvecinos se había tomado mucha gente que, bien asegurada, era conducida a los cuerpos veteranos que ocupaban algunas ciudades del Sur.

Un día se hallaban encerrados en el conventillo de San Francisco, que servía de cuartel, más de doscientos reclutas, casi todos campesinos. Custodiábalos un piquete veterano y los aleccionaba en los primeros movimientos marciales. La vara del cabo, los sopapos de los demás soldados y los cintarazos del oficial menudeaban como incentivos eficaces para el aprovechamiento de las lecciones.

Para que esa gente partiera a Riobamba, se esperaba sólo que viniese el capitán.... ¡Vamos! yo sé cómo se llamaba ese oficial, pero no lo he de decir, así porque no conviene, como porque el apodo con que se le conocía me parece mejor que el nombre propio, —el Capitán Feroz.

El cuadro que presentaba la estrecha plazoleta de San Francisco era triste y desgarrador: madres, hermanas, esposas, viejos y muchachos, formaban delante del cuartel un se-

micírculo. Toda esta muchedumbre procuraba enviar sus miradas al fondo del edificio donde se veía una doble hilera de reclutas inmobles y cabizbajos. Afuera había murmullo de palabras y gemidos, adentro el triste silencio de los forzados aprendices de militares, y la risa, y los gritos y las blasfemias de los maestros, esto es, de la gente curtida en las campañas y acostumbrada a la mala vida y a los combates.

De cuando en cuando asomaba fuera del cuartel un veterano armado de larga vara, echaba un torrente de palabrotas, batía su arma por las piernas de los concurrentes, y el semicírculo se ensanchaba a manera de las olas que se forman en el lago en torno de la piedra que ha herido su superficie.

Había mujeres que lloraban a grito herido y viejos por cuyas mejillas arrujadas descendían las lágrimas, pero de cuyos labios no se escapaba queja ninguna. La guerra les arrebataba los seres más queridos, quizás para entregarlos en brazos de la muerte. La guerra, por justa que sea, por mucha gloria que dé, no deja de ser cosa bárbara y terrible.

Era una mañana; se había consentido que los reclutas tuviesen su hora de descanso, y una de las mujeres pudo colocarse en lugar desde donde podía verse bastante bien el fondo del cuartel.

Era joven de diesiseis años, esbelta, de fisonomía muy agraciada, y tenía los ojos colorados de tanto llorar.

En el zaguán y arrimado al muro se hallaba un recluta de cuerpo alto, pero enjuto, rostro varonil, aunque apenas barbado a causa de la edad que no llegaba a los veintiún años, y que por su extrema palidez mostraba claramente hallarse enfermo.

La joven, al verlo, dió un grito de dolor; pero cobró ánimo, enjugó las lágrimas, e hizo con la diestra aquel movimiento circular que significa: ¿Cómo estás?

—Sigo mal, contestó el mozo con voz lánguida y trémula.

Ella se cubrió el rostro con las manos y sollozó un momento. Mas era preciso ver a su querido recluta y hablar con él; se dominó de nuevo y apartó las manos de la cara, a tiempo que el joven la decía:

—¿Hay esperanza?

La muchacha movió la mano horizontalmente.

El comprendió la seña negativa e inclinó tristemente la cabeza.

Habría continuado un poco más, sin embargo, el diálogo entre mímico y hablado; pe-

ro un viejo veterano se acercó al joven y tirándole violentamente de un brazo le puso en lugar donde no fuese visto por la muchacha.

¿Quién era el joven recluta? ¿Quién era la joven que lloraba y se interesaba por él?

Ambos eran aldeanos de las cercanías de Ambato; él se llamaba José N.... y ella Margarita N....

Se habían amado desde niños, y apenas entrados en la primera juventud, se casaron.

Los matrimonios de jóvenes de pocos años son muy comunes en las aldeas serraniegas del Ecuador; a veces hay matrimonios de niños.

José y Margarita llevaban apenas un mes de casados, mes de amor y delicias que fue rematado ¡ay! por terrible desgracia: una noche rodeó su casa una partida de gente armada; y sin embargo de hallarse algo enfermo, por cuya razón no pudo buscar un escondite para librarse de caer en la leva, José fue sacado violentamente del lecho y llevado al cuartel. Nada valieron el llanto y los ruegos de la esposa y la madre del infeliz joven, ni la demostración de que estaba enfermo, ni las monedas que llenaron las manos del sargento que mandaba la partida, ni las promesas de que luego sería mejor pagado....

Pero antes que sigamos viendo a José me-

tido entre soldados y a Margarita llorando a la puerta del cuartel, pintémosles algo más en su hogar.

Margarita era completamente huérfana y a José le quedaba sólo su madre viuda hacía largo tiempo. Era el último y el único que le quedaba de ocho hijos que tuvo la pobre aldeana. Esta pasaba apenas de sesenta y cinco años; pero las contrariedades, trabajos y dolores de los que fue constantemente víctima, la pusieron tal, que tenía aspecto de octogenaria.

José no sólo era mozo de hermosa figura, sino que tenía prendas morales que le hacían muy estimable: era laborioso, honrado, de genio bueno y enérgico a un tiempo, y, sobre todo, era religioso con aquella fe sencilla y firme, tan común todavía en nuestro pueblo; y como cordialmente religioso, capaz de acciones nobles y hasta heroicas.

Margarita, en belleza superior a su esposo, como que siempre la belleza femenina es mayor que la del hombre, le igualaba en las virtudes; aunque como penetraba menos el espíritu del cristianismo, algunas acciones de José la parecían fuera de razón: así, por ejemplo, no le gustaba que no se quejase ni echase pestes contra los que le habían tomado y metido en el cuartel.

La madre de José era una viejecita simpática, muy buena, demasiado sensible y que tenía lágrimas abundantes para sus propias penas y las de otros. ¡Imagínese cuántas derramaría al ver a su hijo preso y en víspera de ser llevado a la guerra! La desdichada no pudo acompañar a su nuera en las visitas a la puerta del cuartel, porque padecía de flojedad de las piernas y no caminaba doscientas varas sin gran trabajo y sin quedar luego casi postrada. A lo más, como habitaba cerca del camino real, las mañanas que siguieron al reclutamiento, salía casi arrastrada y llevando por compañero un perrillo a pasar largas horas a la sombra de un matorral, junto a esa vía. Allí acurrucada, lloraba, rezaba o permanecía largo espacio en silencio, fija la vista en el lado occidental del camino, aguardando ver la nube de polvo que la anunciase la venida de la tropa entre la cual pudiese ver siquiera un momento al hijo de sus entrañas para darle el último adiós y la última bendición.

* * *

Pero volvamos al cuartel.

—¡La tropa! ¡ya llega la tropa! gritaron muchas voces a un tiempo, y todas las caras se volvieron al ángulo de la plazoleta, donde desemboca la calle que antes se llamaba real en

mi pueblo. Por allí asomaba un piquete de veinticinco veteranos a pie con el Capitán Feroz a caballo.

—¡Los de guardia, gente armada! gritó el centinela.

Todo el cuartel se puso en movimiento, y la prevención tomó las armas y se alistó con la presteza que se empleaba en todo en aquel tiempo de rigurosa disciplina.

El grupo de gente de puertas afuera del conventillo se abrió en dos, dejando ancho callejón para que pasaran los recién venidos. Nadie chistaba en esos momentos.

Después de las ceremonias prescritas por la Ordenanza, Capitán y soldados entraron al cuartel.

Todos venían cubiertos de polvo, y el Capitán Feroz había echado con él con una cara.... ¡Santo Dios, qué cara del Capitán! Si antes los chapetones que la veían en el campo de batalla creían tal vez que era la de un escapado del infierno, por altos juicios de Dios, y no corrían sólo porque esa gente no huía ni de un condenado, ahora no sé si hubiera dejado de retroceder siquiera cuatro pasos. Dejemos la cara sin más descripción y pasemos al cuerpo. Era de mediana talla, fornido de miembros, metido en carnes y derecho como un bastón. Tenía fuerzas de cuatro caballos y

manejaba la lanza y el sable con una destreza que ni el *Negro Primero* (1). Tenemos que volver a la cara, porque es indispensable. El color de aceituna, la nariz chata, los labios abultados y el pelo de pasa indicaban que el Capitán tenía en la sangre parte de Africa y parte de América. Lo que contribuía más a darle aspecto feroz y terrible, eran los ojos sanguinolentos y que se movían siempre como huyendo de la mirada de los demás, y una sonrisa indefinible que.... no sé cómo explicarme; pero si el diablo se sonríe, lo ha de hacer ni más ni menos que el Capitán Feroz.

—¡Hola! camarada, dijo a un teniente, cuadrándose, poniéndose en jarras y en tono imperativo, ¿cuántos pájaros tenemos listos?

—Doscientos, mi Capitán, contestó el Teniente en voz y con ademán no menos arrogantes.

—Bueno. Que se formen para verlos.

A poco el Capitán recorría una larga hilera de cholos con chaquetones y campesinos en mangas de camisa, atados los pantalones con fajas coloradas y cubiertas las cabezas con tamaños sombreros metidos hasta el arranque de las narices.

—¡Bah! qué chirotes de tan mala traza! ex-

(1) Llanero de Venezuela conocido con este nombre a causa de su destreza y valor.

clamó el Capitán. Y luego a éste le botaba el sombrero dándole un golpe bajo la falda, al otro le cascaba un papirote, a quien le tiraba las barbas, a cual le asentaba un puntillazo, y añadía: —¡Cáscaras que uno tenga que formar soldados de estos animales!

—No se queje mucho, mi Capitán; la caza no ha sido mala; mire que hay guapos mozos que se chuparán sus pepasos sin decir ni jí ni já.

—¡Hum! ya los verás correr como unos gamos. Pero oyes, tuno, aquel porro del Corregidor ¿habrá hecho preparar las tiras de vaqueta necesarias para asegurar estos brutos?

—Están listas.

—Bueno.

—Y listo también todo, todo. Podemos marchar hoy mismo.

—Bueno.

Y alzando la cara y viendo al Oriente, añadió:

—Algo subido está el sol; son poco más o menos las siete. Comencemos la amarrada y a las once vamos arriando estos brutos.

—Pero, mi Capitán, una vez amarrados estos pobretes van a tener dificultad de llevar el bocado a las muelas.

—¿Quieres decir que deben desayunarse?

—Precisamente.

—Bueno: que masquen algo estos borricos. Pero que se despachen en media hora.

—¡Una y dieciocho!, gritó el Teniente.

Y se deshizo la formación.

Otra orden del Teniente y se consintió que las mujeres agrupadas fuera entrasen, cuál con un lío en que iba un par de panes, cuál con una bolsa que contenía un poco de harina de cebada, cuál con una olluela llena de caldo, y todas con abundante provisión de lágrimas.

***

Aquí está la mujer con el marido, allá la hija con el padre; ese grupo es de un hermano con su hermana; esotro.... mire usted, son dos mozos cuyas madres o esposas no han acertado a venir a tiempo, pero que comen algo dado por la compasión de un vecino: la gente de nuestro pueblo es limosnera, y no ve el hambre de un desdichado sin partir con él su mendrugo. En todas partes se habla a media voz, corre el llanto, y aún de pechos varoniles se escapa algún gemido que no pueden reprimir.

Nuestros mozos son así: hasta lloran cuando se despiden de las personas a quienes aman, para emprender el camino de la guerra; pero una vez en el ejército y con el patriotismo y el honor que los espolean; ¡qué cholos y qué chagras para dar y recibir balazos sin arredrarse con nada! Subordinado, infatigable, paciente, valeroso, el soldado ecuatoriano es de los mejores de Sud—América.

Ahí está un recluta sentado al borde del corredor y arrimado de espaldas a un pilar. Tiene a su lado a una muchacha muy guapa que le sirve caldo en un plato de barro.

El está pálido como un difunto y ella llorosa como una Magdalena.

Son José y Margarita.

—Toma siquiera un par de bocados, dícele ésta.

—No puedo, no tengo ganas de ningún alimento.

—Pero ¡cómo vas a caminar así en ayunas!

—No puedo te digo: estoy empeorado de mi mal.

—¡Ay! ¡y te llevan en tal estado!

—¿Qué has hecho para libertarme?

—Cuanto he podido.

—¡Y no has conseguido nada!

—Nada, como lo ves.

Y la pobrecita soltaba hilos de llanto y gemía que daba lástima. Ahogándose entre sollozos añadía:

—En regalar a los jefes y a los sargentos he gastado el poco dinero que teníamos. Vendí la vaca y la yunta, y después los cuatro borricos, en seguida mis zarcillos y por último hasta mi ropa. Todo se lo han llevado halagándome con esperanzas. Sólo mi honor no he vendido....

—¡Ah! ¿también estuvo en peligro tu honor?

—En peligro.

—Prefiero morirme, antes que verte sin honor y sin virtud, amor mío.

—Sin honor, habrías dejado de quererme, me aborrecerías.

—Si ofendieses a Dios, Dios me quitaría más pronto la vida para castigarte.

Guardaron ambos silencio unos instantes. Iba Margarita a insistir en que José tomara el caldo, pero el Capitán y el Teniente, que daban vueltas entre los grupos de reclutas, se detuvieron delante de ellos.

—Este canalla parece desenterrado, dijo el Capitán.

—Está enfermo desde el día que vino, contestó el Teniente, y creo que no podrá marchar.

—Sí, señor Jefe, no podrá marchar mi marido, se apresuró a decir Margarita poniéndose en pie, pues está malo.

La infeliz vislumbró alguna esperanza.

Mas el Capitán, cual si no oyese esas palabras.

—¡Qué! exclamó, y siendo inútil este pajarraco ¿no le has hecho pegar cuatro balazos? ¡Qué mandria de Teniente!

—Pues yo.... Mire usted, mi Capitán.... ¡Ese pobre diablo!... Y luego yo ¿qué facultad tenía?

—¡Qué facultad!

—Soy subalterno.

—Yo también tengo otros sobre mí, y con todo, para despachar animales como éste no he necesitado más facultad que mi querer.

—¿Y pues?

—¿Y pues? que lo fusilen.

—Obedezco.

—Margarita arrojó un ¡ay! y cayó. José, con los ojos espantados y más pálido aún, se puso en pie como impulsado de un resorte, exclamando:

—¡Puedo marchar, señor Capitán! No tengo nada.

—¡Já, já! canalla, ¿conque ya puedes marchar?

Y el Capitán Feroz acompañó a risa y palabras una recia bofetada que echó a José a tierra, cambiando en rojo la amarillez del carrillo.

—Ya ves, Teniente, añadió el Capitán, que este pájaro no está enfermo y que podrá marchar; si lo estuviese, no creas que la amenaza de *templarle* fuera broma.

—¡Ay! ¡José, José!, —dijo Margarita volviendo en sí y luego que los dos oficiales se habían alejado;— ¡qué mal cristiano de Jefe! ¡querer matarte!

—Ya no me matará, pues he dicho que marcharé.

—Pero morirás en el camino.

—Dios me protejerá.

—¡Que Dios castigue a ese monstruo!

—No digas eso, Margarita.

—¡Que se muera ese malvado!

—Calla, hija. No es bueno desear mal a nadie.

—¿Pero no ves que es un diablo y te quiere matar?

—No será sino lo que Dios quiera.

—Y Dios ha de querer que ese....

—¡Calla! es preciso perdonarle.

—Yo no le perdono.

—¡No digas eso! es preciso rogar a Dios por él.

—Yo no ruego por....

—¡Margarita! ¡Margarita! somos cristianos.

—Yo rogaré por tí.

—Yo por tí, y por él y por mí mismo.

—¿Porqué te quiso fusilar y porqué te dió un bofetón?

—Por eso.

—Yo no sé qué alma tienes.

—Alma de cristiano.

—Yo también tengo alma de cristiana; pero... pero...

Pero alma de mujer, concluiré yo, termi-

nando la frase que se le atragantó a Margarita: alma buena, delicada, pura; mas que, como sucede con frecuencia, se exacerbó por un momento, pues si pura, delicada y buena, era también amante y apasionada, y en su amor se la había ofendido y amenazado de muerte.

Se había terminado la media hora concedida para el desayuno, y los soldados sacaban a empellones del cuartel afuera a las mujeres. Ahí era de verse la resistencia de las infelices, y el rogar y llorar, y el abrazarse a los reclutas, y el romperse las ollas y platos que rodaban por el suelo, y el oir las torpezas que salían de boca de la soldadesca y las carcajadas con que insultaban el infortunio y el dolor ajenos.

Margarita se apresuró a salir, evitando la violencia que sufrían sus compañeras; pero cuatro veces volvió el rostro llorozo y angustiado en busca de su amado José. Este, inmóvil como una estatua y cruzados los brazos, no separó la vista de su mujer hasta que desapareció fuera de la puerta.

* *
*

Más de cuatro horas se habían empleado en amarrar la muñeca derecha de un recluta con la izquierda de otro, con las fajas de vaqueta remojada. Los cien pares de víctimas

destinadas a saciar el hambre de cañones y lanzas, estaban a punto de romper la marcha En Riobamba serían desatadas y mezcladas al cuerpo veterano que las esperaba. Esos reclutas, tan por fuerza metidos en una carrera que detestaban, una vez soldados, serán terribles en los combates y morirán con valor. ¡Cuánto heroísmo desadvertido hay en los campos del honor, de parte del humilde soldado raso!

A José le tocó de compañero un cholo alto, rollizo y bien formado, que hacía contraste con él, flaco, débil y amarillo.

Sonó el tercer toque de marcha y desfiló la tropa. A la voz de la corneta se siguió la del lamento de la multitud de mujeres que se despedían de sus queridos reclutas; éstos, con la mano que les quedaba libre les decían en señas su último adiós. Las desdichadas que pretendían acercárseles, eran rechazadas a culatazos por los soldados y a cintarazos por los oficiales. Cada golpe llevaba por compañera una blasfemia. Los futuros veteranos iban custodiados al centro de los que ya lo eran, y que, como menos en número que los presos, formaban a derecha e izquierda hileras bien ralas. Los oficiales, a caballo, recorrían éstas, distinguiéndose el Capitán Feroz por sus incesantes idas y venidas y sus amenazas y bascosidades dirigidas ora a los veteranos, ora a los reclutas, y, sobre todo, a las mujeres y a los muchachos que los seguían en tropel.

Eran las doce del día. Las llanuras de Huachi por donde cruzaba el camino que va de Ambato a las poblaciones del Sur, eran en aquel tiempo más desapacibles que hoy en día: arenosas, áridas, monótonas, no tenían más adorno que las ringleras de cabuyas que señalaban las pobres heredades de los indios y chagras, cuyas chozas apenas sobresalían de esas espinosas matas como pedazos cónicos de roca arrojados en el desierto. Aquí y allá se veía tal cual árbol de capulí criado trabajosamente. Las pocas siembras que se hacían de altramuz, arvejas y trigo, nacían mal y rendían muy escaso fruto. La industria principal de los indios consistía en extraer la fibra de la *cabuya blanca* y tejer con ella la burda tela de los costales, o en recoger un poco de cochinilla que la vendían muy barata. El mejor de los productos de esas desapacibles tierras, era la *frutilla* (1), fragante, dulce y deliciosa, hija de la seca arena y del sol abrasador y enemiga del riego que la hace degenerar y pone insípida. Ahora, a beneficio de la industria de mis paisanos que han puesto agua, esto es que han derramado vida en esos arenales, se van transformando en tierras fecundas, y ya puede recrearse la vista en numerosas arboledas, lozanas sementeras, alfalfares y prados. ¡Bendito sea el trabajo del hombre! Todavía hay grandes trozos de esa llanu-

(1) Fresa.

ra, sedientos y de aspecto ingrato, de los cuales levanta el viento las nubes de polvo que van a caer sobre Ambato; pero la naturaleza cederá a la industria humana y Huachi andando los tiempos, será un verjel a las puertas de mi tierra natal. ¡Plegue al Cielo que la civilización sea para el corazón y el alma de mis paisanos lo que es el benéfico riego a los arenales Huachi!

Pero vamos a nuestro asunto.

El sol de medio día lanzaba sin obstáculo de nube alguna sus rayos perpendiculares sobre montes y valles. El Chimborazo a la diestra del viajero que tiraba para el Sur, el Tungurahua y el Altar al frente, a la siniestra el Cotopaxi y a la espalda el Casahuala, infinitamente menos rico de nieve que los otros cerros, parecían genios benéficos destinados a moderar el calor que el sol derramaba sobre la tierra; pero el dios de los incas, más poderoso que ellos, encendía las arenas de Huachi cuya reverberación mantenía el aire en estremecimiento incesante. Acudió el viento a mitigar los efectos del fuego solar; mas si sus esfuerzos consiguieron muy poco, pues su soplo venía impregnado de calor, por otra parte sus ímpetus trajeron otro tormento al viajero: levantaban la seca arena en ondas que todo lo envolvían. La atmósfera tomó color de tierra, desapareció la llanura, perdiéronse las mon-

tañas, y apenas podía distinguirse el sol como un globo parduzco suspendido en el abismo, y que infundía miedo.

Figúrese cómo irían en este día y por el camino de Huachi los veteranos y reclutas que salieron de Ambato. El sol los asaba y las marejadas de polvo que los acometían de frente, los hacían ciegos; la sed los devoraba y los pies se les soasaban cual si estuviesen pisando en un rescoldo. Cabizbajos, silenciosos, tristes, avanzaban lentamente. La arena parecía huir bajo sus plantas, que se hundían en ella. Solamente los oficiales, como estaban a caballo, iban y venían de cuando en cuando a lo largo del batallón, espoleando los fatigados brutos, animando a los soldados y echando insultos a los reclutas que se detenían algún tanto. Las mujeres habían dejado de llorar, e iban cada cual a cierta distancia del marido, el hermano o el hijo cruzándose tristes miradas, siempre que las nubes de arena lo permitían.

José y su compañero iban al remate de la hilera. José no era sino un cadáver que daba pasos, y tan tardos eran éstos, que obligaban al otro a detenerse. Ya habían sufrido ambos, a esta causa, los baquetazos del soldado que los custodiaba y los cintarazos del oficial. Margarita iba a corta distancia. Ya puede cualquiera juzgar cómo iría esa infeliz mujer....

—La sed me mata, dijo el pobre enfermo. ¡Un poco de agua!

Margarita la llevaba en una botella; quiso acercarse a José; pero la vió el Capitán Feroz y la hizo retroceder con un grito y una amenaza: levantó sobre ella el sable.

—¡Ay, Dios mío! ya no puedo.... balbuceó José.

Le temblaba las piernas, los pasos eran más lentos, su compañero le llevaba casi arrastrado, de miedo de los cintarazos del Capitán, y sin embargo, se separaron un corto espacio del resto de la columna.

—¡Ea! camaradas, avancen, gritábales el soldado.

—No podemos.

—Miren que si vuelve por acá mi Capitán, se los come.

José cayó al fin, quedando colgado del brazo de su compañero que tuvo que detenerse.

—¡Avancen!

—¡Imposible! ¿No ve usted que a mi compañero le ha dado un accidente?

—¡Cáscaras! Ahora hace aquí mi Capitán una del diablo.

Acudió Margarita a levantar a su marido;

la rodearon otras mujeres; mas se acercó apresuradamente el Capitán, cuyo caballo levantaba con cada casco una ola de arena, y retrocedieron todas espantadas, menos Margarita.

—¿Qué hay, canallas? ¿qué hay?

—Nada, mi Capitán, sino que un recluta ha caído con accidente, ¡eh! mire usted cómo está el pobre.

—¡Ah! ese bruto que se fingía enfermo.

—Ya ve usted, mi Capitán, que parece difunto.

—Y el canalla está amarillo; ¡ja ja! y nos estorba y perdemos tiempo. Zafemos de él.

—¿Lo desato? preguntó apresuradamente el soldado, previendo lo que iba a suceder y deseoso sin duda de salvar al recluta.

—¡Aguarda! replicó el Capitán: yo lo desato.

Levantó el sable a la altura de su cabeza, le hizo girar tres veces y lo bajó en seguida con la rapidez del rayo.

El cuerpo del recluta se tendió en la arena, y su mano quedó colgada de la muñeca de su compañero (1).

Un grito de horror de todas las mujeres...

(1) Histórico.

Margarita cae como difunta junto a su marido.

Oyese al mismo tiempo otro alarido y el ruido de algo que cae también. La escena pasa casualmente en los momentos en que la madre de José salía debajo de un matorral y se arrastraba para acercársele y darle su bendición y último adiós. ¡La viejecita no pudo resistir a espectáculo tan atroz!

El soldado, conmovido, deja escapar dos lágrimas que bajan rompiendo canales en la capa de polvo que cubren sus mejillas. ¡Ah! no se presuma que en el ejército eran todos *Feroces....*

—¡Adelante! gritó el Capitán.

El compañero de José, que estiraba el brazo y veía con sesga y estupefacta mirada la mano yerta que aún permanecía amarrada a la suya, la sacudió al fin para que cayese. Desembarazado de ese fragmento de cadáver, aligeró el paso y se incorporó a los demás, no sin que le alcanzara un par de cintarazos que le arrimó el Capitán, casados con un par de interjecciones de las de su uso cuotidiano y de cada momento.

—Mira canalla, añadió entre ajo y ajo, si al tuno de tu compañero le volé la mano, a tí, si no andas pronto, te rebano la cabeza como a un pollito.

* *
*

Margarita volvió en sí; mas por poco no se le trabuca el juicio con la fuerza del dolor, al ver a su amado José sin sentido y sin mano. Lloró, se desesperó, y entre las frases de terneza y pesar que dirigía ora a su esposo, ora a su suegra a quien tanto quería, se le escapaban otras terribles contra el bárbaro Capitán autor de tanta desgracia.

El suceso atrajo a muchas mujeres y algunos viejos, y todos lloraban, sin acertar a dar consuelo a la malaventurada joven.

Entre tanto la tropa desaparecía a lo lejos en medio de las nubes de polvo y la reverberación de sol, cual si fuese grupo de fantasmas que se iba hundiendo en la boca del abismo que lo recibía entre el vómito de humo y vapor de sus entrañas.

Hecho del modo que fue posible un vendaje en el brazo mutilado de José y recogida su mano, se improvisaron unas parihuelas, y los dos cuerpos exánimes fueron conducidos a la choza del recluta que no estaba lejos.

Al otro día se cantaba en la iglesia parroquial de Ambato misa de cuerpo presente, y se removían los huesos del cementerio, preparando el lecho en que un nuevo huésped iba a dormir su sueño eterno.

II

EN MIÑARICA

EL gran pensamiento de la independencia estaba del todo realizado, y el gran temor de que tras ella se abriría la era de las discordias civiles, se iba también cumpliendo.

Pasó el heroísmo puesto al servicio de la patria y vino el heroísmo que se malogra en luchas fratricidas. Las arterias que antes se rompían para regar con sangre y fecundar el árbol de la libertad, se despedazaban ya para dar vida al chaparro de la innoble ambición.

Muerto Bolívar, más que por enfermedad, a los golpes de ingratitudes y desengaños, asesinado Sucre, despedazada Colombia, a la atmósfera de gloria que envolvía nuestros pueblos sucedió el pesado y fétido ambiente de la

infamia, e infinitos laureles conquistados en la guerra magna fueron entrelazados con los ramos de ruda cortados en los combates promovidos por los intereses personales o de bandería.

En el Ecuador comenzó muy temprano la guerra civil, o más bien la serie de guerras fratricidas que tanta sangre y tantos caudales nos cuestan, que han sido terrible obstáculo, a nuestro progreso y que ¡ay! preciso es confesarlo, ¡nos han deshonrado! ¡Plegue al Cielo que asimismo temprano se cierre, y para siempre, la era de tantas desgracias y miserias!

No es mi ánimo entrar en disquisiciones sobre las causas de la revolución que a raíz de la caída de Colombia y del comienzo de la vida autonómica del Ecuador, vino a conmoverle; ni es para el caso esta obrilla, forjada sin más propósito que el de dar un momento de distracción honesta a mis lectores.

La política incipiente e insegura, como por fuerza tenía que serlo en una República—niña y con hombres nuevos y sin experiencia práctica, empezó a dar sus frutos muy poco tiempo después que el General don Juan José Flores inauguró su primer Gobierno. Este benemérito General, que obligado por las circunstancias tomó de Colombia, árbol derribado y roto ya, la rama tendida al Sur para hacer de ella una entidad política independiente, si bien no acabó de desgajarla del tronco principal

sino en 1835; —este General, muy querido de los ecuatorianos por su buena fama y por ser considerado como creador y valedor de la República, vió surgir y extenderse por todas partes la revolución que trataba de envolverle y derribarle.

Sin saberse hoy por qué, los revolucionarios tomaron o se les dió el nombre de *Chiguaguas* (1). La oposición que comenzó a fines de 1831 como el rizado del mar, que el año siguiente se levantó en olas amenizantes y que al fin estalló como furiosa tempestad, vino en 1835 a estrellarse, romperse y disiparse en *Miñarica.*

«¿Véis allá lejos ominosa nube
Ondeando en polvo de revuelta arena,
Que densa se derrama y lenta sube?
Allí está Miñarica. La discordia
Allí sus haces crédulas ordena:
Las convoca, las cuenta, las inflama. . .
Las inflama. . . . después las desenfrena».

¿Haré la descripción de la batalla, tomando para patrón del cuadro esos versos del gran

(1) El pueblo había dado este nombre a los pesos de mala ley, que circulaban por 1831 y 32. Llamábanse también *chiguaguas* ciertos mamarrachos henchidos de pólvora que se quemaban en algunas festividades populares. Quizás dicho nombre se aplicó por burla por parte de los ministeriales o los oposicionistas, juzgándolos falsos como aquellos pesos, o bulliciosos y chisporroteadores como los mamarrachos de pólvora; mas, lo cierto es que los mismos revolucionarios adoptaron el apodo. El Doctor D. Pedro Moncayo se llamaba a sí mismo *El Viejo Chiguagua.*

Olmedo? No he de hacerla, porque no ha menester de ella la historieta que voy relatando, aunque no vendría mal como episodio. Conténtese, pues, el lector con recordar la historia: ésta dice que después de idas y venidas, rodeos y paradas, el ejército mandado por el General Flores, llamado *Ejército Convencional,* y el que con el nombre de *Restaurador* obedecía al General don Isidoro Barriga, se encontraron y chocaron en Miñarica el 18 de enero de 1835 por la tarde; que el General Flores, más militar que su enemigo, a fuerza de diestras evoluciones, le atrajo al punto en que le convenía lidiar para suplir con las buenas posiciones la fuerza numérica de sus tropas, mitad menos que las contrarias; que el choque fue tremendo y en una hora escasa el *Ejército Restaurador* fue completamente deshecho y que, en fin, la derrota fue más sangrienta y cruel que la batalla.

Desde que se acercaron a Ambato las tropas beligerantes y era verosímil que se librase batalla en sus vecindades, el cantón y las parroquias y los caseríos de los campos estaban en la agitación que en tales circunstancias viene con el temor de los desórdenes y hasta crímenes que siguen, y a veces aún preceden a los combates y batallas. Todo el mundo se empeñaba en poner a recaudo personas y bienes. Las familias huían, cuanto había en las casas era llevado a los escondites, y se asegu-

raban hasta trastos que no podían tentar mucho la rapacidad de la soldadesca. Todavía se ve, cuando hay amenaza de combate en un pueblo, salir de él e irse lejos, en traje peregrino, encaramadas en un solo mal bagaje tres o cuatro personas, llevando a las ancas, si por ventura sobran, tamañas árguenas henchidas de cachivaches, y arreando un par de borricos cargados de colchones desvencijados, esteras viejas y cazuelas rotas; todo coronado por el gallo y las gallinas atadas de patas, y por el gato que maulla encerrado en un costal.

Sin embargo, el día de la batalla muchos campesinos dominados de la curiosidad, se habían puesto en algunas alturas y a respetable distancia a ver pasar los batallones, así los que salían de Ambato en busca del Ejército Convencional acuartelado en el pueblo de Santa Rosa, como los que de aquí partían a encontrar al enemigo en lugar conveniente. Aquí y allá, agazapados tras los cercos de cabuyas y los matorrales de *sigse* veíanse pequeños grupos de hombres y mujeres, cariasustados, las bocas abiertas, todo ojos, y dispuestos a correr como unos gamos al más corto amago de peligro.

* * *

A las cuatro de la tarde, hora de soltar las yuntas, como dicen nuestros campesinos,

el sol que se avecinaba a su sepulcro, lanzaba con toda fuerza sus rayos oblícuos encendiendo las arenas de los llanos y haciendo que las cimas de los Andes Occidentales parecieran estremecerse al reflejarlos. Las ráfagas del viento del Sur levantaban nubes de polvo, y hacían sonar lúgubremente los matorrales e inclinaban las copas de algunos capulíes, aquí y allá diseminados por las llanuras. Sin embargo del sol que todo lo ilumina y alegra, aún cuando va a morir, no había quien no notase que esa hora estaba muy triste. ¿O era que la idea de lo que iba a pasar entristecía a todos, y el velo fúnebre que envolvía las almas les parecía también tendido sobre la naturaleza?.... Esos miles de soldados que habían pasado por ahí eran ríos de vida que iban en busca de la muerte para darla y recibirla. En una hora los campos quedarían sembrados de cadáveres, los aires se poblarían del siniestro ruido de las armas y de los gritos de dolor de los heridos, y caerían multitud de esperanzas e ilusiones, y quedarían centenares de viudas y huérfanos que derramarían largo tiempo lágrimas que la bandera del triunfador no podría enjugar. ¡Maldita sea la guerra!...

Hasta alguna distancia se alcanzaba a percibir el toque de las cornetas; pero repentinamente sonó un tronido como de volcán que hacía erupción; luego otro y otro, y después una sucesión de estruendos que formaban uno

solo prolongado y espantoso. De donde partía el estridor se levantaban nubes espesas de polvo y humo, que se extendían por el cielo y lo enlutaban.

Se había trabado la batalla; la muerte se regodeaba en el festín que le servían los hombres enfurecidos.

Los campesinos curiosos, al oir las primeras descargas, se pusieron en fuga, aterrados, temiendo que les alcanzara las balas, no obstante lo lejano de la lid. Las mujeres corrían encorvadas y tapándose los oídos con las manos abiertas y dando alaridos; los hombres se les adelantaban en la carrera quitándose los sombreros para que no los arrebatara el viento; algunos chicos desarrapados, cayendo y levantando, volaban tras las madres.

Con todo, no faltaban curiosos que se quedaban tras los cercos, mirando hacia el lado del ruido y del humo por entre las aberturas que dejaban las anchas hojas de las cabuyas.

Cerca de una hora después de empezado el combate, comenzaron a desprenderse de entre las nubes de polvo grupos de gente que se desparramaba en todas direcciones. ¿Habéis visto alguna vez estallar de repente un triquitraque en una plaza, y salir disparados por los cuatro vientos cuántos perros había en ella? Si lo habéis visto, ya podéis imaginaros lo que en esos momentos pasaba en Miñarica.

La derrota del *Ejército Restaurador* había comenzado. La gente que buscaba salvación en la fuga levantaba también marejadas de polvo, y envuelta en ella parecía bandas de aves fantásticas que volaban a flor de tierra y caían luego y desaparecían. Sí, caían, pues tras los fugitivos iban el acero y el plomo de los vencedores que los alcanzaban. El furor de los soldados *convencionales,* avivado con la embriaguez de la victoria, no daba cuartel a nadie.

Una hora duró la persecución. La noche comenzaba a enlutar el campo de horror de Miñarica y los caminos y llanuras donde habían caído centenares de fugitivos heridos por las espaldas. De rato en rato oíase aún el traquido de algunos fusilazos, el galopar de pequeños pelotones de caballería y los gritos de los jinetes, y quizás el quejido de algún infeliz que derribaba el bote de la lanza, no ya por necesidad, sino por el criminal y bárbaro placer de matar.

Cerca de media legua abajo del campo de batalla, se extendía un llano, uno de cuyos extremos laterales tenía un cerco bastante alto, de base formada por las menudas raíces de la cabuya tupidamente enredadas entre sí, y de cima coronada de esta planta en prolongada hilera. Había sin embargo un portillo, por el cual se subía o bajaba no sin dificultad, pi-

sando en unos pequeños huecos practicados en aquel como muro de raíces. Era compuerta de dicha abertura una cabuya arrancada, que se ponía o quitaba según fuese necesario; y encajaba tan bien, que una vez así cerrado el portillo no era fácil reparar en él.

Uno de los campesinos curiosos había tenido valor para permanecer en este punto durante la batalla y la derrota. Pero no parecía ser vana curiosidad, sino algo noble y cristiano lo que ahí le detenía: quiso en presencia de la atrocidad de los hombres rogar a Dios por ellos: mientras el furor y la saña de los combatientes y luego los de los vencedores arrebataban almas de este mundo, él rogaba a Dios por esas almas echadas a la eternidad, y por las que quedaban en la tierra acariciadas por la victoria, pero cargada de terrible responsabilidad ante el Cielo y ante la razón humana. ¿No era esto muy cristiano y muy noble?

El buen Aldeano, como los demás, oía el estridor lejano de la batalla y veía el polvo y el humo, y sentía helársele la sangre, y se estremecía, y le temblaba en la mano el rosario de cuentas de coco en que rezaba. Por el extremo opuesto de la llanura vió correr muchos fugitivos y caer no pocos, desesperándose de no poder favorecerlos. A veces el llanto humedecía sus ojos; otras interrumpía su rezo y

exclamaba, cual si para algo sirviesen sus palabras y batiendo los brazos: —¡Corre! corre, pobre derrotado ¡que te alcanzan! ¡que te matan!.... ¡Ah! no le maten!.... ¡infeliz rendido!.... ¡Lo lancearon!.... ¡Ah! qué crueldad!.... ¡Dios mío, ten compasión de ellos!....

—¿Hasta cuándo estás aquí? le dijo una mujer, cuya llegada no había advertido el aldeano; ¡qué tal no cansarte de ver la guerra y a los que van huyendo! ¡Vamos a casa!

—Aguarda, contestó él metiendo la cabeza por entre una abertura que dejaban las cabuyas y fijando vivamente la mirada en el llano.

—Mira que ya viene la noche.

—Te digo que aguardes.

—Mira que no has comido y el caldo está ya frío.

—Ya iré.

—¿A la media noche?

—No seas exigente.

—¡Ah, qué hombre éste!

—Pero mira.

—¿Qué he de mirar?

—Esos que vienen.

La mujer extendió la cabeza sobre el hombro del marido y miró también al llano.

—¡Jesús me valga! exclamó; ¡soldados! Vamos de aquí; corre; van a matarte.

—No, hija, aquí no hay riesgo.

—¿Y si echan tiros?

—No, si son derrotados.... ¡Ah! uno es derrotado.... y le persiguen. ¡Pobrecito!

—¡Misericordia! Van a matarle.... Y a nosotros también.

—No temas.

—No seas imprudente.

—¡Cómo le salvara!

—¡Imposible!... Vamos.... Vamos!

Y la mujer desesperada tiraba del brazo al marido por separarle de ese lugar, y él forcejeaba por quedarse, repitiendo: —Aguarda; déjame; ¡quisiera salvarle!

Entre la sombra del crepúsculo alcanzábase a divisar en efecto, un oficial que se aproximaba al cercado, sin saber quizás lo que hacía. Espoleaba sin descanso a su mal bagaje, sobre ser malo, cansadísimo ya; y no bastando el aguijón, dábale a derecha e izquierda con la gorra, y animábale con la voz; mas el caballo ¡paso entre paso y renqueando! Tras el desdichado venían cuatro soldados, también a caballo, borneando las lanzas cuyas rojas banderolas semejaban llamas batidas por el vien-

to, y lanzando gritos salvajes —¡Huyyy! *chiguagüito,* ¡pára! ¡tente! Cobarde, tente!

Los caballos en que éstos venían, no menos cansados que el otro, no acortaban muy velozmente los cien metros que mediaban entre perseguido y perseguidores. Pero al fin el caballo del oficial, agotadas sus fuerzas a pocos pasos del cerco, dió en tierra consigo y con el jinete. Este, al caer, arrojó un rugido espantoso. ¡Estaba perdido!

Mas, al instante mismo nuestro buen aldeano, con la ligereza de un galgo excitado por el ansia de atrapar su presa, saltó por el portillo que describí hace poco, voló hacia el derribado oficial, no obstante que oía cerca el tropel del enemigo; miróle la cara, se conturbó su poco, se estremeció; pero alzando al cielo una rápida mirada suplicatoria, se echó al hombro al exánime soldado, volvió al portillo y, agarrándose con la siniestra de una penca mientras con el brazo derecho sujetaba su carga, en un momento estuvo tras el cerco.

—Cierra el portillo, dijo fatigado a su esposa.

Ella obedeció con prontitud y encajó la cabuya en el resquicio.

En ese instante llegaron los perseguidores, y rabiando contra el salvador y el libertado, flecharon las lanzas que como aladas vívoras

volaron y se clavaron en las carnudas hojas de las cabuyas.

No era posible saltar ese parapeto natural, y desistiendo de su cruel empeño, volvieron caras los cuatro soldados y se retiraron echando blasfemias y amenazas.

—¿Estás herido? Preguntó la aldeana a su marido, temblando al notar manchas de sangre en su chaqueta.

—No, hija; el herido es este pobre oficial, contestó tendiéndole suavemente en el suelo, mientras tomaba algún respiro.

La mujer se inclinó para mirarle, y se enderezó luego, y retrocedió espantada exclamando —¡Ay!... ¿Por salvar a éste te has expuesto a morir?

—Sí, hija mía. Y es preciso acabar de hacer esta buena obra.

—¡Pero, hijo!...

—Calla y ayúdame.

Volvió el campesino a alzar al oficial sobre el hombro, ayudóle la mujer, y echaron ambos a caminar, él delante y ella detrás.

Cuando llegaron a su casa, la noche era ya cerrada.

* *
*

La mujer se apresuró a encender una vela, y, por orden del marido arregló el pobre lecho de ambos y en él tendieron al herido. Desciñéronle la espada, quitáronle la levita, abriéronle la camisa y examinaron la herida. Extensa era ésta y en el costado izquierdo, mas no profunda; sin embargo, la sangre perdida era mucha, y la debilidad causó fuerte síncope al robusto oficial en el momento en que cayó del caballo.

Dos niños y una niña, el mayor de cinco años y la última de tres, flores del amor de ese excelente par de aldeanos y regocijo de su choza, se habían acercado al herido, y con labios abiertos más de lo común y ojos desortijados por el asombro y el miedo, le contemplaban en silencio. Jamás habían visto un soldado, menos cara tan aterradora.

La madre calentó agua, el mozo echó en ella buena porción de aguardiente, y empapando un paño en la mezcla lavó suavemente la herida. Después le aplicó una venda y luego comenzó a soltar en los labios entreabiertos del oficial cortas porciones de caldo caliente. No sabía otro medio aplicable para que volviera en sí.

Comenzó a moverse el enfermo, masculló no sé qué frases confusas, abrió los ojos san-

guinolentos y los volvió lentamente por todas partes.

—¿Dónde estoy? murmuró al fin.

—En casa de amigos, se apresuró a contestarle el aldeano.

—¡Ah!... cana... lla... ¿Quién... me... trajo... acá?

—Yo.

—¿Para... qué?

—Para que no le maten sus enemigos.

—Enemigos... ¿Y dónde están... esos... bribones? Y al decir esto el oficial hacía esfuerzos por levantarse.

—Cálmese, cálmese y no se mueva, y no tenga miedo.

—¿Miedo? ¡canalla! Mi espada, ¿dónde está mi espada? Quiero matarlos; ¡qué vengan esos!...

¡Misericordia! dijo por lo bajo la mujer, ¿qué hemos hecho trayendo a casa este soldado?

—Calla, hija; hemos hecho una obra buena.

—¿Pero no oyes lo que dice? ¡Jesús me valga!

—Déjale que diga lo que quiera, y cállate: ¡qué no te oiga!

Y volviéndose al enfermo añadió: —Cálmese usted, señor Capitán y haga por ver si duerme un poco.

—Dormir... bueno.

Y el enfermo cerró los ojos; pero comenzó a fatigarse y el sordo quejido que se le escapaba a cada segundo denunciaba que su dolor no era pasadero.

Los niños se durmieron; pero de seguro soñaban en la cara medrosa del soldado, pues especialmente la chica saltaba de cuando en cuando en la cama dando agudos gritos.

El par de esposos, que se habían improvisado una mala cama en un ángulo de la choza, se acostaron después de rezar a media voz unas cuantas oraciones.

* *
*

La noche fue pésima así para el oficial como para sus abnegados hospedadores. Sin embargo, por la mañana el enfermo se sintió mejor. Curáronle los buenos aldeanos con afán y amor, y él iba comprendiendo el beneficio que se le hacía. Quizás por primera vez en su vida brotaba en su mente la idea de cuánto podía la caridad, y se movía su corazón con un si es no es de sentimiento humano.

Sin duda era valiente: en esos tiempos por maravilla se daba con soldado que no lo fuese; pero penetraba su situación y se inquietaba su poco.

—Díme, moza, dijo a la aldeana que se le acercaba con una taza de humeante caldo ¿no corro aquí peligro?

—Ninguno, contestó, ocultando apenas la repugnancia que le causaba la fisonomía de su huésped.

—¿No pasan soldados por las cercanías?

—No, señor.

El Capitán comenzó a sorber el caldo; pero se detenía de cuando para mirar las carillas asustadas de los chicos que asomaban juntas por la puerta, como un racimo de manzanas.

Luego oyó este diálogo que ellos y su padre sostenían en el corredor.

—¿Quién es ese hombre tan feo?

—Es un pobre señor militar, a quien han herido en la guerra.

—¿En eso que ayer hacía tánta bulla y tánto polvo allá lejos?

—En eso.

—Mejor hubiera sido que ese hombre feo se muriera allí.

—No digas eso, hijito mío: está mejor que no haya muerto.

—Pero si es malo.

—¿Cómo sabes que es malo?

—Yo sé que es malo. ¿No le ve esa cara?

—Aunque sea malo, es preciso tenerle lástima.

Yo no le tengo lástima.

—Mal hecho.

—Pero si tiene cara de perro bravo.

—Pero si tiene cara de toro.

—Pero si parece coco.

—Callen, callen: no digan esas cosas hijitos. *Taita* Dios ha de enojarse con ustedes.

—¿*Taita* Dios quiere a ese hombre feo?

—Sí, como nos quiere a nosotros y quiere a todos.

—¿Y usted también le quiere?

—Sí, y por eso le he traído acá para curarle.

—Ah....

—Ah....

—Si usted le quiere y le quiere también *mamita*....

—¿Le han de querer ustedes?

—Sí.

—Sí.

—¡Pobre soldadito!

Y todos tres niños volvían a meter las cabecitas por la puerta, algo menos asustados ya.

El oficial los miró con semblante apacible. Mientras escuchaba el diálogo, había pensado:
—¿Si seré malo como lo creen esos chicos?

Y su conciencia le contestó, aunque confusamente:

—Esos chicos tienen razón.

No hay como la desgracia y el dolor para hacer hablar a la conciencia, y en desgracia estaba el oficial y padecía dolor.

***

Dos días después, el enfermo estaba tan mejorado, que ya se sentaba con bastante desembarazo. La herida era limpia y no se había presentado la supuración.

Los aldeanos se esmeraban no sólo en curarla, sino en tratar con bondad y cariño a su huésped, no obstante la rudeza de lenguaje y maneras de éste. La mujer, bonísima, de esas mujeres que abundan en nuestro pueblo, y que muchas veces es necesario no juzgarlas por lo que dicen, sino por lo que hacen, se enfa-

daba su poquillo; pero el marido, más reflexivo y calmado, le iba a la mano en los deslices de la lengua.

—Hija, la decía en tono de reconvención cuando se alejaban del enfermo, estamos haciendo una obra de caridad, y para que sea perfecta delante de Dios, es necesario no ofender en nada al señor oficial.

—Sí, pues, contestaba ella algo picada, tú sólo eres tan buenito, y no te gusta que yo diga nada y quieres que todo le tolere a ese feo malo.

—¿Eh? ya ves: con que ese feo malo...

—Yo no olvido...

—Mal hecho.

—Pero perdono.

—Si perdonas, calla y olvida.

La buena mujer se mordía suavemente el labio inferior, bajaba los ojos y volvía las espaldas al marido.

Una mañana el aldeano ayudaba al enfermo a sentarse en la cama, mientras la mujer le acercaba el desayuno que consistía en una suculenta taza de caldo y medio pollo asado que echaba un olorcillo tentador. El oficial estaba triste: la conciencia le había hablado con alguna más claridad. Y luego ¡esa gente

tan buena que le servía con tanto amor!... ¿Con qué la pagaría?

Por primera vez en los días de su enfermedad y quizás en su vida, dijo medio conmovido: ¡Gracias, gracias!

Pero dime, canalla, añadió al aldeano, ¿por qué empleas para todo la mano izquierda?

—Porque.... porque....

—Porque no tiene la derecha, dijo la mujer concluyendo la frase que el marido no acertaba a terminar, y clavando al mismo tiempo en él una mirada expresiva que decía; No ves que es malo? Todavía te trata de canalla.

—¡Cómo! ¿que no la tiene? ¿y por qué es manco?

—Usted lo sabe.

—¡Chito, mujer! dijo el aldeano.

—¿Que yo lo sé?

—Sí, señor, usted....

—¡Calla, mujer!

—Usted se la cortó.

—¡Yo!

—Usted.

—¿Pero cómo?

—¡Calla, Margarita!

—¿Se acuerda usted de los reclutas que ahora seis años llevaba amarrados mano con mano de Ambato a Riobamba?

—¡Ah! sí... sí...

—¿Se acuerda usted...?

—¡Pero, por Dios, Margarita!

—Déjame hablar, José. Sí, señor: ahora seis años en Huachi.

—¡Aaaah!... me acuerdo... me acuerdo...

—Un pobre recluta cayó accidentado, y usted le cortó la mano de un machetazo.

—¡Hija, Margarita!

—Mi pobre José, que es este manco, y que cayó como muerto, por la misericordia de Dios pudo sanarse; pero su madre se murió de veras de susto y de pena. ¡Pobre madrecita!

El Capitán Feroz inclinó la cabeza como si le hubiesen echado un quintal de plomo sobre ella.

José miró a su mujer con ceño, y en esa mirada la decía: —Has echado a perder nuestra buena obra!

El Capitán alzó con viveza la frente, y dándose en ella una recia palmada, dijo a José:

—Mira, cana... mira bru... mira hombre, te digo, dame ese sable que está colgado ahí.

—¡Jesús me valga! exclamó la mujer.

—No temas, moza.

—¡Si usted quiere matarnos!

—No temas, te repito. Mira, bru... mira, amigo, tráeme, el sable, pues yo no puedo alcanzarlo.

—¿Qué quiere usted hacer con él? preguntó José con más asombro que susto.

—Ya lo verás.

—Yo no se lo doy.

—Dámele.

—No, señor.

El Capitán hizo entonces un esfuerzo para ponerse en pie y tomar el arma; pero cayó del lecho.

Al punto el aldeano metió los brazos para alzarle, y su mujer acudió también, depuesto su miedo y con solicitud cariñosa.

—Pero, señor, por qué no se está buenamente, dijo ella.

—Usted está todavía débil, añadió el marido, ¿para qué quiso levantarse? Ya ve usted lo mal que le ha ido.

—¡Quiero morirme! murmuró el enfermo.

—Mal hecho de querer eso.

—¿Para qué me libraron ustedes de mis enemigos?

—Para que viva.

—Mira, cana... mira, ya que no quieres darme el sable, tómale, desenváinale y mátame.

—¡Jesús! ¿qué me propone?

—¡María Santísima! este Capitán se ha endiablado, exclamó Margarita santiguándose.

—No sean ustedes brutos, y ¡tan cobardes!

—El es el bruto, añadió por lo bajo la mujer.

—Mira, hombre, repuso el oficial, es preciso que me mates. ¡Ea! ahí está mi sable.

—¿Cómo ha de ser preciso que yo cometa un crímen? ¡Dios me libre de hacerme reo!

—Vengarse no es hacerse criminal, y tú necesitas eso: solamente matándome puedes hacer que yo te pague los males que te he hecho.

—Ya me he vengado, señor Capitán.

—¡Cómo!

—Como usted lo ha visto.

—No te comprendo, bruto. Conque yo te he tratado con crueldad, te he cortado la mano destinada a trabajar para tus hijos, te he quitado tu madre, y todo esto sin más que mi

gusto de malvado; y tú me has salvado la vida poniendo en peligro la tuya, me has traído a tu casa, me has curado con amor... ¡y dices que te has vengado! Mira, canalla, no te entiendo.

—No importa que usted no me entienda.

—Pues ¿quién va a comprenderte?

—Dios.

—¡Dios!...

En el cerebro del Capitán iban brotando nuevas ideas y su alma comenzaba a iluminarse.

—¡Dios! repitió después de un instante de silencio. Al fin dime hombre del diablo, ¿por qué has hecho conmigo esas cosas, en vez de matarme y vengarte?

—Porque soy cristiano.

—¡Porque eres cristiano! murmuró el Capitán inclinando la cabeza y cruzando los brazos. Esa frase encerraba un mundo moral que había permanecido cerrado para él, y al vislumbrar el resplandor de su belleza sentía a un mismo tiempo refrescársele el corazón y anonadarse el alma. El cristiano José y la cristiana Margarita le iban venciendo. —¿Si será bueno ser lo que son estos canallas?, se dijo.

El insulto había llegado a ser tan natural

en él, que precedía todos sus pensamientos y acompañaba todas sus palabras.

* * *

El Capitán Feroz iba haciéndose digno de que se le suprima o cambie este funesto nombre. Su trato era ya suave, y no menudeaba mucho las palabras ofensivas, ni aún truncadas, como solía hacerlo impedido por las circunstancias de decirlas completas. Miraba a José y Margarita hasta con cierto respeto, y los niños le habían perdido el miedo. El de cuatro años, el más travieso de la partida, aún se atrevió un día a descolgar el sable envainado y dar sus carreras caballero en él, hasta que se lo quitó Margarita, castigando al chicuelo con un ligero papirote, que disgustó al Capitán.

Este se había puesto bastante bien, y daba sus paseos por los alrededores de la casa. Le inquietaba el no saber nada cierto de cuanto pasaba en el Gobierno y en el Ejército, pues si bien corrían por los campos noticias abundantes, eran de esas que reciben y dan los campesinos despojándolas de la verdad lo menos un diez por ciento.

Una mañana; —mañana de esas tan comunes en nuestra tierra, en las que el sol nace entre nubes tenues y blanquísimas; en las que

los montes, a cuyas plantas se han agrupado las espesas nieblas, parecen altares gigantescos sobre zócalos de mármol; en que naturaleza toda sonríe y toda alma con irresistible impulso se eleva a Dios, el Capitán se había sentado en un banco a la entrada de la casa a recibir el dulcísimo calor que venía del Oriente. Todo era paz y animación delante de él: José hacía uncir un par de robustas yuntas, y con la mano que le quedaba compartía la labor de sus dos jornaleros; Margarita ordeñaba una hermosa vaca, mientras el mayor de sus hijos bregaba por contener el ternerillo desesperado por acercarse a la madre y gozar el alimento que se le robaba, el otro chicuelo, llena la falda de la camisa de granos de maíz, los regaba de poquito en poco, riendo a todo reír de ver el afán con que las gallinas corrían de aquí para allá disputándose el alimento y dándose picotazos; la hermanita del buen amigo de esas útiles y simpáticas aves, como de menos años, había dejado el lecho la última y apenas cubierta de su camisita blanca y de pies en el borde del corredor, se frotaba suavemente los ojos para quitarse las postreras huellas del sueño, en tanto que con la otra se rascaba la cabeza abultada por el desorden del cabello. La chica era toda pereza.

—¡Haragana!, ¡dormilona! le gritó la mamá viéndola con ojos brillantes de amor y sin dejar su ocupación; ven acá.

—¡Mamita! contestó la niña, saltó del corredor, voló, abriendo los redondos bracitos y se colgó, por las espaldas, del cuello de la madre.

Esta acababa de llenar un jarro de lata de leche cuya cándida y vaporosa espuma sobresalía dos dedos de los bordes, y volviendo la cabeza dijo al oído de la niña algunas palabras; la niña miró con ojos vivarachos al Capitán, tomó el jarro y a tientas para no regar la espuma fuése a él.

¡Qué poder el de la inocencia y belleza de un ángel! el Capitán Feroz, al tomar el jarro, —¡Linda mía! exclamó e hizo una afectuosa manola a la hija de Margarita.

En este momento sonaron las pisadas de un caballo, y luego asomó un jinete que por su decente traza no era ningún campesino, y se dirigió a José. El Capitán no dejó de inquietarse; lo notó Margarita, se le acercó y le dijo: —No tema usted nada: es un buen caballero, es nuestro compadre el señor N...

El señor N..., al paso a su hacienda, quiso ver a su compadre José para hacerle un encargo. El aldeano le saludó con respeto, y después de ofrecerle hacer lo que le pedía, le preguntó qué pasaba en Ambato, si ya había orden, si ya no se perseguía a nadie, y otras cosas, y aún acercándose al montado y cru-

zando los brazos sobre el cuello del alazán, habló en voz baja no sé qué con muestras de mucho interés. El caballero volvió la cabeza con disimulo para ver al Capitán, y éste, entre sorbo y sorbo de la leche, había echado ya sesgas miradas al caballero, como perro que come y recela que otro le dispute el bocado.

El compadre se despidió del compadre, saludó con la mano a Margarita, y partió.

José se acercó risueño al Capitán y le refirió cuánto le dijera el señor N... añadiendo que era persona muy respetable y a quien se le podía creer todo. Resultaba, pues, de las noticias, que Ambato y casi todo el interior del Estado se hallaba en calma, que ya había un Gobierno provisional, que el General Flores no solamente no perseguía a sus enemigos, sino que los trataba con suma clemencia y noble generosidad, y que aún el General Barriga se encontraba en una de sus haciendas libre y sin que nadie le molestase, como en iguales condiciones vivían también muchos otros jefes y oficiales del Ejército vencido.

—Entonces, dijo el Capitán, puedo ya irme de aquí.

—Como usted guste, señor, le contestó el aldeano; pero ¿se siente ya deveras bueno?

—Perfectamente. Pero ¡qué diablos! añadió el soldado rascándose la mollera...

—¿Pero qué, señor?

—Si yo... mira, José... ¡cáscaras!... Si supieras....

—¿Tiene usted algún recelo?

—Hombre, cómo no.

—Entonces no se vaya.

—¿Y qué hago aquí?

—Quedarse con nosotros: hágase usted *chacarero.*

—¡Já, já! no seas bruto.

—¿Pues entonces?...

—Me voy, aunque el General me haga pegar cuatro *pepasos.* ¿Y que no los merezco? ¡Vaya!

—¡Ave María! no arriesgue usted el pellejo.

El Capitán permaneció caviloso unos minutos. Bien es verdad que le sobraba motivo para temer seriamente, y no sólo para recelar. ¡Pues ya era nada eso de haber sido desleal para con su antiguo Jefe, y haberle abandonado, y más que esto, hecho armas contra él, olvidándose por completo de los favores que le debía! Todo esto ¿por qué? Por la causa que sirve todavía para que infinidad de militares se vuelvan desleales y hagan revoluciones o se sometan a ellas: la codicia del ascenso. El Capitán Feroz era convencional y floreano; los *chiguaguas* le ofrecieron elevar a Coronel, y... ¡hétele en Miñarica!

—Resuelto: ¡me voy! dijo al cabo el Capitán, poniéndose en pie. Y si el diablo me lleva, ¡a mano!

—Sea usted bueno y Dios ha de protegerle.

El huésped miró fijamente a José y con cierto modo como si quisiera decirle: —Veremos si se puede practicar tu consejo: ya me va pareciendo que es bueno ser bueno.

—Usted se irá mañana.

—Hoy mismo.

—¿No quiere usted quedarse ni un día más con nosotros?

—No: quiero saber pronto cómo me va.

—A lo menos no se irá usted sin haber almorzado.

—¡Eh! bien: eso sí. Y entretanto,. prepárame el bagaje.

Almorzaron todos. El Capitán estuvo taciturno y comió poco. Ciñóse el sable; pero antes se acercó al lecho y sacó del ceñidor algo que al disimulo puso bajo la almohada. José lo observaba con más disimulo aún.

Pocos momentos después el Capitán Feroz se encontraba rodeado de toda la excelente familia, en medio de la cual había hallado no sólo la salud del cuerpo, sino también alguna para el alma. Parecía un toro domesticado en medio de esos aldeanos. ¡Cosa admirable! al

acariciar a cada uno de los niños y ajustar la mano de Margarita, le brillaban los ojos henchidos de lágrimas. Ella se enjugaba también los suyos con una esquina del paño que tenía cruzado en los hombros. José, que se ocupaba en atar al pico de la silla un envoltorio con pan y otras frioleras para el viajero, fue el último de quien éste se despidió.

—¡Adiós, canalla! le dijo ajustándole entre sus brazos.

—¡Adiós, Capitán!

—Mira, pillastre, voy a hacerte unos encargos.

—Señor, los que usted guste.

—Que quieras mucho a esa moza tu Margarita.

—Encargo excusado: me muero por ella.

—Que quieras mucho a esos chirotillos de tus hijos.

—Son mis amores.

—Mira, José, no les dejes hacerse soldados.

—¡Dios me los guarde!

—Mira, tunante, no dejes de ser cristiano.

—Dios no me ha de castigar con tan grande desgracia.

—Mira... mira, bruto... ¡ah, caramba!... ¡no te vuelvas acordar que yo te rebané la mano!

—¿Acaso me acuerdo de eso?

III

DESPUES

El Capitán tocó en Ambato y pasó el mismo día para Latacunga. Tuvo hambre, acudió al envoltorio en que iba su poco de pan y cecina, y se sorprendió y retiró la mano cual si hubiese dado con una culebra al hallar envueltos en un pedazo de papel las monedas que pusiera bajo la almohada. ¡Ese bueno del canalla! exclamó, miren si ha querido aceptarme ni esta bicoca en pago de tánta bondad y tántos servicios. Ese ani.... pues ¡qué cáspita! lindo modo de vengarse tiene ese.... ese bueno de José.

El General Flores no solamente quiso perdonar, y, en efecto, perdonó a su antiguo Capitán, sino que volvió a darle colocación en el Ejército. Pero ya no era el Capitán Feroz: era

suave y considerado con los subalternos, y en especial trataba con paternal afecto a los reclutas, aunque siempre llamándoles canallas y pajarracos.

Sorprendía su conducta, diversa en un todo de lo que fue en otros tiempos, a sus viejos compinches y camaradas; burlábanse de él cambiándole el nombre de Capitán Feroz en el de Capitán Ovejo. No dejaba de picarle el nuevo apodo, y se ponía colorado y echaba palabrotas a docenas; pero una vez que su Coronel, dándole una palmada en el hombro, le dijo: —Capitán, usted se ha puesto de lo vivo a lo pintado: ¿por qué es usted tan otro con los soldados y con todo el mundo? —contestó con aire satisfecho y con tono grave:

—Mi Coronel, porque soy cristiano.

ENTRE DOS TIAS Y UN TIO

COSTUMBRES Y SUCESOS DE ANTAÑO EN NUESTRA TIERRA

A MI QUERIDA PRIMA
Cornelia Martínez

SI tú que cuentas cortos años de vida y apenas has visto tal cual escena del mundo, tienes no obstante recuerdos que te sirven para tejer una hermosa y delicada historieta como *Paulina,* ¿cuántos no tendré yo que he visto correr ya más de medio siglo? Y cuántas impresiones no guardaré en mi corazón, palpitantes aún, que he recibido en escenas infinitas, en las que he sido actor, o lo han sido mis amigos y conocidos?

Hoy está la noche fría y nebulosa, nieva en los Andes, el cierzo sacude las ramas de

los árboles despojados de sus hojas por la despiadada mano del invierno, y el río crecido y negro brama a cincuenta pasos de esta casa. ¡Qué horribles horas para los pobres que no tienen abrigo, y padecen quizás frío acompañado de hambre! Nosotros, entre tanto, estamos aquí resguardados de los rigores de la intemperie, hemos tomado leche con café, tú nos has deleitado con el piano y con tu voz angelical; tu mamá, tus hermanos y hermanas y yo hemos charlado y reído a maravilla; y, por fin, vamos a rematar la velada con uno de mis recuerdos.

Pero no he de pasar adelante sin meter, a manera de cuña, entre el preámbulo y la narración, un pensamiento que se me ocurre acerca de la diferencia de suerte entre nosotros que tan bien lo estamos pasando esta noche, y los miserables que se están muriendo de hambre y frío. ¿Por qué tal diferencia? Mil veces se ha repetido esta pregunta y nunca ha sido contestada, ni lo será jamás: esas desigualdades son un misterio de los muchísimos que se reserva la Providencia, son un problema por cuya solución se desvelará la filosofía tantos siglos más cuantos viene rompiéndose en vano la cabeza por alcanzarla; y cumplido este plazo, comenzará otro, y después otro y otro hasta el fin del mundo, y el desesperante *por qué* seguirá en sus trece, y la sociedad dividida en ricos y pobres, felices y desgracia-

dos. Entre tanto (y esto es lo que yo quería decir principalmente) consolémonos de que no tenemos la culpa de la desdicha de los demás, y repitamos con uno de los Argensolas:

«¿Ciego, es la tierra el centro de las almas?»

Ahora sí comienzo. El Ambato, nuestro querido y delicioso río.... Pero se me olvidaba: en pago de mi narración deseo dos cosas, mi Cornelia: has de ejecutar en el piano el trozo de música que mejor armonice con la impresión que te cause el remate de la historia que vas a oír, y después forjas otra novelita que sea compañera de *Paulina* y deleite como ésta a los lectores de la *Revista Ecuatoriana.* ¿Estamos? Pues adelante.

El Ambato, nuestro querido y delicioso río, forma su caudal de la misma suerte que muchos hombres el suyo: junta sin ningún trabajo aquí una corta herencia que, al derretirse, le deja la nieve del difunto Carhuirazo; allá un pequeño donativo que le hace el Casahuala; acullá el presente de un manantial que brota bajo las rocas cubiertas de musgo; y en muchas partes las laderas empapadas por las lluvias van entregando al codicioso río hilos de agua que descienden silenciosos por entre amarilla paja y verde grama. Y he aquí a poco andar al señor nuestro, enriquecido a cos-

ta ajena, saltador, alegre, bullicioso y envanecido como si se lo debiese todo a sí mismo.

Pero el Ambato no es como la mayor parte de los ricos, que aumentan su tesoro sin provecho para los menesterosos y ni aún para sí: es sumamente dadivoso y benéfico, tanto que de algunos años acá se va quedando pobre, porque consiente de buen grado que todo el mundo meta la mano en sus arcas y le sustraiga el caudal. La ciudad vecina le ha robado hasta el nombre, y no se diga más.

¿Qué fuera Ambato sin su río de vegas feraces, verdes y poéticas, y sin las ondas que le sustraen los ambateños para forzarlas a ir a tierras lejanas a derramar en ellas fecundidad y riqueza? Fuera una ciudad como tántas otras: ciudad y nada más. No tuviera su vestido y corona de árboles y flores, ni respiraría embalsamadas y saludables auras, ni escucharía música de mirlos y gilgueros, ni se regalaría con el jugo de exquisitas frutas, ni, por medio de éstas, habría hecho sus tributarios a muchos de los pueblos vecinos, inclusa la Capital de la República; ni tal vez, me atrevo a presumirlo, tendrían sus hijos el genio despierto, alegre, chispeante y expansivo que los distingue.

Pero a veces el Ambato se pone de mal humor: las tempestades o las nevascas de la cordillera occidental echan lodo y piedras en

la caja de nuestro rico, que se enoja, se pone furioso, brama, y azota y tala huertos y jardines, obras de su propia munificencia, y derriba puentes, y se arrebata chozas y ganados, no pudiendo librarse de sus iras en ocasiones ni sus propios dueños. Entonces es un demagogo satánico que proclama libertad, se la da amplísima a sí mismo, y para hacerla gozar a sus vecinos, hace.... pues ya ven ustedes lo que hace: arrasarlo todo. Pero, eso sí, ciertos revolucionarios, que Dios confunda, no hacen bien ninguno ni antes ni después de sus azañas, y sí sólo gravísimos daños, en tanto que el Ambató, aunque borra con el codo el beneficio que hizo con larga mano, pasados sus arranques demagógicos, que no son sino humoradas malditas de pocas horas, y vuelto a su estado normal de rico bonachón y generoso, vuelve también a ayudar al hombre a recuperar lo perdido, y aún a darle más de lo que le había quitado.

Hace poco menos de cincuenta años, cuando yo todavía no era pecador, por el mes de febrero, pródigo de peras, duraznos y capulíes, muchas personas en animada cabalgata atravesaban el puente de *La Delicia* con dirección a *Ficoa.* Iban de paseo y se proponían pasar un día de diversión y chacota, como todavía gustan de hacerlo nuestros paisanos. Entonces el sillón de montar apenas daba señales de haber existido, y lo usaba sólo tal cual señora

de edición colonial, y el moderno *gancho* era trasto de lujo de sólo las ricas. Las personas del paseo que recuerdo no lo eran y, según la costumbre común, las mujeres iban a horcajadas como los hombres. Las faldas se subían más de lo prudente piernas arriba, y para la honestidad de éstas, damas y matronas estilaban calzones de ruán con trabillas y los bordes adornados de guarnición de encaje. Echenle ustedes la chaquetilla de manga larga, cerrada por el puño, un ponchito ligero, un pañuelo de seda al cuello y un sombrerillo con flores y plumas, bajo de cuyas faldas colgaba el cabello en dos trenzas iguales con remate de cinta negra, y tienen una señora de aquellos tiempos en elegante traje de montar a caballo. En los hombres privaba la polaina atada sobre la rodilla con un cordón cuyas borlas caían a los lados. En lo demás, el arreo caballeril era ni más ni menos que el de los no elégantes de hoy en día: poncho, tamaño sombrero, grandes espuelas, *pellón* lanudo. ¿Guantes? Ni en ellos ni en ellas. Algunas mujeres, en especial las maltratadas por muchas navidades se hacían llevar por delante sentadas de lado en el pico de la silla suavizado por un cojín o por un paño envuelto en él. El jinete la enlazaba con el brazo siniestro por la cintura, mientras con la otra mano manejaba la brida; ella le asía por la nuca, y ¡adelante!

De esta manera iba doña Tecla, vieja de seis cuartas de estatura, apergaminada y de ojos que, con ser lo mejor que Dios le había dado, no eran para envidiados, a causa de la divergencia con que tiraban sus vistazos; pues si el uno le hacía a la derecha, su compañero se empeñaba en que lo había de hacer por la izquierda. El caballero que la aguantaba era su primo hermano don Bonifacio, entrado en años como ella, regordete, de rostro amoratado, ojos colorados y aire entre cachazudo y abellacado. Cuando iba de paseo o de viaje, su distintivo principal era una bota pipona de cuello de cuerno y boca de metal, provista siempre de anisado. Ya se comprende cuál sería el gusto predilecto del buen viejo.

Al lado de doña Tecla y de manera que estuviese siempre bajo los tiros de uno de sus ojos, iba Juanita, su sobrina. A poca distancia seguía a la joven el amartelado Antonio, fija en ella la mirada, y más que la mirada el corazón. No era para menos la belleza de Juanita y las cosas que ya se habían dicho, a pesar de la vigilancia de la celosa tía.

A las ancas del caballo de un paje y asido de la cintura de éste con ambos brazos, iba un ciego arpista, infalible pieza en toda diversión de *arroz quebrado,* como solemos decir. Otro paje llevaba por delante el instrumento del ciego. Las bolsas de los *pellones* iban henchidas de botellas, tras los muslos de

los jinetes. Agréguese el buen humor de todos, y se verá que había lo necesario para darse un verde de los más soberbios.

Llegados al huerto designado para la diversión, desmontáronse todos, y los hombres bajaron en brazos a las mujeres. Antonio quiso hacerlo con Juanita; pero doña Tecla le echó un *No se moleste usted* con tal tono, que el pobre retrocedió asustado. La vieja se resbaló del caballo; don Bonifacio echó pie a tierra y ayudó a hacerlo a su sobrina.

Ataron los caballos a estacas y árboles, no sin que hubiese corcobos, coces, relinchos y amagos de cosas más serias de parte de esos bribones, y sustos y gritos de niños y mujeres. ¡Qué quieren ustedes! había también entre los cuadrúpedos algunas damas de su raza, si se me permite decirlo, y no pocos galanes....

En fin, señoras y caballeros acudieron a la sombra de un capulí ya acostumbrado a dar posada a gente alegre. Era un árbol gigante, cuyas ramas dobladas a la redonda y vestidas de hojas tupidas formaban un magnífico pabellón capaz de contener cuarenta personas. Allí se tendieron *pellones* y ponchos sobre la grama y las hojas caídas, y de tan muelles asientos tomaron inmediatamente posesión mujeres y hombres; si bien muchas parejas desafiando los rayos del sol, que eran a

la sazón vivísimos, quedáronse fuera y se dieron a recorrer el huerto, comiendo frutas a discreción. El arpista, entre tanto, se había sentado en una piedra al pie del tronco del famoso capulí, y tocaba el *costillar*. El contento y la animación tomaban creces. Trajéronse canastas de duraznos y peras que se regaron en la verde grama, y a ellas acudieron todas las manos y se abrieron todas las bocas; menudeaban las copas de Mallorca y de la exquisita mistela.—Tras la pera, la frasquera, se repetía; o bien para hacer beber a una señora se le decía que era preciso cocer el durazno en licor. El efecto de las frecuentes libaciones se manifestaba ya en una tumultuosa alegría y comenzó el baile. Zapatearon hasta las viejas, y no se diga más. ¡Imaginen ustedes qué sería ver danzando a doña Tecla! Pero como no hay gusto cabal en esta vida, el de la tía de los ojos extraviados, al verse en tanta gloria, fue amargado por unos versos que le echó el bendito ciego, soplados por Antonio en venganza del desaire que sufriera cuando quiso desmontar a Juanita.

El baile para los mozos,
Para viejos, el rezar;
Que ver a un viejo bailando
Es cosa de vomitar.

—¡Ciego canalla! dijo entre dientes doña Tecla, y se sentó precipitadamente a medio hacer

una pirueta. Don Bonifacio, que se había puesto en cuclillas para *alentar* en el arpa, reprendió al ciego; pero éste se alzó de hombros y siguió desempeñándose a pedir de boca de todos.

—¡Otro par! ¡otro par! gritaron muchas voces. Fulanita con Zutanito.

Un mozo de cara en vísperas de barbar invitó a una señorita que, no obstante su deseo de lucirse, se excusó con un «si no sé» y un «no puedo», palabras rituales en semejante ocasión en boca de nuestras pudorosas damiselas. El mancebo le tomó la mano y le obligó a ponerse de pies. Ella, con los ojos bajos, colorada y sonreída, tiró a un lado el pañolón, echó las trenzas atrás, cruzó un pañuelo de seda por las espaldas, asidas las esquinas con la mano izquierda sobre el hombro y con la derecha en la cadera, y esperó que su compañero comenzara. Hízolo en seguida, la una mano en el cinto y batiendo con la otra en alto su sombrerito de paja.

—¡Viva! ¡viva! gritaron todos y daban recios palmoteos; y quién tiraba a los pies de la joven flores y ramillas y hojas verdes, y quién tendía su pañuelo para que lo pisara.

Sentóse la joven, dióle gracias el mozo, y volvieron las voces: —¡Otro par! ¡otro al agua!

Antonio se animó a invitar a Juanita. ¡Pobre Antonio! un vistazo y un gesto de doña

Tecla le hirieron como rayos y me le dejaron patitieso. No paró en esto: la vieja hizo una seña a don Bonifacio, éste la comprendió, se sacó el poncho y lo tiró a un lado, quedándose con el chaquetón de pana cuyos bordes no bajaban del nivel de las caderas, la la camisa que se le escurría sobre la pretina, a pesar de los tirantes que le cruzaban pecho y espaldas, y su querido cuerno pendiente al costado izquierdo; y en esta facha y derramando sonrisa por la entreabierta enorme boca se acercó a Juanita, haciendo piruetas y batiendo el pañuelo que sacó del bolsillo del chaquetón. La muchacha se puso como un ají, se mordió los labios y, echando un bistazo á Antonio, dijo con desdén:- ¡Yo no bailo!

—¿Cómo? dijo doña Tecla muy molesta.

—Digo que no bailo.

—Has de bailar. ¿Conque has de desairar á tu tío?

Y añadió en voz baja—¡Mal criada¡

—¡Que baile! ¡que baile Juanita! gritaron muchos de los concurrentes, ¡Arriba la linda. ¡Viva don Bonifacio! ¡Hurra!

Doña Tecla le tiró y quitó el pañolón con violencia, y Juanita se vió forzada a hacer lo que no quería.

Para don Bonifacio, el minuete, dijo alguien

Bueno, bueno. Ciego, échale un minuete, contestaron muchos.

—¿Y quién alienta?

—Antonio;

—¡Magnifico!

El baile duró poquísimo, y Juanita durante él tenía cara de vinagre y seguía maltratándose los labios con los dientes.

El ciego cantaba:

La dama que está bailando
Se parece á San Miguel,
Y el galán que la acompaña
Al que está bajo sus pies.

Don Bonifacio comprendió que esta pulla no venía del arpista, y quedó picado. Cuando tornó al pie del arpa y bailaba otra pareja, Antoñito, dijo al amante de su sobrina, atiende bien al canto del cieguecito,

Y la copla dictada por el viejo decía:

El pobre que está queriendo
Por la fuerza se anonada
Porque no tiene que dar
Para nada ¡ay! para nada.

—¡Muy bien, tío Bonifacio! exclamó el joven aparentando buenhumor, pero tragando acíbar.

Y se cruzaban él y Juanita miradas inteligentes. Por dicha de ambos doña Tecla comenzaba á dar señales de que las copitas se le habían ido á la cabeza y hacían efecto de narcótico: la tía cabeceaba y cerraba y abría los ojos lánguidos y vidriosos. Al fin, no pudo resistir, hizo una maleta del poncho de don Bonifacio, arrimó en ella la oreja, se cubrió la cara con el sombrero y se durmió; pero tuvo cuidado de asir el traje de Juanita para tenerla presa.

Nació una esperanza en el corazón de los dos amantes; y mientras el ciego, acompañado de Antonio, cantaba en una tonada melodiosa y don Bonifacio salía del rústico pabellón medio tambaleándose, Juanita tiraba suavemente su traje y lo desprendía de los leñosos dedos de su tía. Luego se puso en pie, se desperezó, dió unas vueltas entre los concurrentes, y con mucho disimulo salió al huerto. Se metió en un callejón sombrío y apretó el paso, no sin volver la cabeza a cada momento. Nadie la seguía ni veía.

¡Que Morfeo no abandone los párpados de doña Tecla! ¡Que la alegría y el baile no dejen salir a nadie, excepto á uno solo, debajo las ramas del capulí!

Tales eran los deseos de Juanita mientras caminaba.

Cerca estaba el rio que, puro, cristalino y bullidor y travieso, descendía ora enlazando en fa-

jas de plata las azuladas y bruñidas piedras que hallaba al paso; ora cayendo de encima de ellas y formando al pie un hervidero de perlas que brillaban á los rayos del sol; ora metiéndose en suaves oleajes bajo los arbustos y árboles de la orilla, como buscando manera de descansar siquiera breves instantes de tanto correr y saltar. Un molle, que por su enorme tronco agrietado y sus infinitas y nudosas ramas daba a conocer que había presenciado el nacimiento del siglo anterior, se inclinaba sobre un remanso, cubriéndole ampliamente de sombra. Por el tronco y las ramas había trepado a fuerza de agarrarse con sus retorcidas tijeretas, un *tagso* de corta edad, cuyas hojas de figura de potencia y color de esmeralda, contrastaban con las del viejo árbol, y cuyas flores de pétalos rojos y largo cáliz, y pendientes de delgados pendúnculos se columpiaban mirando su imagen en las dormidas aguas. En la orilla había grama, entre la grama variadas florecillas silvestres, en el río un pajarillo acuátil, negro y brillante como un azabache y de cabeza blanca, que saltando de piedra en piedra y gorgeando alegre parecía acompañar a las ondas en su travesura y ruido. Entre las ramas del molle se veía un nido, por cuyos bordes osomaba la cabeza de la tórtola como un botón de rosa no abierta aún. Por último, excepto el ruido del río y el gorgeo del pajarillo, todo era silencio misterio, paz, ¡Que sitio! En él la naturaleza

llamaba al alma y la poesía al amor. Juanita acertó a dar con él. Sentóse en la grama, después de haber arrancado maquinalmente una flor del tagso, y se puso triste y pensativa á contemplar el suave vaivén de las olas del remanso. Suspiró; dos lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron como rocío en la flor que había acercado á los labios. Indudablemente se había desatado en su corazón una terrible tempestad, la tempestad del amor y del dolor en rudo choque. En seguida, sin darse cuenta de lo que hacía, comenzó á desprender con los dientes los pétalos del tagso y a echarlos, soplándolos, á las olas que casi le mojaban los pies.

Sonaron unos pasos tras ella; volvió precipitadamente la cabeza y se halló con Antonio junto á sí. Púsose colorada y su primer movimiento fué para ponerse en pie,

—Sigue como estás, Juanita, se apresuró á decirle Antonio, sentándose *incontinenti* junto á ella. Comprendí la seña que me hiciste con los ojos, y te he seguido y hallado fácilmente.

—Cierto, Antonio, quise hablarte á solas; pero no es para decirte ninguna cosa agradable.

—¿Qué nuevo contratiempo tenemos, amor mío?

—No es nuevo: es el mismo que viene persiguiéndonos hace un año; pero que cada día

se hace más insoportable. ¿Sabes que me voy de Ambato? O más bien, mi tía me destierra.

—¡Como!

—Como me oyes.

—Pero ¿por qué te destierra?

—Porque nos amamos: porque quiere impedir nuestra unión á todo trance; porque mi tía es muy mala conmigo.

—¡Qué injusta y qué caprichosa es doña Tecla! Te amo, pero mi amor es honesto y puro; te amo, pero mi intento es santificar mi amor con el matrimonio, te amo, y mi único vehemente deseo, si te pido felicidad para mí, es dártela también tan grande y tan cabal cuanto pueda con mi vida de fidelidad, honradez y trabajo.

¿Cómo, pues, se justifica la oposición de tu tía?

¿Acaso mis honrosos antecedentes no le son conocidos?

—Todo cuanto dices es cierto, Antonio, pero ya te indiqué mis sospechas acerca del motivo de esa injusta oposición; ella y yo vivimos de la pensión que tengo en el Tesoro; una vez casada, dejaré de percibirla, y tú eres muy pobre para que puedas reemplazarla; y aun cuando lo pudieses, tía Tecla no dispondría de ella

con la libertad con que lo hace ahora.

—Muy probable es tu sospecha. ¡Ah! ¡La pobreza....mi pobreza!....Pero ¿á dónde quiere enviarte?

—A Quito, encargada á mi tía Marta, que quizás sea más fastidiosa que tía Tecla.

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de ocho días.

—Pues bien, en estos ocho días abriremos nueva campaña y agotaremos todos los medios

Hasta ahora no he hablado directamente del asunto a doña Tecla que es tan intratable, pero lo hare mañana. Si se niega, si se obstina; nuestra voluntad allanará de otro modo las dificultades.

—Ya sé tu proyecto; ya me lo has dicho antes.

¡Ah, como me repugna! ¿No hay otro arbitrio?

—¿Qué otro nos queda?

—Seguir instando.

—¿Y si ella sigue en sus trece? Mira, Juanita, es preciso que te fijes también en una circunstancia que te hará menos repugnante el acto á que doña Tecla nos obligue.

—¿Cual es esa circunstancia? preguntó con viveza la joven.

—Yo sé cuándo naciste y, por lo mismo cuándo cumples veintiún años.

—Los cumplo el día de mi santo.

—Bien: hoy estamos á 24 de febrero, y dentro de cuatro meses cabales, la ley te habrá dado la libertad que hoy no tienes.

—Es verdad; ¿y entonces?

—Entonces, a pesar de doña Tecla nos casamos.

—Esto sí es aceptable.

—Conque, tengamos paciencia cuatro meses; pero, no obstante, mañana haré la tentativa que te he dicho; pues perder cuatro meses de felicidad, es cosa que me duele.

Habría continuado el diálogo de nuestros dos amantes; pero los sorprendió un ruido repentino tras el tronco del molle y de unas matas. La sorpresa se cambió en susto, cuando advirtieron que quien hiciera el ruido era el viejo Bonifacio, que se ponía en pie, y tambaleándose y tarareando un yaraví, se dirigía al sitio de la diversión.

Don Bonifacio, vencido de la embriaguez había buscado también la sombra del árbol para echar su siesta. Ni Juanita ni Antonio le repararon, pues trajeron camino opuesto al lugar en que yacía. ¿Escuchó el viejo el diá-

logo de los dos? ¿Pudiera ser, y en tal caso habrían empeorado de causa, pues todo lo sabría doña Tecla.

Antonio y Juanita, muy tristes, dijéronse algunas palabras de ardiente cariño, y se separaron. Y en tanto la prudencia los obligaba a dar sendo rodeo para llegar por distintos puntos al árbol que parecía estremecerse al ruido del canto, el baile, las carcajadas y el choque de botellas y vasos, ya doña Tecla y don Bonifacio, a unos veinte pasos de distancia, sostenían animada conversación; pero a media voz. Nadie oyó lo que decían; mas la primera puso cara feroz a Juanita, sin decirle palabra, y Juanita palideció; y después poniendo la vieja de lado los ojos para que el tiro fuera derecho, clavó en Antonio una mirada de víbora, seguida de una sonrisa y cierto meneo de cabeza que valían por una interjección y un desafío. El buen joven se puso colorado de ira, se mordió el labio inferior, volvió los ojos a Juanita y le dijo con ellos: Estamos perdidos; mas ¡ya veremos!..

No faltó pretexto a doña Tecla para adelantarse, con Juanita y don Bonifacio, a sus compañeros de paseo en la vuelta á la ciudad. En puridad, no fué para éstos muy sensible la ausencia de los viejos; pero sí la de la simpática y amable joven.

Antonio, desazonado por extremo, no quiso continuar en la diversión, y fué á pasar las

últimas horas del día recostado y meditabundo en la orilla del remanso.

Durante el camino, doña Tecla se desató en injurias y amenazas contra su sobrina y contra Antonio. Iba furiosa.—¡Ah! decía ¡ah, loquilla! ¿conqué ya está arreglado el clandestino? ¿conqué ya vas á cumplir veintiún años para hacer lo que te dé la gana? ¡Perra mal agradecida! por casarte con un mozo pordiosero y despreciable ¿quieres abandonar a la tía que te ha criado como si fuese tu madre, y te ha educado y te ha querido tanto? ¡infame! ¡infame! Pero, eso sí; yo soy quien soy; veremos quién puede más. De aquí á Quito mañana mismo; y como yo sepa que sigues con tus locuras, a un monasterio: allí, allí te mantendrás aunque sea de lega o de china; pero no serás mujer de un desñudo sin provecho.

Juanita lloraba sin decir palabra.

Por la noche, después de preparar lo poco que se necesitaba para el viaje improvisado de la triste joven, doña Tecla dictaba a don Bonifacio la siguiente carta, y don Bonifacio la escribía pintando con tarda mano letras chicas, redondas é iguales en medio pliego de *papel de venado*, doblado por el medio y cuyas orillas fueron cuidadosamente igualadas con unas tijeras:

«Ambato, á los 24 días de Febrero del año de 1840. A mi Sra. doña Marta de N.—Quito.

«Querida hermana de mi corazón: Como ya te anuncié el otro día, nuestra sobrina Juanita se halla trabucada por las cosas que le ha dicho ese desnudo y pillo del Antonio N., y he descubierto que va á salirse de casa con él, lo que sería un escándalo para todo el pueblo y una afrenta para nuestra familia. Como ya te dije el otro día, es preciso evitar esto, y como te dije, conviene que se vaya á tu casa á pasar bajo tu cuidado lo menos un año, pues nuestro hermano político (q. e. p. d.) á entrambas nos encargó su hija, y no debo ser yo sola quien aguante las cosas de esa dementada, que hecha la novia me quiebra tanto la cabeza. Como te dije y ahora te lo repito, es preciso que la tengas muy sujeta, que no la pierdas de vista y no consientas que salga de casa sino para ir á misa; pues como te digo es una dementada, y allá puede ir á aficionarse de algún otro mozo parecido al tal Antonio. Lo demás te dirá nuestro primo Bonifacio, que la lleva, y que como sabes es tan formal y honrado y digno de nuestra confianza». (Aquí don Bonifacio levantó la pluma, volvió á ver á doña Tecla, é inclinando la cabeza dijo: muchas gracias primita; siempre á tus órdenes y á las de mi prima Martita).

La conclusión de la carta fué, como pue-

de imaginarse, llena de salutaciones, ofrecimientos, etc.

Al siguiente día á las cuatro de la mañana salían de casa de doña Tecla dos personas á caballo, y descendían por las calles del Norte de la ciudad. La que iba delante tarareaba una tonata popular, y de cuando en cuando volvía la cabeza y decía á la que iba detrás: —Juanita, tente firme y no me vengas con alguna voltereta que me obligue á desmontarme. ¡Ea! ¡ea! Traca, traca, traca: hoy tempranito en Mulaló; mañana tempranito en el Tambillo; pasado mañana tempranito á tomar el chocolate con la tía Martita. ¡Ea! traca, traca, traca. Luego don Bonifacio aplicaba á la boca el pico del *cuerno* provisto de anisado, y miraba unos cinco segundos á las estrellas. Juanita se enjugaba los ojos en silencio...

Esa mañana misma una criada vieja de doña Tecla entregaba á Antonio una cuartilla de papel, que en letras gordas y desiguales decía: «Señor enamorado, ya sé todos sus milagros y los de la loca de mi sobrina, y que usted quiere venir hoy á hablar conmigo; véngase, y verá lo que le pasa: aquí le esperan mis criados con buenos troncos y mi perro con buenos dientes».

Antonio leyó, rompió el papel, y preguntó á la criada fingiendo calma: ¿Y la niña Juanita?

La vieja, que ignoraba si debía ó no guar-

dar secreto, le contestó:—La niñita estará ya cerca de Tacunga.

—¿Conque se fué?

—Se fué á Quito.

Ya es tiempo de decir algo más acerca de Juanita y Antonio, sus tías y Bonifacio.

Juanita era hija de un jefe veterano de la independencia, que había casado con una hermana de doña Tecla y doña Marta. Enviudó, murió á poco, y al morir encargó á sus cuñadas que criasen y educasen á la huérfana, recabando del Gobierno el Montepío militar que la correspondía.

Juanita era linda muchacha, alta, gallarda, blanca y algo pálida, de ojos negros y grandes, boca animada de sonrisa dulcísima, y una cabellera castaña, larga y sedeña, envidia de las demás jóvenes ambateñas. Su índole y talento hacían realizar su belleza.

Doña Tecla, que había cuidado especialmente de la crianza de la sobrina, debía su celibato á su sobresaliente fealdad, genio áspero y otras condiciones muy á proposito para ahuyentar de sí á todo hombre por valiente que fuese. Su pasión dominante era la codicia, y había aprovechado siempre más que Juanita la pensión del Montepío.

Doña Marta, menos fea y mala que su her-

mana, se había separado de ella por evitar las continuas reyertas á que la provocaba, y vivía en la capital. Era sinceramente dada á la piedad; pero ¡quién diantre aguantaba sus escrúpulos y celos! Cambiaba de confesor lo menos cada mes, porque no había uno que pudiera sujetar y enderezar esa concienca asustadiza, inquieta, sombría y llena de desigualdades y espinas. Pretendía saber más teología que todo clérigo y todo fraile, y sus confesiones eran más bien controversias porfiadas, hasta que el sacerdote le daba con la puertecilla de la reja en las narices, y ella se iba en busca de otra víctima. No le aguantaban las criadas, las amigas la temían... Imaginen ustedes qué vida se pasaría la desdichada Juanita con su tía Marta!

Don Bonifacio, primo hermano de las dos, era un solterón de sesenta años, como ya lo he dicho, de rostro abotagado y de cabellos entrecanos, ralos y como pegados en mechones por la amarilla serosidad de una cabeza que no había conocido más agua que la del bautismo. Sus gustos, levantar el codo con frecuencia, cantar coplas populares, buscar noticias y trasmitirlas á otros curiosos, y fumar *papelillos* de pie en la esquinas ó sentado en el umbral de una tienda. Su profesión, ooo. Pero aunque algo socarrón, era comedido, se santiguaba cuando oía un falso testimonio, y siempre estaba dispuesto á servir á sus primas,

sobre todo á doña Tecla, en cuya casa vivía y a cuya mesa sacaba la tripa del mal año.

Antonio, huérfano como Juanita, era un joven de simpática figura, honrado y laborioso, condiciones que á los ojos de doña Tecla y de muchísimas doñas Teclas, nada valían, porque sobre tales buenas prendas prevalecía la pobreza. Esta para ciertas clases sociales es casi un crimen, y la riqueza, aunque tenga cimiento de crimen, es virtud. Y lo peor es que tal trocatinta del mundo no tiene trazas de acabarse jamás; por eso vemos nosotros, como lo vieron nuestros tatarabuelos, tanta y tanta gente que pasa hollando la virtud para buscar tesoros y llegar á ser... virtuosos, y merecer el aprecio y las consideraciones de la sociedad.

Antonio se ocupaba en las labores de un huerto que había arrendado á una legua de Ambato, río abajo y en su margen izquierdá. Siempre había gustado del trabajo y de una economía entendida y prudentemente practicada; pero redobló su actividad desde que se enamoró de Juanita con el honrado propósito de hacerla su esposa. Cuándo comenzó su amor y de qué manera, no lo sé; lo que llegó á mi noticia fué que Juanita le correspondía; que en ambos la pasión era ardiente; que Antonio había dado á conocer de modo bastante claro á doña Tecla su deseo de casarse con la joven; que doña Tecla se le mostró adversa y puso

el mayor cuidado en evitar que los enamorados se viesen y hablasen á solas. ¡Qué necedad la de la vieja! como si el amor no hablara con los ojos, con la sonrisa, con disimuladas señas; como si no supiera hacer volar misteriosamente papelitos que van á dar á manos de la dama ó del galán; como si no supiese saltar murallas ó abrir en puertas y ventanas resquicios por donde meter la mano ó hacer pasar palabras y frases como balas candentes ó como ráfagas eléctricas, mientras duermen ó se distraen los centinelas y los cancerberos. En punto á estrategia y estratagemas, el amor puede poner cátedra para los capitanes más científicos y experimentados del mundo.

Juanita se pasaba en Quito vida tristísima. Doña Marta le tenía vivo cariño; pero no la desamparaba ni un solo momento, espiaba todos sus movimientos, interpretaba todas sus palabras, seguía la dirección de todas sus miradas; era su sombra: si iba doña Marta á la iglesia, á Juanita había de llevar; si á una visita, con ella; si á paseo, con ella; si la joven se asomaba al balcón, tras ella la bendita tía. Conque vean ustedes si la desdichada huérfana era para envidiada.

Con todo, había inquilinos en casa, y doña Marta, como era natural, solía dormir. Y Antonio hizo de incógnito un viaje á la capital, y se entendió con una inquilina, y la in-

quilina burlando la vigilancia de la patrona, se entendió con Juanita. Hubo más: una mañana, mientras doña Marta al salir de misa se volvió para hacer la reverencia, Antonio y su amada se dijeron cuatro palabras con los ojos: —Estoy firme: no hay cuidado.

Antonio no podía permanecer muchos días en Quito, y se volvió á su quinta; pero trajo algún consuelo y lo dejó también á la pobre Juanita. Sobre todo, pudo dejar arreglada la manera de corresponderse con ella.

Cerca de cuatro meses habían transcurrido. Una mañana tía y sobrina salían de misa de la iglesia de la Compañía de Jesús, y dieron de manos á boca con un grupo de oficiales, que fumaban y charlaban alegremente. Juanita, para embozarse mejor, abrió un instante el pañolón tirando de los bordes á derecha é izquierda, y este acto inocente descubrió su belleza á los ojos maliciosos de aquellos militares.—¡Cáspita! dijo el más joven, cuadrándose delante de ella, ¿de dónde ha asomado por acá esta maravilla? Por vida de sanes, qué ojos, y qué boca y qué todo!

Doña Marta se santiguó, tiró del traje á su sobrina, y esquivando al oficial apretaron ambas el paso.—Encomiéndote á la Virgen, decía por lo bajo á Juanita; dí Jesús, Jesús, Jesús. Y repetía las santiguadas, y casi corría arrastrando á la sobrina. Seguíalas el oficial y

decía:—Chica, ¿dónde vives? Mira que quiero ser tu amigo. Señora; oiga señora, no apriete tanto el paso; mire que no soy el diablo ni voy á cargarme con su hija.

—¡Jesús! vida mía, ¡Jesùs! ¡Qué tentación ésta¡ ¡Santo ángel de nuestra guarda! Juanita, mira que no puede una venir ni á misa. ¡Cuándo vuelvo contigo á esta Compañía!

El joven soldado continuó detrás sin contener su torrente de requiebros; ellas al fin se metieron á su casa y cerraron violentamente la puerta. El oficial pudo decirles todavía:—¿Conque aquí viven, eh? Muy bien, muy bien. Linda, hasta luego; yo volveré y te haré una visita.

—¡Hija, misericordia! exclamó doña Marta, fatigada y sudando; hija Juanita, esto está peor que lo del Antonio: peor, peor. Este Satanás de pantalón colorado verás lo que hace. ¡Misericordia! si estoy media muerta.

Juanita, que en verdad estuvo también bastante asustada procuró dominar su emoción y calmar á su tía. Pero ésta le dijo al fin:—Hijita mía, á Ambato, no hay más remedio: te mando á Ambato pronto, pronto. Allá tu tía Tecla verá lo que hace contigo, y tú misma abrirás los ojos, verás tu suerte y no harás la locura de casarte con ese tal Antonio. ¡Un soldado! ¡Jesús me valga! Esto está horrible. A

Ambato, hija, á Ambato. Un soldado es peor que mil Antonios: es el mismo enemigo malo.

—Como usted quiera, tía Martita, contestó la joven con modestia; pero no podía ocultar que un rayo de esperanza había bajado á iluminar su corazón, y sonreía y le brillaban los ojos.

—Hijita, cuánto me gusta tu sujeción á mi voluntad. ¿Qué día es ahora?

—Miércoles.

—¿Día de correo?

—Día de correo para el Sur.

—¿También para Ambato?

—Precisamente.

—Pues voy á escribir á mi hermana Teclita. Que venga al momento Bonifacio y te lleve.

Se encerró, pues, en su cuarto, y en dos horas largas, piensa que piensa, y pinta que pinta letra tras letra, escribió lo que sigue: «Mi querida Teclita de mi alma.—Después de saludarte con todo mi cariño, es preciso que te diga que la Juanita en todo el tiempo que ha estado conmigo no ha dado qué decir de su persona; es muy buenita y un suelo de humildad; ha oído misa todos los días y ha vivido al pie del confesor. Pero como las ten-

taciones del enemigo malo no faltan, y á las almas de Dios persiguen más, cata aquí que esta mañana al salir de misa, el maligno en figura de militar se presenta de repente, y encarándose á nosotras le dice á la chiquilla unas cosas del infierno, que de sólo recordarlas me da escalofrío. Y no paró aquí, sino que nos vino siguiendo repitiendo las mismas cosas y otras peores, hasta que nos metimos á la carrera y cerramos las puertas. Yo le dije á la Juanita que diga Jesús y se encomiende á la Virgen Santísima; pero como el demonio es tan atrevido, dijo que había de volver. Ya ves, hijita mía, el peligro en que está nuestra sobrina, y que es necesario guardarla como á las niñas de los ojos. Con harto sentimiento de mi corazón te digo, pues, que la lleves á tu casa, y mandes por ella al primo Bonifacio. Yo no puedo cuidarla, porque una pobre mujer desvalida no vale para lidiar con un soldado, y si sucediera alguna desgracia me moriría, y si me descuidara un solo momento, tendría que dar cuenta á Dios, y cada una con su propia conciencia tiene demás, para vivir temiendo y temblando. Con que así, pues hijita mía; llévala para Ambato, y tú sabrás cómo la libras del tal Antonio. Sobre esto le he echado yo muy buenos sermones, y creo que está bastante convertida. Conque adiós, Teclita de mi alma; yo no dejo de encomendarte á la divina providencia, y te pido que hagas

lo mismo con esta tu hermana que mucho te quiere.—Marta.—Nota. Por Dios, no te descuides, que venga pronto el primo Bonifacio; pero volando».

Mientras la tía redactaba esta carta, la sobrina no se descuidaba: metióse en una *faltriquera,* que le servía de cuarto de costura, tocador y oratorio, y escribió también una esquela con mano trémula y mala letra, cosa inusitada en ella que la tenía muy regular. La dobló cuidadosamente y puso el sobrescrito; para quien, ya ustedes pueden imaginar. Metióla en el seno y, dirigiendo una mirada tierna y triste á una imagen de la Virgen que pendía de la pared, mirada que fué una súplica y juntamente, quizás, un presentimiento del que la joven huérfana no podía darse cuenta, se encaminó al cuarto de doña Marta.

—¿Ya está la carta? la preguntó.

—Ya, hijita. Llama á quien la lleve al correo.

Juanita tuvo cuidado de llamar á la inquilina de sus confianzas, á quien al subir las gradas, hizo una seña para que pasara tropezando con ella como al descuido, pues la tía estaba presente.

—¡Jesús, doña Juanita, creo que la pisé, dijo la mujer, tomando rápidamente algo que le

daba la joven sin que lo advirtière la patrona.

Pocos minutos después la inquilina dejaba en la estafeta dos cartas en vez de una.

A doña Tecla disgustó profudamente, no tanto lo ocurrido con el oficial, cuanto la necesidad de hacer volver á Juanita á su lado. Su primer pensamiento fué negarse á la solicitud de su hermana, y pedir que encerrase á Juanita en un monasterio; pero algunas reflexiones de don Bonifacio, justas ó no, la hicieron comprender que eso no era muy fácil para personas que no tenían valimento en la capital. Entonces se le ocurrió á doña Tecla enviar á su sobrina al monasterio de Riobamba, en donde contaba con el apoyo de una Religiosa, su parienta.—Resuelto, dijo á don Bonifacio; te vas á Quito lo más pronto posible á traer á esa loquilla que me da tantos dolores de cabeza. Durante tu viaje, haré las diligencias con la madre N...; llegas aquí, y por la misma, á Riobamba, sin perder un momento. Ya veremos si la loquilla y el desnudo del tal Antonio pueden más que yo. Tú me conoces: yo soy quien soy.

Don Bonifacio no pudo ponerse en camino sino el lunes siguiente al día en que doña Tecla recibiera la carta de su hermana, y por mucho que anduviera no podía llegar á Quito sino el martes por la tarde, ó á lo menos algunas horas después del correo. Así, pues,

tiempo había para que Juanita recibiese contestación á la carta que había dirigido á Antonio, y tal sucedió. Leyóla palideció, tembló y regó abundantes lágrimas, que aunque trató de ocultar a doña Marta, no le fué posible; pero ésta juzgó que emoción y llanto provenían de la proximidad del viaje, y aun llegó a imaginar que eran señales de lo mucho que la joven se apenaba por la separación de su querida tía, lo cual para ésta fué causa de tierna gratitud, y lloró también.

¿Por qué se afligía tanto Juanita? La carta de Antonio rebosaba en amor, en juramentos de fidelidad y en promesas halagadoras, y contenía además un *plan de operaciones*, como él decía, encaminado á vencer toda dificultad y coronar su deseo mutuo con el matrimonio. El plan, en concepto de la joven, era atrevido y peligroso, y esto quizás la desazonaba. Cuantas veces podía burlar la vigilancia de doña Marta, repetía la lectura, y otras tantas temblaba y lloraba.

Además ¿quién sabe qué otros motivos de temor y pesar se encerraban en su pecho? El amor aun cuando no es contrariado, pero mucho más si lo es, crece y se desarrolla acompañado de no sé qué amargura, de no sé qué recelo doloroso, de no sé qué presentimientos tristísimos de los que uno no puede darse cuenta cabal. Por eso la persona verdaderamente

enamorada nunca está alegre, suspira mucho y derrama lágrimas secretas. ¡Ay! el pasado, por bello que sea, no es más que un recuerdo, el presente tan lleno de zozobras y el porvenir tan obscuro y medro! ¡Pobre Juanita!

Llegó don Bonifacio bastante cansado, y más que cansado, con la cabeza en malas condiciones y los ojos encandilados, á causa del bendito *cuerno,* vacío desde el beso que el buen viejo le diera al pasar el Machángara. Tambaleándose y balbuciente, dijo á doña Marta cuanto su hermana le había encargado decir, y saludó y abrazó á Juanita. Después se echó á desollar la zorra.

A la mañana siguiente, tomado muy temprano el desayuno de *locro,* huevos fritos y chocolate, montaron á caballo Juanita y don Bonifacio, y emprendieron el viaje. Precedió naturalmente la despedida, que en verdad fué triste. Doña Marta, llorando, abrazó a Juanita y le dió la bendición, no sin haberle dirigido antes larga letanía de consejos. Juanita lloraba también, y lloraban enlazándola una y otra vez en sus brazos las criadas y las inquilinas, que habían salido de sus habitaciones para decir el adiós á su querida señorita. ¡Buen viaje! ¡Dios me la lleve con bien! ¡adiós, adiós! repetían todas.

Don Bonifacio, antes de echarle la pierna á la cabalgadura, había dado un largo beso á

su querido *cuerno*, nuevamente provisto de aguisado.

Las inquilinas salieron á la puerta de calle para ver á los viajeros hasta que torcieron la primera esquina; doña Marta, con igual objeto, se había asomado al balcón, y mientras con la siniestra se enjugaba las lágrimas, con la diestra echaba á Juanita bendiciones una tras otra.

El trayecto de algunas leguas que hacía el caminante en la última jornada para llegar á la histórica ciudad de los Shiris y de los Incas, á la capital de la Presidencia española de Quito, y de la actual República del Ecuador, no era camino, y es punto resuelto por la sana crítica que se le daba ese nombre sólo por decencia: pues ¡cómo no se había de llamar *camino* esa sucesión de fángales, resbaladeros, abras estrechas, gradas de piedras movedizas, que se hallaba en las vecindades de una gran ciudad! Y se le llamaba *camino real*; ¡qué ironía! En la estación de las lluvias, no había hipérbole que alcanzara á pintar lo que era aquel trayecto; en la estación seca se ponía magnífico, en el decir de nuestra gente; y magnífico estaba el 22 de Junio de 1.840, pues don Bonifacio rodó sólo tres veces, Juanita se enlodó cuatro en otro tantos fangos y dos más dió consigo en tierra al saltar su caballo unas gradas.

La pobrecita venía muy melancólica, y ora rezaba con fervor y alzaba al cielo sus hermosos ojos negros! ora lloraba sollozando; ora inclinaba la cabeza y se entregaba por completo á sus pensamientos. Pensaba sobre todo en su querido y fiel Antonio y en el plan que se proponía realizar, quizás ese mismo día, cuando ella menos lo espere, ó al siguiente, ó al tercero; porque en fin, Antonio no era hombre á quien amedrentaban las dificultades. Cavilando sobre este punto venía, y sin contestar á tal cual palabra que la dirigía don Bonifacio, siempre delantero, pues se había propuesto hablar lo menos posible con el impertinente viejo, cuando penetraron en *Jalupana*. Suelo perpetuamente lodoso y con piedras sueltas esparcidas; peñascos laterales de cuatro, cinco y seis metros de alto, equidistantes dos ó tres á lo más uno de otro, y sudando en todo tiempo gotas de agua que de minuto en minuto caían dando leve y triste sonido; en la cima de esos muros sombríos y medrosos una barda natural y espesa de juncos, helechos y otros arbustos silvestres que tendían sus ramas sobre el camino, impidiendo el paso á los rayos del sol: esto era *Jalupana*. Aquí se aumentó la tristeza de Juanita. Don Bonifacio se echó un trago y se puso á cantar imitando el *cro cro* de las ranas y el píar de tal cual avecita escondida entre el chaparro. Media hora después se hallaban en el *Tambillo*, calle

igual y descampada, con hileras de casucas á uno y otro lado, en las cuales solían hallar no muy cómoda posada los cansados viajaros. En una de ellas quiso quedarse Juanita, pero no lo consintió don Bonifacio, qne había determinado pernoctar en Machachi. Siguieron, pues, adelante.

El camino ya no era malo; pero la tarde se puso nebulosa y sombría. Los chagras anunciaban que esa noche habría nevazón y tal vez llovizna. A las tres llegaron nuestros caminantes al punto en que debían rendir su primer jornada. Había por ahí una casa en que sonaban un bombo y un clarinete y voces de gente alegre, pues era la víspera de una fiesta que debía hacerse en el pueblo, y los parientes y amigos del *prioste*, dueño de la casa, habían acudido á celebrar al santo comiendo y bebiendo y bailando muchas horas antes de la función de la iglesia. Indudablemente estos agasajos gentílicos y semisalvajes no eran del gusto del bienaventurado; pero el dejar de hacerlos tampoco era del agrado de sus devotos, como no lo es todavía hoy que ha transcurrido cerca de medio siglo desde la fecha á que me refiero.

Don Bonifacio tuvo por conveniente buscar hospedaje en una casa cercana á la de aquel ruido que le cayó muy en gracia; siempre le parecía buena la vecindad de la gente

alegre, y luego, ¿eran pelos de cochino esos traguitos que allí tomaría, sin necesidad de destapar su *cuerno*?

Era esta casa como tantas otras de nuestros chagras; techo de paja que el tiempo y las lluvias habían cubierto de una capa de moho verdoso, sobre paredes de un metro de altura; corredor estrecho con dos pilares toscos y torcidos; una puerta al centro forrada de cuero de res; y por dentro, á un lado el hogar formado de tres piedras negras, al otro una tarima de juncos larga y alta, y aquí y allá algunas canastas, ollas y otros utensillos, por entre los cuales se paseaban unos cuantos *cuyes* (1).

—¡Casero! gritó don Bonifacio, ¿hay posada?

—Sí, señor, contesto un hombre chiquitín, flaco, calado hasta las cejas de un sombrero con funda de tafilete y cubierto de un poncho de bayeta que le bajaba á los talones.

—¿Y alfalfa?

—La tenemos.

—¿Y algo que comamos nosotros?

—También.

—¡Magnífico! Pues pie á tierra.

(1) Cochinillos de indias.

Se desmontó con dificultad; tomó en brazos y bajó también á Juanita, que medio renqueando de cansada dió unos pasos y se sentó en un banco que había en el corredor. En seguida ató los caballos á los pilares, y gritó á una mujer que soplaba el fogón para encenderlo:—¡Ea! señora, apure usted un poco esa comida, porque ha de saber usted que esta niña y yo tenemos tripa que llenar. ¿Me entiende usted?

—Sí le entiendo, señor, contestó el segundo tomo del posadero, asomándose un poco á la puerta, y seguido de una chica de cabeza enmarañada y camisa rota y sucia que le caía hasta los pies. Era el suplemento de la obra, ó sea la hija de los posaderos. El tomo segundo era digno del primero: mujer—muñeca, de ojos no muy sanos, nariz en proyecto, caverna por boca y en el cuello tres bolas de billar —vulgo *cotos*— que no son raras en la gente de esa tierra. Su vestido, camisa de expercal, brial de bayeta, y... nada más.

Juanita se había arrimado de codos en las rodillas y apoyado la cara en las manos abiertas, en tanto que sin alzar el talón, daba con la punta de un pie golpecitos en el suelo.

—¡Qué niña tan bonita! murmuró la posadera al verla; y volviéndose á don Bonifacio añadió:—Sus mercedes tengan un poquito de paciencia, pues la comida no estará sino á las

oraciones.

—Aunque no estuviera hasta mañana, dijo á media voz sin levantar la cabeza Juanita.

—¿La niñita no tiene hambre?

—No, señora.

—¡Cáspita! lo que tiene estar enamorada, observó don Bonifacio en voz baja también; esta mi sobrina se contenta con mascar ilusiones.

Y dejándola sola se encaminó hacia donde sonaba el bombo tentador que parecía decirle: Ven, que aquí hay aguardiente.

Durante la ausencia de su tío, Juanita había salido del corredor y daba á paso cansado algunas vueltas por el camino y los contornos de la casa; pero no veía los objetos que iba encontrando, sino sólo el fondo de su propia alma, abismo de sombras é inquietudes. La naturaleza no tenía nada que la distrajese; el Rumiñahuy, cuyos picachos negros salpicados de nieve brillaban con los últimos rayos del sol, y cuyas faldas cubiertas de raquítica selva franjaba esos momentos parda niebla; y los extensos prados tendidos por todas partes y resonantes con los mugidos de las vacas y los balidos de los rebaños; y el labrador que, entonando su yaraví en el rústico *rondador*, volvía de rematar su tarea; y las cabañas de cumbres coronadas de humo, nuncio del fin de las

fatigas del día, y de la anhelada comida y del descanso: todo esto que en otras circunstancias habría encantado á Juanita, que tenía corazón de poetisa, pasaba entonces desadvertido para ella.

Al fin sacó del bolsillo del traje la carta de Antonio y se puso á repasarla. Andaba y leía; paraba algunos momentos y seguía leyendo; luego la apartaba de la vista y bajaba, dejando caer el brazo á lo largo de los pliegues del vestido, y puesto el índice de la mano izquierda sobre los labios fuertemente cerrados, recapacitaba. En seguida se enjugaba las lágrimas, suspiraba y volvía á la lectura.

Así pasó media hora, y en tanto don Bonifacio, que tornaba de la diversión, donde le fuera bastante bien, se le acercaba por las espaldas. Advirtiólo Juanita, dobló precipitadamente la carta y la metió al bolsillo, con no poca inquietud. El viejo pasó de largo como si tal cosa; pero dilató su boca sonrisa maliciosa y dijo para su sayo:—Conque tenemos cartita; ¡hum! me alegro de saberlo, y ya la veremos. En seguida, ayudado por el posadero, quitó las sillas á los caballos y les puso su pienso, quedándose en jarras buen espacio y viéndoles comer.

Eran las seis. ¡Qué hora! en ninguna parte muere el día más tristemente que en el campo. Muere y mata con su lúgubre aspecto la

alegría de quien no está habituado á la soledad.

La posadera anunció que la comida estaba lista. Juanita lo oyó con indiferencia, y don Bonifacio exclamó:—¡Santa palabra! Miren ustedes que ya las tripas se quejaban amargamente.

Corta, baja y negra era la mesa, y de pies no muy seguros, y los asientos dos bancos que reclamaban el hacha para que los hiciese leña. La dueña de casa había cubierto la primera con un trapo jubilado, que quizás comenzó sus servicios por ser falda de camisa, puso al centro un cabo de vela chisporroteadora clavado en el gollete de una botella, y sirvió dos platos de fábrica nacional, contemporáneos del mantel en el servicio y colmados de papas humeantes y de salsa capaz de abrasar lenguas de vaqueta: tal era de picante. Juanita y su tío se sentaron frente á frente. La primera tomó con los dedos, pues no había cuchara ni tenedor, la papa más pequeña y la comió con desgana. Don Bonifacio se engulló todas una tras otra; y en seguida vinieron sendos trozos de carne en un solo plato, y dos panes, en la ocasión pasaderos. La joven no pudo vencer las dificultades que oponía á toda diligencia eso que fuera res y que el fuego no había podido convertir en manjar capaz de ser triturado por humanas muelas. ¡Don Bonifacio mismo se declaró vencido!

—Señora, dijo á la posadera algo molestó, usted nos ha servido carne de macho, como diz que se acostumbra por esta tierra.

—Ave María, señor, contestó la mujer algo corrida, no me tenga por tan mala cristiana: es lomo de vaca.

—Pues la vaca fué su bisabuela, vieja de... Traiga usted un pedazo de queso.

Felizmente lo había fresco y no malo. Juanita lo comió con pan; imitóla su tío; bebieron unos bocados de agua en un jarro de lata, único utencillo de lujo en tan grata posada, y... no hubo más, y se levantaron los manteles, y la buena casera dijo el *Bendito* juntando devotamente las manos y dió las buenas noches.

—Juanita, dijo don Bonifacio, tú no has comido nada y vas á pasarlo mal.

—No he tenido hambre.

—Es raro: las chiquillas siempre la tienen.

—Yo no soy chiquilla.

—¡Ah! es verdad, y por eso piensas ya como mujer, en cosas serias; ¿no es así, Juanita?

—Pienso como debo pensar.

—¡Já, já, já,! ¡qué Juanita! Tus pensamientos andan... Pues, hija, lo mejor es pensar en dormir.

La joven se mordió suavemente el labio y guardó silencio. Sabía á dónde tiraba el viejo con sus palabras y sus reticencias.

La posadera les pidió permiso para irse un momento á la diversión. La había precedido su esposo; pero les indicó antes que podían pasar la noche en la tarima, en la que había tendido paja. Don Bonifacio puso encima su pellón, se envolvió en su poncho, y se recostó diciendo:—Después de la mala comida, mala dormida. Con todo, Juanita. es preciso que me imites, pues tenemos que madrugar.

—No tengo sueño.

El silencio no era completo: parecía que la naturaleza no podía domir y pasaba mala noche; ladraban los perros, gritaban las ranas, y de cuando en cuando fuertes ráfagas de viento azotaban los costados de la choza haciéndola estremecer; además se percibía bastante claro el rumor de la diversión vecina, y los caballos atados á los pilares daban monótono sonido al masticar la alfalta. Item: los *cuyes* como que se divertían también y danzaban bajo la tarima cantando en tiple á su manera.

Juanita sacó del bolsillo su rosario de corales, y se puso á rezar en silencio. Después pasó largas horas revolviendo sus tristes pensamientos. Confiaba en Antonio, esperaba que cumpliría sus promesas, no dudaba que el *plan* que la había comunicado era parto de su

buen juicio y en el cual habría meditado mucho; quizás al siguiente día, más de seguro al tercero, iba á cambiar la situación de ambos; poco faltaba para que se llenaran sus deseos: se aproximaba el momento de verse esposa del hombre á quien amaba y libre de las impertinencias y tormentos á que la había condenado doña Tecla; y sin embargo, tenía en el alma una nube que no la dejaba, y en el corazón un no sé qué amargo y terrible que la mataba. El plan mismo de Antonio la disgustaba pero ¿cómo evitarlo?... Al fin vino el llanto, lenitivo del dolor. Tras este desahogo acudió el sueño: ¡bendito sea! Mas ¡ay! cuántas veces el sueño es también ocasión de desgracias!

Eran las doce de la noche cuando don Bonifacio asomó en casa del divertido *prioste*. Fué recibido con algazara y, por supuesto, no faltó el agasajo de las copitas. En seguida el viejo se acercó al farol de papel que pendía en la entrada del aposento, y se puso á leer con avidez una carta. Después de cada línea decía á media voz: —Amores... Requiebros... Majaderías. ¡Oh! dijo al fin: aquí está lo bueno, y leyó para sí: «Es seguro que saldrán de Quito el 22 y que harán tres jornadas; yo, acompañado de mi amigo N. N. y de mi sirviente, saldré á tu encuentro en cierto punto del camino que yo sé; entonces te pondremos al centro y partiremos camino del pueblo N. El viejo Bonifacio se opondrá, gritará y se de-

sesperará; pero seremos tres contra uno, sin contar contigo, y todas sus cóleras y sus chillidos serán inútiles. El cura del pueblo N. es mi pariente y amigo; con él allanaremos volando las dificultades que se presenten y dentro de tres ó cuatro días nos habrá dado la bendición. Si nos descubren y doña Tecla quiere hacer de las suyas, le daremos en la cara con tu fe de bautismo, que ya está en mi poder. Conque amor mío ¡ánimo! ¡mucho ánimo!».

—¡Aaah! dijo al terminar don Bonifacio, en cuyas manos temblaba la carta: la cosa es seria. Conque el teje maneje va por ahí. ¡Pícaros! Y esa mogigata de la Juana, que parece que no quiebra un plato. Bueno, bueno: á mí no me la pegan. Tres contra uno; ¡hum! A otro tonto con esa: yo... pues veremos... no me faltarán arbitrios... A mí no me la pegan.

El viejo cabiló un buen espacio, y al fin se dijo, dándose una palmada en la frente:—¡Caletre! ya dije que á mí no me la pegaban: esto es: asunto concluído, ¡Me lucí! ¡Já, já, já!

Y se retiró á la posada, después de guardarse la carta en el bolsillo de la chaqueta.

Juanita seguía en profundo y sosegado sueño. Antes de las cuatro de la mañana le gritó don Bonifacio:—Sobrinita, ya es hora: ¡ea! los huesos de punta! ¡al caballo!

La joven se recordó sobresaltada y el viejo salió a arreglar las cabalgaduras. Había encendido el cabo de vela que sobrara la víspera, y Juanita quiso dar una nueva mirada á la carta, acudió al bolsillo ¡y no la encontró! Imagínese la sorpresa, el disgusto y la pena que esto le causaría. Volvió á meter la mano al bolsillo, sacó el pañuelo de narices y lo sacudió, se palpó el seno repetidas veces, removió la paja, anduvo á gatas por el aposento, ¡y nada! Se aumentó su palidez, estaba fatigada, temblaba.—¡Dios mio! ¿qué fué? ¿qué se me hizo? repetía en voz muy queda.

En estos afanes y angustias la encontró don Bonifacio.

—Juanita mía, ¿qué buscas

—Nada.

—¿Qué has perdido?

—Nada.

—Pero, hijita si veo que buscas algo y estás inquieta.

—Se me ha caído...

—¿Qué cosa?

—Una cosa.

—¿El pañuelo?

—¡Qué pañuelo!

—Si no es de importancia, déjalo y vamos, que la jornada de hoy es larguísima y no podemos perder tiempo.

—¡Dios mío!...

—¡Eh! bien digo que estás inquieta, y á mí me vas molestando con tus tardanzas. ¡Vamos! ¡al caballo!

—Pero... si aquí la tenía...

—¿Qué tenías en el bosillo?

No le importa saberlo.

—Si fué algo que pudieran comerlo los *cuyes*, no cuentes con eso: se te cayó, lo agarraron entre diente y diente, y no hay más. ¡Vamos, niña! ¡al caballo! Lo perdido, perdido, y no hay sino dejarlo.

Don Bonifacio hizo el pago al posadero, ayudó á cabalgar á Juanita, mientras éste tenía con la diestra la brida y con la otra mano el estribo que pisaba la joven para subir trabajosamente á la silla: montó el viejo y echaron á caminar.

La mañana era obscura, lloviznaba, soplaba incesante viento y era intenso el frío. El viejo cantó con voz gangosa:

Quiero más bien que me falte
La funda y el encauchado,
Y no que el frío me asalte
Sin cigarro ni anisado.

Y dió un toque al *cuerno* y encendió un papelillo.—Estoy alegre, dijo, y siguio cantando:

Sin repugnancia ni quejas
De mulo más bien haré;
Pero ser paje de viejas.
Liberanos, Dominé

—¡Já, já, já! ¿Qué te parece, Juanita? Pero estos versos no son para tí que eres joven y linda. Hijita, sirviéndote de paje daría yo la vuelta al mundo.

Juanita iba tristísima y por extremo turbada é inquieta, y apenas paraba la atención en las burlas de su impertinente compañero. Fijaba la vista aquí y allí, á derecha é izquierda del camino, pero no veía sino sombras y las masas informes de los matorrales que se levantaban á las orillas de las zanjas.—¿Dónde estará? pensaba; ¿si estará cerca? ¿si estará por aquí? ¿cuándo asomará? Y á veces la fantasía le presentaba tres jinetes que salían á su encuentro; ¡Antonio! murmuraba, y se estremecía; pero lo que había visto eran matas obscuras que sobresalían de las demás. ¡Un ruido!... ¡vienen!... ¡se aproximan!... Era el ruido de un arroyo que caía al fondo de un barranco.

A don Bonifacio se le había pasado el

momento de buen humor, y llevaba consigo un compañero malísimo en toda ocasión, pero sobre todo en la soledad y entre las sombras—el bendito miedo.—¿Si estarán ya por aquí esos bribones? se decía ¡guapa me la pegarían! Yo solo, ellos tres, esta loquilla determinada... ¡Hum! ¡hum! Hasta *Tiopullo* ¡qué peligro! ¿Y si en *Tiopullo* nos aguardan?... Y el viejo veía también fantasmas y temblaba.

Pero no hay noche eterna, ni fantasmas que no se desvanezcan, ni miedo que no pase. Amaneció. Seguía cayendo una llovizna que semejaba polvo, al través del cual se veían todos los objetos confusos y vagos. Hallábanse nuestros viajeros en la cima de la cuesta de *Romerillo*; á la derecha se descubría la pequeña selva de *Monte-redondo*, á la izquierda había unos cuantos árboles propios de aquella fría región; y árboles y arbustos destilaban abundantes gotas que el aguacerillo depositaba en sus hojas y flores. Los mirlos cantaban aquí y allá metidos entre las ramas, y los conejos saltaban y huían sacudiendo la mojada grama, al aproximarse los caminantes. El día se dispertaba alegre como siempre, pero estaba contrariado por la naturaleza que había querido llorar á esas horas, y rehusaba quitarse su manto de nieblas. Buena estaba para compañera de Juanita.

—¡Eh! dijo don Bonifacio, ya tenemos luz, ¡gracias á Dios! En la obscuridad no hemos te-

nido ladrones; ¡quién sabe si en la claridad no vengan á hacernos una diablura! Con todo, más vale tener luz que sombras. ¿Qué dices, Juanita? ¿No tienes miedo? Yo sí lo tengo. Mira, no tardaremos en atravesar *Tiopullo*, guarida de ladrones. Después no habrá motivo de temor.

La joven nada contestó.

—¡Eh! Juanita, prosiguió el viejo, ¿has enmudecido? Yo creo que lo que perdiste esta madrugada en el tambo, fué la lengua.

Juanita prosiguió en silencio.

—¿Quiéres echarte un *buche*? Mira que en este frío de los diablos provoca darle un beso á mi *cuerno*.

Juanita en sus trece: calla que calla.

Don Bonifacio se alzó de hombros, levantó el codo largo rato y no volvió á chistar.

La joven había sospechado que fué su tío el ladrón de la carta, y el enojo vino á acompañar su tristeza, y se aumentó su inquietud. Sin embargo, mucho había que caminar, y quizás luego, quizás más tarde, quizás por la noche... En fin, Antonio cumpliría su palabra.

Dejaron atrás la esplanada de *Huincha* y llegaron á la *Cruz de Tiopullo*. En sus inmediaciones y á la derecha se hallaba la entrada

de un camino estrecho que tocando en algunos pueblos de Latacunga y dando un gran rodeo iba al fin á dar á las cercanías de Ambato. En esa división de los dos caminos se detuvo don Bonifacio y volviéndose á Juanita la dijo con sonrisa maliciosa y en tono de triunfo;—Hijita, por aquí.

—¡Por aquí! repitió la joven dolorosamente sorprendida.

—Como lo has oído.

—Pero si no es este el camino.

Camino es y bueno, y en él no hay ladrones.

—¿A dónde vamos por aquí?

—A Ambato.

—¡Si se da una vuelta inmensa!

—No importa.

—Si no hay posadas y...

—No importa: esta noche llegamos á casa.

—¡Pero tío!

—Pero sobrina!

—Yo no me voy por aquí.

—Te irás, quieras que no quieras.

—Váyase usted solo, que yo sigo adelante.

—¡Já, já, já, loquilla! Sígueme.

—No quiero.

—¿Qué?

—Que no quiero.

—Pues yo sí quiero. ¡Adelante!

Y el viejo, poniéndose detrás, dió un fuerte riendazo en las ancas del caballo de su compañera, que disparado y poniendo en riesgo de una caída á la joven, se metió por el desecho.

—¡Qué despotismo! ¡qué crueldad! exclamó la infeliz, agarrándose con ambas manos del pico de la silla.

—Hija, si lo hago por salvarte; mira que en el camino real te esperan ladrones.

—Comprendo por qué me dice usted eso.

—¿Lo comprendes? Me alegro. ¡Já, já, já! á mí no me la pegan.

—Está bien; pero...

—Pero ¿qué?

—Pero no siempre mi voluntad estará sujeta á la voluntad ajena.

—Calla, tonta, y camina. ¿Dónde hallaste la lengua que se te perdió en el tambo?

Juanita conoció que era inútil continuar

lidiando con su tío, y que era preciso ceder á la mala estrella que la perseguía. No volvió á desplegar los labios sino para dar salida á los sollozos que atropellados se le escapaban de lo más hondo del pecho. Media hora después el pañuelo que llevaba á la mano estaba empapado de tanto aplicarlo á los ojos.

Caminaron todo el día; la llovizna había cesado, el sol los quemó largas horas, y el viento los envolvió muchas veces en nubes de polvo. Por la tarde la nevazón, que no había cesado en las cimas de los Andes descendió á las llanuras y volvió á caer lluvia menuda que azotaba los rostros de los caminantes. Tales son los cambios atmosféricos en nuestras serranías. Vino el crepúsculo, cerró la noche, ¡y faltaban todavía leguas por andar! Los jinetes se hallaban maltratadísimos del cansancio, y los caballos, con las cabezas inclinadas, apenas andaban. ¡Era para menos una jornada de más de veinte leguas!

Eran las diez de la noche, de una noche semejante en todo á la actual: así lluviosa, así ventosa y fría: y el río crecido y negro como ahora, como ahora bramaba también de manera que infundía espanto. El socavón que tenemos aquí cerca, abierto en el recodo que formaba el barranco, no alcanzaba á recibir todo el inmenso caudal del río, y las ondas, atorándose en la estrecha garganta, saltaban y

retrocedían con violencia, levantando crespos penachos que luego caían y se derramaban en el antiguo cauce, formando otro río considerable y no menos precipitado. El barranco temblaba al choque de la mole de agua contra los bordes del boquerón, y con el furioso hervir de la que pasaba por debajo, y el ruido era semejante al de un volcán en los momentos de la erupción. Todo era terrible y amedrentaba el alma: el cielo donde no brillaba ni un solo lucerito, las sombras densas que cubrían la tierra, el río que descendía como fantástico monstruo á tumbos y saltos y amenazando ruina á todo cuanto se hallase en sus márgenes, y la soledad y el silencio, pues parecía no haber más ser viviente que ese temido elemento, ni se escuchaba otra voz que la suya.

Esto que es hoy la amena quinta de *La Liria*, por entonces no era sino un erial, interrumpido sólo por tal cual pedacillo sembrado de tunas y dos ó tres chozas de gente miserable. La noche memorada y á la hora dicha se presentaron dos montados delante de una de esas cabañas. Estaban empapados de pies á cabeza y temblaban de frío; y los caballos daban señales de estar muy cansados. Es excusado decir que eran don Bonifacio y Juanita, que siguiendo siempre el dilatado camino vecinal del Occidente habían venido á caer aquí.

—¡Casero! gritó don Bonifacio ¡casero! ¡casero!

Al tercer grito contestó una voz de hombre soñoliento desde el fondo de la choza:

—¿Quién es?

—Un caminante.

—¿Qué quiere?

—Que me guíes hasta el puente de *La Delicia.*

—No puedo.

—Pues hasta el de *Atocha.*

—No puedo.

—Mira que no lo harás de balde te pagaré una peseta.

—Aunque me pague un peso. ¿Y para qué quiere irse por *La Delicia* ó por *Atocha*?

—Pues, hombre, ¿para qué ha de ser sino para pasar á Ambato?

—Si usted quiere pasar volando...

¿Cómo es eso?

Quiero decir que no hay puentes: ambos se los llevó la avenida.

¡Diajos! Juanita, nos *amolamos.*

—No ha quedado, añadió el casero, otro pasa que la tarabita de *Pishilata.*

—¡Linda noticia! ¿y quién da esa vuelta?

—Pues no la dé.

—Dime, amigo, ¿va mucha agua fuera del socavón?

—Bastante.

—¿Se puede vadear.

—¡Qué sé yo?

—Pero, hombre, si va mucha agua...

—Pues, señor, si va mucha agua no se vadea.

Don Bonifacio guardó un momento silencio. El caso era apurado, aunque podía vencerlo con sólo quedarse á pasar la noche en la quinta de *Atocha,* donde yo residía con mi madre y mi abuela que eran tan bondadosas y habrían acogido con gusto á los dos caminantes. O no se le ocurrió ó no quiso don Bonifacio adoptar este medio, y sesgueando á la izquierda por unas torcidas callejuelas de cabuyos, descendieron al río, él delante, Juanita detrás, muda, triste y aterrorizada. Detuviéronse á la orilla del brazo de río que arrancaba de la boca del socavón. Allí en medio del pequeño semicírculo que forma di-

cho brazo para juntarse con el río principal, y en medio de unos árboles de molle y capulí, había una cabaña habitada por una excelente familia algo conocida de don Bonifacio.

—¡José! ¡José! gritó éste y la contestación no se hizo esperar.

—Me alegro que no hayas estado dormido.

—Señor, qué se ha de dormir con este ruido de los diablos! Y diciendo esto salió José á la puerta de la choza.—¡Ah! el caballero Bonifacio, añadió, no le había conocido. ¿Qué hace señor, por aquí á estas horas? Buenas noches.

—Vengo de Quito y voy á Ambato.

—¿Y la señora? continuó el mozo acercándose al grupo.

—Es Juanita.

—¡Ah! la niña Juanita. Buenas noches, niña.

—Díme, José, tú que conoces á tu vecino.....

—¿A cuál vecino?

—Quiero decir á tu río. Díme, pues, ¿estará vadeable?

—Hasta un poco entrada la noche, era imposible; pero ha ido mermando la avenida, y

ya se puede pasar.

—Conque si rebajado el río está todavía que brama como un diablo, ¿que sería antes?

—Señor, era cosa de espanto. No ha quedado un puente.

—Ya lo sé. Pero, vamos, lo que conviene es que nos enseñes el punto menos peligroso para ponernos del otro lado.

—Hágalo, señor, si los caballos son buenos y no están cansados.

—¿Los caballos? de primera! Un poco cansados..... Pero.....

José se acercó y examinó el par de bestias.—Cierto, dijo, ¡qué caballos! Este blanco que monta la niña es un elefante. Niña, no tenga miedo. Hace media hora pasaron tres caminantes, y con no ser sus caballos ni la mitad de éstos, salieron al otro lado sanos y salvos.

—¿Tres caminantes? preguntó don Bonifacio sin poder ocultar su sobresalto.

—Sí, señor, y personas decentes.

—¿Los conociste?

—No, señor.

—Tenían trazas de forasteros ó te parecieron ambateños?

—No pude fijarme. ¡La noche está tan obscura!

—¿Hablaban?

—Sí, señor.

—¿Les entendiste algo?

—Poco. Uno de ellos se quejaba de haberle salido mál no sé qué empresa.

—¡Diajos! dijo entre sí don Bonifacio, ¡de qué nos hemos escapado! Y todavía hay algún peligro. ¡Lindo fuera que me la pegaran después de tanto rodeo y tanta mecha! Esto sería quemarse el pan en la puerta del horno. Pero ¿quién va á suponer que á esta hora y en noche tan obscura y lluviosa se atreva nadie á caminar con una mujer? ¡Vamos! nadie me la pega. Pasemos.

—José, añadió resueltamente, enséñanos el punto más vadeable.

—Con mucho gusto señor; pero aguarde un momento mientras prepare un mechón de paja.

Juanita, que no había perdido ni una sílaba de la última parte del diálago, se estre-

meció y sintió oprimírsele el alma, y acudieron á su mente todos los pensamientos que ya se puede suponer. Antonio había salido en busca de ella; había pasado mal día; se había cansado y aburrido y, fallida *la empresa*, se volvió triste y saber qué juzgar de su amada. Se *quejaba*, según ha dicho José. Interiormente maldecía la joven á su viejo tío, causa de tanto contratiempo.

José encendió el mechón de paja: don Bonifacio le dió á beber de su *cuerno*, y bajaron.

—Este es el vado, dijo el mozo deteniéndose. ¡Oh! ya esto no es nada: puede uno pasarlo á pie.

—¡Cómo que no es nada! habló por fin Juanita: si hay mucha agua, y ¡tan precipitada!

—Nada, nada, en efecto agregó don Bonifacio; si esto parece sólo una asequia.

—Tengo mucho miedo.

—Miedo infundado.

—Tengo horror.

—¡Cobarde!

—Yo no paso.

—¿Volvemos á lo de *Tiopullo*?

—¡Bárbaro!

—Mira, Juanita, el anisado quita todo mie-

do y horror: échate un trago.

—Peor con eso, pues sólo de ver el río se me va poniendo muy mal la cabeza, y me da vueltas el mundo.

El viejo no la instó; pero aplicó los labios al *cuerno*, levantó el codo y se estuvo largo rato con la cara vuelta al cielo que le echaba su cernidillo.

—Conque, Juanita, ¡adentro! dijo enseguida.

—No paso, repitió ella; me quedo en casa de José hasta mañana.

—¡Que más te quisieras! ¿Me tienes por un zopenco?

—Pero tío ¡por Dios! ¿Quiere usted matarme?

—Lo que quiero es llevarte á tu casa, y te llevaré.

—¡Bárbaro!

—¡Vamos!

Y poniéndose detrás el viejo repitió lo que hiciera en *Tiopullo*: dió un riéndazo en las ancas del caballo y éste se precipitó al río.

—¡Jesús! exclamó Juanita. ¡Hombre bárbaro!

El bárbaro metió con fuerza las espuelas

á su caballo que de dos saltos y levantando plumas de agua tomó la delantera al de la joven.

—¡Sígueme sin miedo! gritó don Bonifacio

¡Animo! niña, ¡ánimo! gritaba también José desde la orilla, levantando el mechón que no tardó en apagarse.

El agua azotaba el costado de las cabalgaduras subiéndose hasta dar en la cintura de los jinetes; aquí tropezaban los fatigados brutos, allá resbalan, más allá se hundían: pero la fuerza de la corriente, si los obligaba á descender, no podía voltearlos. Don Bonifacio los animaba á gritos; Juanita se agarraba con ambas manos del pico de la silla; mas tenía en tal estado la cabeza que le parecía que las olas subían en vez de bajar y que el vado se ensanchaba á medida que ella se acercaba á la margen opuesta. Pasaron al fin. En la orilla, veinte varas abajo del punto por donde penetraron en el agua, había un salto. El caballo de don Bonifacio asentó en el borde las manos, hizo un gran esfuerzo y se puso en seco. El de Juanita lo imitó con más trabajo y dando fuerte sacudida.—¡Jesús me valga! exclamó la joven con voz desfallecida.

—¡Ea! ya no hay cuidado contestó el viejo. ¿Ya ves que no había motivo para tanto mie-

do y tantas alharacas? Pero este paso, como quiera que sea, merece cuatro buches de seguida. A tí para qué es decirte nada: seguro es que volverías á desairar á mi *cuerno.* Bebió en seguida; luego prendió un papelillo, volvióse á mirar á su compañera, y espoleando su caballo dijo:—Sígueme; y ahora si no hay más ladrones, rodeos ni vados, y dentro de media hora vamos á despertar á tu tía Tecla, que debe estar ya en lo más dulce del sueño. Ella nos esperaba para mañana. ¡Já, já, já! qué sorpresa vamos á darle.

Los últimos tragos habían hecho efecto más que regular en la cabeza del viejo, y comenzó á inclinarse á la derecha, á la izquierda, adelante y atrás, como sauce movido por el viento. Luego se dió á cantar: pero su voz trémula y confusa dejaba apenas oír, entrecortada, esta estrofa:

Ojitos de indio borracho,
Nariz de *pupo* de lima,
Boca de bolsa rasgada:
¡Bonita es mi *carishina!*

—¡Juanita!.....qué te.....parece.....No digo.....esos.....versos.....por tí.....¡Linda!.....¡Eh!.....linda!.....Juanita.

Y calló, y se durmió, y ya no se oía sino el golpear de los cascos en las piedras del camino y el jadear de los caballos, y el ruido de

las rodajas de don Bonifacio. Felizmente esas bestias habían andado mil veces por allí é iban á su casa. Subieron la primera parte de la cuesta de *Cashapamba*, tomaron á la izquierda, y desde el punto en que; á la izquierda también, hay una bonita quinta y á la derecha un mal tambo, entraron en camino llano. A poco, al mismo diestro lado, hay la entrada á un callejón estrecho y tortuoso, y el camino principal sigue ligeramente empinado y cubierto de arena. Los caballos se inclinaban á tomar el callejón; pero se había oído unos segundos antes fuerte tropel que se acercaba por detrás. Eran tres montados que venían al galope. Los caballos de nuestros viajeros se excitaron con el ruido, don Bonifacio se recordó y echó un ¿Quién va? con voz balbuciente. Mezcláronse unos jinetes con otros, el viejo quiso detener el caballo de Juanita y se atravesó en el camino; pero dió en tierra, logrando apenas detener su rocín por las bridas. El de su compañera....voló en medio de los demás.

No obstante el estado de su cabeza, el viejo penetró la gravedad del caso y comenzó á gritar entre iracundo y desesperado:—¡Diajos! ¡me la pegaron! ¡Juanita!.....¡Juanita!.....¡Juana del....' ¡Carambas!.....¡Antonio!.....¡ladrón Antonio! ¡malvado! ¡canalla!.....¡Pero me la pagaras!

Y al mismo tiempo sofrenaba el caballo y buscaba el estribo para volver á cabalgar; pe-

ro la embriaguez, la turbación y la obscuridad se lo impedían.

—¡Diajos! ¡me la pegaron! ¡quién lo hubiera pensado! Y ahora ¡qué dirá mi prima Tecla! ¡con qué cara me presentaré á ella! ¡Ay, ay, ay! Va á rabiar y a echarme de su casa. ¡Ay, ay, ay!

Y se puso á llorar.

Quiso consolarse con su *cuerno*; pero el último beso le había dejado seco.

Al fin pudo pisar el estribo y cabalgó, no sin gran esfuerzo; se inclinó á la derecha para tomar la ación y dar con el segundo estribo, perdió el equilibrio y cayó de nuevo. ¡Vamos! el pobre viejo *estaba de mala espalda;* y lo peor que ahora soltó las bridas y el caballo se alejó. Anduvo un trecho con las piernas y los brazos abiertos, echando tacos soldadescos y repitiendo ¡shó! ¡shó! para ver de hacer parar al rocín. Dió con él, se santiguó á fin de neutralizar los malos efectos que podían producir los tacos, y tornó á montar. Su primer designio fué volar en seguimiento del raptor de Juanita; mas recapacitó y vió que era imposible darle alcance. Y luego ¿qué iba á hacer solo contra tres? Lo mejor era comunicar cuanto antes el suceso á doña Tecla, volar á la policía, levantar gente y ponerse en persecución de los prófugos. Se metió por el callejón, rasgó las ijadas al caba-

llo, que hizo los últimos supremos esfuerzos que pudo para trotar largo, después de diecinueve horas de viaje, y llegó á la ciudad.

Doña Tecla se hallaba en el primer sueño, pues eran las once de la noche; mas se recordó con los golpes que don Bonifacio daba á la puerta de calle, y mandó á la criada que saliese á ver quién era el que metía tanto ruido. La criada conoció por la voz al viejo, abrió la puerta y, viéndole solo, se apresuró á preguntar:

—¿Y la niña?

—No viene, contestó con disgusto D. Bonifacio.

El telégrafo de las críadas es muy antiguo, especialmente para trasmitir malas noticias; ni un segundo tardó el *no viene la niña*, en llegar á oídos de doña Tecla.

—¿Pues quién viene?

—El señor Bonifacio.

—¿Solo?

—Solito.

—Si no debía llegar ahora: ¡algo ha sucedido!

Y doña Tecla entre tanto, se sentaba en el lecho.

—En efecto, Juanita no viene, dijo don Bonifacio metiéndose á la pieza obscura en que oía la voz de su prima.

—¿Qué significa esto, primo Bonifacio?

—¿Qué ha de significar, primita, sino que el diablo ha metido la cola en el negocio?

—Explícate.

—Pues me la pegaron ¡diajos!

—Pero ¿qué ha habido?

—Que el bribón del tal Antonio cargó con la Juanita.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que me oyes.

—¿Y tienes valor de venirme con esta noticia? ¡Ah pillo! ¡ah canalla de ese desnudo! ¡Y esa loquilla! ¡esa malvada de la mogigata de mi sobrina! Y tú, viego gallina.....

—Alto ahí, prima Tecla!

—Y tú, digo, ¿no has sido capaz de cuidar de esa muchacha? ¿Te has dejado embobar de ese miserable del Antonio?

—Escucha, Teclita: ¡si no sabes lo que hay!

—Pues ¿qué? Lo que hay es que Juana ha sido robada, que está deshonrada nuestra familia, y que tú has contribuído á ello.

—¡Tecla, por Dios! cálmate un poco y escucha, y no seas tan injusta.

En cuatro palabras impuso á su prima todo cuanto había ocurrido, y añadió:—Aquí tengo la carta que pone en claro todo el complot y que me justifica; encendamos la vela para que la leas. Sacó del bolsillo la *herramienta*, golpeó repetidas veces el pedernal que echó mil centellas, se prendió la yesca, encendió un papelillo, que entre tanto había permanecido preso atravesado en los labios del viejo; en la candela del tabaco aplicó doña Tecla un pábilo bañado en azufre, la llama del pábilo pasó á la vela. La tía de Juanita arrebató la carta de manos de su primo, é inclinándose fuera de la cama para acercarse á la luz, y poniendo el papel junto al ojo derecho, mientras la puntería del izquierdo daba á la pared, leyó.....Ya saben ustedes lo que leería. Después de cada frase de la carta amorosa de Antonio, que temblaba en manos de la vieja, ésta soltaba alguna palabra reveladora de la tempestad de ira que arreciaba en su alma:—¡Bribón!.....¡infame!.....¡esa muchacha malvada!..... ¡esa ingrata!.....¡darme este pago!.....¡cómo no vomito sangre! ¡cómo no me muero! Al fin estrujó el papel dando un rugido, y don Bonifacio creyó que iba á caer con pataleta.

—Teclita, cálmate, la dijo, y sobre todo, no rompas la carta: pues nos ha de servir ante el juez.

—El juez; dices bien. No perdamos tiempo: veamos al comisario de policía, á todos los jueces, para perseguir á esos canallas. Los he de perseguir hasta el fin del mundo y los he de hacer castigar. Para algo habrá justicia. Y no se han de casar. A la mogigata la he de meter en un convento, aunque sea para china de monjas. Yo valgo más que ella; yo puedo más. A doña Tecla de N.....no se la burla ni se la infama.....¡Canallas!.....¡infames!.....

Y saltando del lecho mal forrada en un camisón que la ponía semejante á una de aquellas *almas santas* que nuestros rústicos campesinos sacan en las procesiones, se vistió precipitadamente, envolvióse en un pañolón y, precedida de la vieja críada que llevaba un farol, salió con don Bonifacio en busca del comisario.

Este tomó á pechos el asunto, pues no quería perder ocasión tan excelente (era comisario nuevo) de lucir su actividad y energía. Con todo, y á pesar de sus diligencias y sus afanes para reunir una escolta, armarla y montarla á caballo, se pasaron largas horas, causando angustias á doña Tecla y aumentando su cólera.

La escolta se dividió en tres grupos á fin de perseguir á los prófugos por distintas direcciones. El comisario en persona, acompañado de don Bonifacio y cuatro gendarmes

se resolvió á caer de improviso en la quinta arrendada por Antonio.

El río había bajado mucho, y lo pasaron sin peligro, aunque con no poco miedo del valiente empleado público.

Al descender la bajada que iba á terminar en la quinta, comenzaba á rayar la aurora y se oía tal cual voz de las aves que la saludaban en el huerto tendido allá á la orilla del río. El cielo se había desembarazado de la mayor parte de las nubes negras que lo cubrían la víspera, y dejaba ver algunas estrellas, pálidas con la proximidad del día; las lomas de los contornos iban enseñando sus perfiles irregulares y las matas que crecían en sus pendientes costados; grupos de neblina semejantes á copos de algodón cardado se movían perezosos aquí y allá á lo largo de la ribera, y soplaba un vientecillo frío, pero agradable, que hacía inclinar las pajas de los bordes del camino y silbaba suavemente entre las ramas de los *molles* y de las *chilcas*. Los peros, los duraznos y otros árboles exóticos, fieles á su costumbre en el clima nativo, se habían desnudado en el invierno y presentaban aspecto ceniciento y triste; los árboles indígenas y los naranjos y limoneros, burladores del frío y del viento, conservaban su pomposo y alegre vestido, y hasta el lujo de sus plateadas flores y de sus pomos de oro.

El comisario y sus compañeros encontraron algunos indios que bajaban al río, en busca de los troncos y ramas que la avenida pudiera haber dejado en las orillas y que aquellos infelices aun hoy en día, suelen ir á recogerlos para proveerse de leña.

Cerca ya de la casa, don Bonifacio se acercó al comisario y le hizo notar en voz baja que había en el patio tres caballos con sillas, y gente que iba y venía.—¡Eh!, añadió, como que los vamos a pillar descuidados y mansitos. Piquemos. En lo de los caballos y la gente, el viejo no se engañaba. Apresuraron el paso y penetraron todos en tropel al patio. ¡Qué sorpresa para Antonio, su amigo N.....y el paje! Arrimados al pasamano del corredor y con polainas y espuelas, se ocupaban todos en vaciar sendas tazas de humeante agua de azúcar con anisado y en comer unos bizcochos. La sorpresa hizo soltar á Antonio su taza que se volvió pedazos.

—Caballeros, dijo sin embargo, saliendo al encuentro de sus extraños huéspedes, á quienes no conoció de pronto por lo escaso de la luz, ¿qué se les ofrece á ustedes?

—¿Qué se nos ofrece? contestó el comisario en tono agrio y poniendo muy mala cara al joven; ¿qué se nos ha de ofrecer, sino agarrar á ustedes y su presa?

¡A mi presa! señor...

—Como usted lo oye: soy el comisario de policía, y es mi deber pesquizar los crímenes, y sepa usted que de mí nadie se burla.

—No he cometido crimen ninguno.

—¿Cómo ninguno? ¿No es crímen el rapto de una joven?

—¡Señor comisario!...

—No perdamos tiempo. Entregue usted al punto á la señorita Juana N.....y dése preso á la justicia: se lo intimo en nombre de la ley.

—¡Señor comisario!.....Juanita N....

—¡Pillastre! dijo don Bonifacio, creíste pegármela y quedarte con el hecho; pero te has equivocado.

—¿Qué dice usted? preguntó encolerizado con el insulto y encarándose con el viejo, á quien pudo conocer al fin.

—Digo que tú te robaste anoche á mi sobrina. y que...

—¡Juanita!.....Juanita no está conmigo.

—¡Y lo niegas, tuno!

—¡Viejo!...

—El joven iba á tirarse sobre él con los puños levantados; pero se interpuso el comi-

sario gritando – ¡Al orden!

Antonio estaba aturdido, y aunque no comprendía aún lo que pasaba ese momento, sí penetró que todo su plan estaba descubierto.

—Señor comisario, dijo al cabo en voz enérgica, puedo jurar á usted que la señorita Juana N.....no está conmigo.

—¡Bah! lo creo: no está aquí con usted: pero de seguro se halla en algún cuarto de la casa ó en un escondite.

—Ni en casa ni en escondite alguno.

—¿Y esos caballos? ¿No son para largarse usted y ella al pueblo N.....? ¿No han venido en ellos desde *Cashapamba?*

—Señor.....Al pueblo...

—No venga usted con más excusas.

—Esos caballos...

—Están en vano ahí, ó más bien servirán para el viaje á Ambato. He llegado á tiempo para impedir que usted consume su crimen.

—Señor, puedo explicar á usted...

—No necesito explicación: lo sé todo, y la misma turbación de usted confirma cuanto sé.

—Padece usted un engaño. Yo iba a montar...

—¡Yo engañado! ¡Bah! Poco me conoce usted.

Ni el diablo con toda su astucia es capaz de engañarme.

—Pues, señor...

—Pues, señor, repito que no perdamos tiempo.

—Cierto, señor comisario, esto es perder mucho tiempo, dijo don Bonifacio; amarremos á este bribón y procedamos al punto á buscar a Juanita. Yo doy con ella en uno de esos cuartos: ¡segurito!

—Viejo insolente, gritó Antonio.

—¡Pillastre!

—¡Al orden! Soy el comisario y no me dejo faltar al respeto. ¡Eh! muchachos! añadió dirigiéndose á los gendarmes, pie á tierra, volando, y vamos tras la presa. Un premio al que me la entregue.

Desmontáronse é iban á ejecutar la orden de la autoridad, cuando entre las sombras de una avenida de naranjos se notó que venía gente. Eran unos indios; estos indios traían algo; este algo era una cosa blanca suspendida en sus brazos. Todas las miradas se fijaron en ella y todos los labios dijeron:—¿Qué es? ¿Qué es eso? Y el comisario, y don Boni-

facio, y Antonio y todos se adelantaron llevados de la curiosidad. Era un bulto; era un ser humano; era un cadáver y un cadáver de mujer, cuyo cabello arrastraba y cuyos brazos y pies blanquísimos colgaban hasta el suelo; ¡era el cadáver de Juanita!...

Antonio dió un espantoso alarido, abrió los brazos y se echó sobre él, y lo ajustó juntando su rostro pálido y desencajado al rostro helado y húmedo de su amada Juanita.

Don Bonifacio, abiertos desmedidamente ojos y boca y cruzados los brazos, parecía la estatua de la estupefacción.

El comisario no estaba menos aterrado.

Nadie hablaba palabra y todos tenían fijos los asustados ojos en el inanimado y cándido cuerpo de la desventurada joven, mal cubierto con sus vestidos interiores, únicos que, aunque desgarrándolos, habían respetado las ondas.

Un indio viejo. sumamente apenado, habló al fin y dijo haber encontrado esa difunta en la orilla cuando él y sus compañeros recogían las ramas y troncos que había traído la avenida.

Pasado el primer impulso de la terrible sorpresa, preguntó el comisario:—¿Quién me explica este misterio?

—Señor, contestó temblando don Bonifacio...

—Usted me aseguraba, le interrumpió el empleado, qué Juanita N.....había sido anoche robada por Antonio, y ahora asoma ahogada; ¿cómo es esto?

—Señor... señor...

El viejo no podía articular más palabra; ni era posible que pudiese explicar el suceso Después. haciendo averiguaciones y conjeturas y atando cabos, pudo saberse que Juanita cayó al agua al saltar su caballo en la margen del vado; la obscuridad y el estado de la cabeza de don Bonifacio, le hicieron que creyese ver á la joven cuando iba el caballo solo tras él; el silencio de su compañera no era para extrañado, pues lo guardó obstinada todo el día. Los tres montados que habían esguazado el río antes de ellos, fueron unos caminantes que luego se detuvieron en el tambo de *Cashapamba* para descansar y dar un pienso á sus caballos, y tornaron después á caminar, porque deseaban llegar esa misma noche á Pelileo. Iban deprisa, y al paso el caballo de Juanita que no tenía quien le guiase, se juntó con los de los viajeros y se fué con ellos. Antonio, su amigo y el paje se disponían á salir al encuentro de Juanita, quitársela á don Bonifacio y huir con ella; pero tomaban antes una ligera refacción y en este acto los sorprendió la autoridad.

La continuación y remate de la tristísima

escena, dejo á la imaginación de ustedes. Sólo añadiré que los mismos indios que hallaron el cadáver. hicieron unas angarillas y, envuelto en una sábana, lo condujeron á la ciudad.

Al día siguiente se celebraron en la iglesia de la Merced solemnes exequias. Estaba presente el cadáver vestido de blanco y coronado de azucenas, y muchas mujeres lloraban en torno de él. Sepultáronlo en el mismo templo. Dos ó tres días después, Antonio penetraba por la noche en él, seguido del sacristán que llevaba una luz y le enseñó el punto de la sepultura. El joven se hinco de rodillas, postró la frente en el suelo y oró y lloró largo espacio. En seguida grabó en un ladrillo con la punta de una navaja: «¡Juanita! juro que te amo aun después de muerta y que nadie poseerá mi corazón en este mundo. ¡Adiós!» Salió del templo, tomó su caballo que había dejado á la puerta y tiró camino de Guayaquil. Nadie volvió á saber del infeliz.

Doña Tecla lloró mucho la muerte de su sobrina; pero crecía su pena el primero de cada mes, porque ya no podía acudir á la Tesorería.

No fué menor la pena de doña Marta y don Bonifacio, que anduvo mucho tiempo cabizbajo y triste, sufriendo las acusaciones que le hacían sus primas y, lo que es peor, las de su propia conciencia.

Doña Tecla murió en extrema pobreza algunos años más tarde, y su hermana no tardó en seguirla á la eternidad, con un cortejo de escrúpulos y gazmoñerías que la acompañaron hasta sus últimos instantes.

Don Bonifacio fué al cabo víctima del *delirium tremens*, pues la pena y los remordimientos parecía que habían duplicado su amor al consabido *cuerno*.

— —

Ahora, mi querida Cornelia, elige y ejecuta al piano la pieza que juzgues más en armonía con el estado de tu ánimo producida por la suerte de la desventurada Juanita. ¿Será el *Miserere del Trovador?* ¿Será la *Oración de la Sonámbula?* ¿Será el trozo en que *Lucrecia Borgia* lamenta y se desespera por la muerte de su hijo? No sé lo que elegirás; pero será de lo más triste. En cuanto á mí, siempre estoy más dispuesto á la tristeza que á la alegría, aun sin mis recuerdos como el que acabo de referirte.

En seguida vendrá una hermana de *Paulina*, linda como ella, ¿no es verdad?

Un Matrimonio Inconveniente

APUNTES PARA UNA NOVELA PSICOLOGICA

DON Juan y don Pedro eran hermanos que en nada se diferenciaban en materia de honradez, bondad y otras prendas morales; pero en dotes de inteligencia y buen juicio, don Juan vencía á su hermano con tercio y quinto.

Ambos se querían mucho y nunca se enojaron, sin embargo de que frecuentemente no estaban acordes en el modo de pensar y de juzgar algunas cosas. Sus dimes y diretes se terminaban á veces con un «Tú eres un loco», de don Juan á don Pedro, y un «Tú eres un bobo», de don Pedro á don Juan.

Este era viudo, y Luisa, su ùnica hija, bella y discreta como pocas jóvenes de la ciudad, no obstante ser ésta un jardín de rosas y azu-

cenas humanas, se atraía las miradas y los corazones de más de una docena de mozos guapísimos.

Don Pedro era soltero de esos pasados de sazón, á quienes ya ni las jamonas miran con dulces ojos. Quería mucho á Luisa y la llamaba hija: la joven le correspondía con cariño filial y le trataba de papá Perico.

* * *

Hallábase una noche don Juan en su sillón forrado de damasco azul, con la palma de la diestra sobre la rodilla de la pierna que, montada en la otra rodilla, estaba en constante movimiento; el codo izquierdo apoyado en el borde de la mesa, y la frente entre los dedos que habían levantado algún tanto el gorro de nutria, descubriendo parte de la calva que semejaba un trozo de mármol bruñido. La pantalla de forma de abanico y agarrada á la estearina cubría de suave sombra al simpático viejo, presa á la sazón de tristeza mezclada de enojo.

Don Pedro, hundidas ambas manos en los bolsillos de un levitón de ligera tela color de ceniza, calado el sombrero de copa hasta las cejas y mascando más que fumando un enorme cigarro, iba y venía á lo largo del cuarto con precipitación que indicaba algo anormal

en su ánimo, no obstante ser nada fácil de impresionarse aun de cosas para otros ánimos excitativas.

Cuadróse de repente delante de don Juan, se levantó el sombrero de modo que por poco no le derriba por la nuca, se quitó el cigarro de entre los labios, y después de humedecerlos con la punta de la lengua, como para facilitar el resbalamiento de las palabras, dijo en tono de semienfado:

—¡Pero, hombre de Dios! no comprendo tu capricho,

—Yo comprendo menos cómo tú no penetras la razón que tengo para oponerme á ese matrimonio, contestó don Juan, sin cambiar en nada su actitud, ni levantar siquiera los ojos á fijarlos en su hermano.

—¿Crees, replicó don Pedro, que yo abogaría por Rodolfo, si no estuviera convencido de que va á labrar la dicha de Luisita?

—No dudo de tu buen deseo y buenos propósitos para con mi hija. La quieres tanto.

—La amo como tú mismo.

—Y á pesar de que la amas y quisieras verla feliz, trabajas para que sea desdichada.

—¡Dale que le das! Se te ha clavado esa aprensión en la mollera como una nigua de la

sierra, y te mata á picazones. ¡Vamos, Juan! ¿No es Rodolfo un muchacho guapísimo y simpático?

—Cierto,

—¿No es talentoso y de maneras cultísimas?

—Cierto.

—¿No es bondadoso de genio y levantado de ánimo, como todo un caballero?

—No lo niego.

—¿No es laboriosísimo?

—Sí, Pedro, sí; y también honrado á carta cabal y lleno de otras prendas; pero...

—¿Pero qué? Marido mejor para Luisita no podría hallarse en toda América ni en toda Europa.

—Todas esas buenas dotes de Rodolfo, dijo don Juan alzando al fin la cabeza y mirando con energía á su hermano, todas esas dotes, repito, que pudieran hacer venturosa á Luisa, están contrarrestadas por un defecto que de seguro la haría desdichada. Tú lo sabes...

Don Pedro volvió á morder su cigarro, se rascó la frente como para despertar alguna idea que pudiese oponer con ventaja á la de su hermano, y tornó á dar precipitadamente dos idas y venidas por el cuarto.

—Sí, dijo, deteniéndose de nuevo delante de don Juan, Rodolfo tiene ese defecto; el chico... pues... cuando en su edad va uno á Europa... difícilmente escapa del contagio de ciertas ideas... Rodolfito... Pero, en fin, ese defecto á él solo perjudica...

Te engañas, Pedro; ese defecto se transmitiría á sus hijos, y quizás mi hija, no obstante la esmerada educación religiosa que ha recibido...

—¿Crees que Luisita pudiera hacerse materialista?

—¿Qué difícil fuera? A ello podría contribuir el propio amor apasionado á su marido, y la bondad misma de éste.

—Y pudiera también convertirlo á fuerza de amor, replicó con viveza don Pedro. Mira, Juan, esto de que las mujeres conviertan en unos santos á los maridos incrédulos se ve con mucha frecuencia.

—Y también es muy común ver mujeres pervertidas por los maridos.

—Luisita no será de éstas y, además, Rodolfo tiene talento y juicio y estoy seguro que sabrá respetar la fe y las prácticas piadosas de su mujer.

—Yo no estoy seguro de ello, como no lo estaría de librarme del cólera asiático si inva-

diera mi casa.

—¡Bah, Juan! llevas las cosas á unos extremos...

Y don Pedro volvió á sus idas y venidas, con las manos de nuevo en los bolsillos y mascando con vehemencia su cigarro, que había dejado de arder y era ya sólo un ruin cabo. Y anda que anda y en frases mal formadas á causa del estorbo del habano, proseguía:

—Rodolfo seguiría tal vez en sus trece, pero allá para sí y nada más; y en tanto, su laboriosidad y honradez acrecerían sus bienes de fortuna, atendería con ellos largamente á las necesidades de las familia, Luisita nadaría en la opulencia, no le quedaría antojo ni aun capricho por cumplir, su posición social sería brillante y envidiable. Niégalo, Juan.

—Así fuera quizás.

—Sin quizás, hombres de poca fe.

—¡De poca fe! Dí lo contrario, Pedro. Precisamente porque soy hombre de mucha fe y la quiero en el que ha de ser esposo de mi hija, me repugna tanto que Rodolfo venga á ser mi yerno,

—Pero advierte, Juan, que para el matrimonio, que no es otra cosa que un estado social cuyos deberes se cumplen en la tierra, se necesitan virtudes sociales también, antes que

creencias religiosas, y esas virtudes las posee Rodolfo en alto grado.

—Error, hermano mío, error. Además de que la religión es apoyo y guía de esas virtudes, el matrimonio no es como crees un estado cuyo interés arraíga sólo en el mundo: tiene un fin muy elevado...

—Ya comprendo á donde vas con tu razonamiento: vas á las enseñanzas de la Iglesia.

—Exactamente; y no sé cómo tú que has recibido como yo esas enseñanzas divinas, tú que eres católico, tomas el matrimonio únicamente por su lado humano. El hombre y la mujer se unen para amarse, protegerse, sufrir juntos las contrariedades de la vida y gozar juntos sus dichas; para formar la sociedad doméstica con una sucesión legítima y educada en la honradez, el orden y el honor; pero no termina aquí el destino del matrimonio: es preciso que las almas que se han juntado por el mutuo juramento de fidelidad, por la abnegación de la una en pro de la felicidad de la otra, por la generosa fusión de sentimientos, y hasta de ideas, no miren limitadas sus aspiraciones por la meta á todo señalada en este mundo, el sepulcro: es indispensable que tiendan sus miradas hacia una región superior, á lo inmenso, á lo infinito, á Dios, en quien se resume y queda eternamente fijo su destino. Las leyes morales vienen del cielo, y los fru-

tos que ellas sazonan en la tierra, al cielo suben. El matrimonio cristiano está fundado esencialmente en esas leyes; su frutos son las almas santificadas en la familia bendecida por Dios, para que se eleven á su fin último, inmutable y eterno.

—¡Cáspita! Juan, exclamó don Pedro deteniéndose por tercera vez delante de su hermano y echando por fin el cabo de cigarro en una escupidera; Juan, te has vuelto elocuente y me has soltado un trozo bosuetano ó masilloniano; pero...

—Guárdate tu pero y escúchame todavía.

—Sigue, hermano mío, que soy todo orejas.

—Bien: quien no cree en Dios, quien no admite otras leyes que las de la materia, ni obra sujeto á otra moral que la nacida de principios racionalistas, ¿podrá comprender el matrimonio como lo comprendemos los cristianos y portarse en él cual conviene para que el alma alcance su supremo destino?

—Juan, aprietas mucho.

—No hago sino traer á cuento los defectos de una causa.

—Aprietas demasiado, te digo. Quieres á todo trance el matrimonio católico, y el mundo está lleno de matrimonios que no lo son.

—¡Ojalá todos lo fuesen! Mas advierte que aunque esto no sucede, como el materialismo no ha obscurecido relativamente sino muy pocas inteligencias, y no abundan los corazones esterilizados por él, en la gran mayoría de los matrimonios del mundo hay alguna creencia, hay algo que saca las almas de las mezquindades de la materia. No me hables, hermano Pedro, de gente que no cree sino en lo que ve y palpa, que se contenta con alcanzar placeres sensuales, que sólo teme el dolor que maltrata los nervios, y cuya moralidad no tiene otro fundamento que el egoísmo:—hago un bien á otro, para que me corresponda; me abstengo de hacerle daño, para que no me le haga á mí; me porto honradamente, por que de este modo alcanzo utilidad.—He ahí la moralidad de los que encierran su destino en una esfera puramente material. Si no es uno católico, que aquí está el acierto como lo enseña la Iglesia y nosotros lo creemos, sea á lo menos cristiano de cualquier secta; si no esto, sea deísta; si no deísta, mahometano; si no mahometano, cualquiera cosa; pues creer aunque sea erradamente y aun de modo absurdo vale más que no creer nada, porque con la fe se prueba que uno pertenece á la familia humana: creer es ser hombre completo; la falta de fe en algo superior al imperio de los sentidos y de virtud más poderosa que las fuerzas de la materia, arguye descabalamiento de la obra más admirable de

la naturaleza.

—Tente, Juan; mira que te vas no sé dónde. ¿Y Luisita? ¿y Rodolfo? De ellos tratábamos.

—En efecto; pero ellos mismos me han traído á decirte lo que acabas de oir.

—Bien: ahora vamos al grano. ¿Conque en manera alguna consientes en ese matrimonio?

—Se verificará contra mi voluntad.

—¿Quieres decir que respetas la libertad de Luisita?

—Sin duda.

—¿Sabes ya que la chica está decidida?

—¿No he de saberlo? Hombre, si he librado batallas constantes y de distinto género, para salvar á mi hija de una desgracia que tengo por segura.

—Y ella ha triunfado, ¿eh?

—Por completo.

—Pues, hermano mío, me alegro de tus derrotas.

—¡Qué dices, Pedro! ¡Alegrarte de que Luisita se entregue en brazos del infortunio, y que, por consiguiente, sea yo también infelicísimo! Eres un loco.

—No seas bobo, Juan: me alegro porque

ambos van á ser felices á pesar de todas tus aprensiones y negros augurios: Luisita con su Rodolfo y tú con la dicha de tu hija. Te repito que en toda la redondez de la tierra no podía habérsele presentado á mi linda sobrina un partido más ventajoso.

—Para un matrimonio como tú lo comprendes, exacto.

—Para la conquista de un brillante estado social.

—El cual, mi querido Pedro, vendrá a tierra al más ligero soplo de la desgracia: en el cual no entrarán para nada las virtudes que labran el verdadero hogar; en el cual serán desconocidos los goces del alma, por falta de ambiente religioso que los haga germinar y florecer; en el cual se ignorará la ciencia de preparar el venturoso porvenir de los hijos.

—¡Vamos, Juan! eres el hombre de las exageraciones. ¿Luisita no es religiosa, piadosa y atinada y... qué sé yo que más muy bueno para el matrimonio y para los hijos?

—Y tú, Pedro, el hombre despreocupado y de las facilidades, ¿no prevees que Rodolfo, talentoso como es, vivo, insinuante y atractivo, ha de poder más que Luisa, y si no alcanza á desarraigar de su corazón todo sentimiento religioso, le ha de marchitar, cuando menos, y ha de dejarle incapaz de obrar con la eficacia

que requieren las necesidades de la familia?

—Yo no participo de tus temores, mi Juan. Si hubiese, por ventura, colisión de influencias, estoy seguro que la de Luisita vencería y, pasando por encima de la de su marido, quedaría de reina absoluta de su hogar.

—Claro está que tú no piensas como yo y, por lo mismo, no temes nada de cuanto yo temo. Pero doy de barato que tú tengas razón: supongo que á todo el amor que Rodolfo consagre á su esposa, á las cultísimas muestras de estimación de que la rodee, á las comodidades y regalos con que le haga llevadera la carga del matrimonio, añada el respeto á sus creencias religiosas y aun le facilite sus prácticas devotas; ¿crees que el bonísimo y sensible corazón de Luisita pudiera estar exento de toda amargura? ¿crees que su claro entendimiento no penetraría la desgracia de ver á su amado Rodolfo con el alma envuelta en tinieblas, enemistada con Dios, ajena á toda esperanza celestial, destituída de fuerzas para resistir á las contrariedades que nunca faltan en la vida y fácil de caer al primer golpe de un gran infortunio? Y en estos casos ¿qué podría decirle la pobre Luisa para salvarle? ¿cómo podría derramar en el corazón de su esposo el bálsamo del consuelo divino? Sus esfuerzos serían inútiles, ese bálsamo caería sobre una roca, y Luisa sentiría en su pecho las

angustias del anhelo burlado y de la contemplación de un mal sin remedio que tuviesen todas sus garras clavadas en el objeto de su amor.

—Juan, mira que no es razonable eso de buscarte tormentos en males de tu hija que la imaginación sólo te forja. Eso que puede suceder, tiene más probabilidades de que no sucederá. Trae tu razón á su lugar y déjate de aprensiones de beata.

—Pedro, dadas las causas de un mal, no es simple aprensión el temor de que vengan sus efectos. Luisa está hoy obcecada por una pasión amorosa vehementísima y no ve claro el destino que la espera; mas la pasión ha de moderarse y, como Luisa es inteligente, presto ó algo tarde, pero de modo indefectible, ha de sentir las amarguras que son quiméricas ahora para ella á causa del estado de su corazón, y para tí á causa de las nieblas de tu cabeza: Pedro, te falta juicio.

—Amarguras visibles sólo para tí, contestó don Pedro, sin darse por entendido de la última frase de su hermano; porque para los inocentes y tímidos el porvenir suele estar poblado de fantasmas. Juan, eres un...

—Un inocente, un bobarrón: seré cuanto quieras, hermano; pero óyeme todavía otra *aprensión.*

—Echala; ¡pero que no sea una badomía!

—Para que no te parezca del todo un despropósito, abre un resquicio, siquiera como el ojo de una aguja, para que penetre un poquito de la luz que se desprende del porvenir, dados los sentimientos religiosos de Luisa, y teniendo por seguro que no se malearán con el contacto de un marido materialista ó ateo. Imagínala en la última enfermedad de este desdichado: ella empeñada en volverlo á Dios, él obstinado en sus errores; ¿no eres capaz de penetrar lo terrible de esta lucha? ¿No se te presenta la imaginación de Luis ante la cual el alma de su esposo vacila entre el cielo y el abismo, y éste la atrae con más poder, porque Rodolfo, con propia voluntad la ha entregado al viento que le aleja de la vida? La muerte al fin consuma su obra; Rodolfo ha llevado su impenitencia hasta la tumba; la Iglesia no ha querido cubrir los despojos del impío con el polvo sagrado del cementerio; Dios ¿habrá franqueado las puertas de su reino al alma que le negó hasta el postrer instante de su residencia en la tierra?... ¡Pobre Luisa! ¡infeliz hija mía! Allí está el cadáver de su esposo; su amor le bendice, y le empapa en llanto, y quiere calentarle con sus besos; pero cuando su pensamiento busca á su alma en la eternidad... ¿Qué será de ella? Se fué..! ¡pero no por el camino que conduce al cielo! Busca la desdichada un refugio en el seno de la Misericor-

dia divina para esa alma idolatrada, pero se halla frente á frente con la Justicia inexorable y eterna! Cierra los ojos ante ésta, y se esfuerza en buscar una esperanza dando vueltas en torno de aquélla. ¿Quién penetra la escena silenciosa entre Dios y el alma que le ultrajó, en el instante decisivo en que termina para ella el tiempo y comienza la eternidad? ¿No alcanzará ese instante para que pueda decir la infeliz: Señor piedad? Pero ¿será posible que quien rechazó la luz de la gracia durante largos años, llegue á ser accesible á ella en un segundo? Puede ser, puede no ser. El cadáver se ha llevado un secreto; la eternidad no habla. Queda la incertidumbre, este horrible fantasma que pone los ojos en todas partes y en ninguna parte ve nada, y con su aliento que semeja bocanadas de cierzo mata todas las flores del consuelo y deja yermos los corazones. Pedro ¿comprendes la situación dolorosa y terrible en que pueda caer mi amada Luisa?

—Yo no comprendo las desgracias que no tienen otro fundamento que una posibilidad lejana.

—Quizás comprendieras cuanto acabas de oirme, si fueses padre. A mí me dice el corazón que Luisa va á ser desgraciada. Su matrimonio va á ser el camino de su desventura.

—Su matrimonio, repuso don Pedro, va á

ser la llave mágica que le abra todos los tesoros de la dicha.

Y se despidió de don Juan apretándole fuertemente la diestra, y mirándole con ojos medio bondadosos y medio pícaros, como que con ellos quería decirle: Eres bastante bobo.

La mirada de don Juan, dulce y compasiva, parecía decir: Hermano mío, eres desjuiciado y me causas lástima.

* * *

El pueblo que frecuentemente caza tamañas verdades, sin embargo de que no conoce la filosofía ni por el forro, suele también cantarlas: de él son estos versos:

El amor es un bichito
Que por los ojos se mete
Y si llega al corazón....
!Francisco Javier, Tenete!

Dejemos el último verso que en la persona de Francisco Javier dice á todos los enamorados: ¡Teneos! y vamos á los anteriores. El pueblo ha expresado una verdad: los ojos son las ventanas por donde más fácilmente se cuela aquel *bichito,* que salta para ello desde el rostro, desde el pecho, desde el talle de una persona á quien la Naturaleza dotó de hermosura y gracia; pero, sin duda, porque no cupo en

el verso, el cantor no dijo que el amor se metía también por los oídos y, á veces, hasta por la boca. Bien es verdad que en este último caso, el amor lleva como poderoso auxiliar la necesidad; el hambre abre la brecha para que pueda ser tomada la fortaleza; pero el asaltante no llega hasta el corazón y se queda en el vientre del vencido. ¡Qué horrible es la lucha del oro contra la pobreza! ¡qué triste es la victoria de aquel poderoso! ¡qué lamentable la suerte de la belleza que sucumbe á la necesidad!

—¿Luisita era pobre?...

No lector mío: era única heredera de un papá que, si no contaba millones, tenía una fortunilla muy decente para su posición social honrada y respetable; don Juan amaba á su hija con pasión, y ya puede uno imaginar si la chica no lo pasaría rodeada de comodidades, bien servida y adulada.

No fué, pues, la boca por donde el amor dió el asalto á la hija del bueno de don Juan; Rodolfo era mozo gallardo, inteligente, ilustrado y de fácil y dulce palabra; y, claro se está, Luisita se dejó tomar la fortaleza del corazón por los ojos y los oídos. El amante tuvo por auxiliar á don Pedro; mas fué sólo para que le pusiese en el lugar desde donde convenía hacer los disparos, y para derribar el parapeto del papá que, tratándose de coronar las alturas

del matrimonio, era obstáculo serio, como ya hemos visto.

No podemos instruír proceso contra el tío de Luisita: sus intenciones fueron buenas, puesto que, como un segundo padre, se empeñaba en hacerla feliz. Hombre poco espiritual, aunque creyente, algo tolondrón, por demás aficionado á los bienes del mundo y casi nada escrupuloso respecto de las cosas de ultratumba, veía con claridad de tejas abajo, y cuanto hay arriba se le presentaba confuso é indeciso. Era positivista á su modo, y fácilmente seducido por Rodolfo, llegó a apreciar sus buenas dotes y, más que todo, penetró que estaba en camino de ser pudiente; pero no era capaz de alzar una esquina siquiera del brillante manto de las virtudes que da de suyo una naturaleza generosa, para descubrir el alma enferma y débil por la carencia absoluta de fe y de ideas levantadas sobre las mezquindades del mundo material. Las almas de todos los don Pedros como éste fraternizan sin dificultad con las de los Rodolfos como el presente. Almas aquellas, sobre las cuales ha caído el bautismo sin poderlas despaganizar, se absorben los defectos de las otras, y todas juntas se van camino de perdición.

Rodolfo, muchacho aún, había sido enviado á Europa, con el fin de que se educase é ilustrase. Porque, á juicio de algunos padres de

familias, en América, en el Ecuador sobre todo, hay mucho atraso, mucho salvajismo, y es preciso que los jóvenes partan al Viejo Mundo á dejar allá las plumas y los pintarrajos de que aquí viven cubiertos, y vuelvan con las caras limpias, las cabezas bien peinadas, los pantalones y las levitas cortadas á la moda, y con un andar, y con un braceo, y con un modo de ver y hablar que no se usan en nuestras sierras ni en nuestras costas. Item: con una manera de pensar sin ningún ribete de preocupación y fanatismo, y un sentir acerca de todas las cosas humanas y divinas muy libre, muy hondo y muy digno del siglo XIX. Es común que *les petits sauvages* de las mesetas de los Andes y de las orillas del Atlántico y del Pacífico vengan de Ultramar sin alma, porque ésta ha llegado á ser adminículo innecesario para la vida, y sin Dios, porque es un sér que, en los tiempos que alcanzamos, no sólo no sirve para nada, sino que donde se mete ó se lo acepta, es rémora de la civilización; y, por último, vienen con el corazón como si le hubiesen derretido para darle otra forma en el molde pagano desenterrado de entre los escombros de Grecia y Roma. ¡A qué fin ahora esa entraña como Cristo quiere que sea, con sus generosidades y abnegaciones, con sus briosas resistencias á los apasionamientos desordenados, con sus vuelos y elevaciones de amor espiritual, con sus delicadezas virginales

y sus angélicas aspiraciones! ¡Bah! El corazón vaciado á la moderna, el corazón propio á responder á las aspiraciones de una vida que nada tiene que ver con el cielo, sino solamente con el mundo, ha de entregarse sin reserva á todas las concupiscencias, ha de trascender á las voluptuosidades de Chipre, la sangre que le anima ha de estar saturada de vino generoso, y sus palpitaciones han de tener sonido metálico.

Frecuentemente oímos por acá este ó semejante decir: «¡Que joven tan estimable es Fulano! qué inteligente, qué juicioso! Con un bañito de Europa no habría más que hacer para tenerlo redondo». En efecto, á muchos sienta bien ese *bañito*, cuando para que le reciban se han tomado muchas precauciones: prepararlos con una bien fundada y seria educación religiosa y moral, acostumbrarlos á la moderación y economía, darles por compañeros un Mentor cristiano, etcétera. Pero si aquí mismo (lo cual ¡ay! es tan común!) se ha descuidado de nutrir á un joven con sanas ideas y sentimientos generosos y delicados, y después se le llena la bolsa, y completamente solo y libre se le envía más allá del Océano y pone en el centro de aquel otro mar de placeres, lujo, voluptuosidades y tentaciones de todo género que se llama sociedad europea, ¿qué ha de suceder? ¿No irá ese joven á cambiar oro con vicios, á envolver su

alma en redes de errores é impiedades, á dejar pedazos del corazón en los zarzales de las pasiones, á sacrificar la salud en aras de la prostitución? En vez del *bañito* de cultura tan apetecido, se dará una zambullida en un noque de podredumbre. El que resguardado por prudentes condiciones y con ánimo de ilustrarse y hacerse á un buen acopio de experiencia, que no con sólo el propósito de divertirse y derrochar, viaja por el Mundo Viejo, en donde por otra parte están en verdad las fuentes de la civilización que va desenvolviéndose con rapidez en América, vuelve, de seguro, á contribuir á este desenvolvimiento y es digno de aplauso; el que no, ¿qué provecho trae para su familia y su patria? Si algo trae, es un deshonroso aburrimiento por haber dejado los placeres de las Cortes europeas, que no encuentra bajo el sol ecuatorial y entre las paredes del hogar paterno, ya que no trae en su persona un regular contingente de mal para añadirlo al que entre sus hojas nos introducen tantos libros y periódicos brotados de las prensas malsanas de Europa, y tantos caballeros del milagro como desembarcan en nuestras playas,—basura, muchas veces, que se levanta entre la espuma social de un mundo envejecido en el vicio, y el huracán del destino arroja á nuestro continente.

Dicha es que los jóvenes que van á Europa sin llevar ningún lastre para evitar el

naufragio de la inocencia y la virtud, vuelvan siquiera como Rodolfo. Ya hemos dicho lo que éste fué: *alajísimo*, como solemos llamar á un joven de buena figura, simpático, modelo de cortesía, y laborioso y honrado; aunque había dado en la *ciencia* de aceptar el hecho de la creación y negar su causa, y en la de rechazar el Adán bíblico y atenerse al Adán mono, y en otras cosas por el estilo, tan del gusto de los *sabios* que tienen á mengua el ser hijos de Dios y prefieren un abolengo brutal.

Rodolfo, prendado irresistiblemente de Luisa, batió el campo, ordenó con habilidad el ataque, y la conquista quedó hecha en pocos días. Era preciso entrar en posesión real de lo conquistado, y para esto se valío de don Pedro, quien ya le había servido con decidida voluntad en las primeras operaciones. Don Juan se resistió cuanto pudo, y hubo discusiones entre los dos, semejantes y aun más acaloradas que las que hemos presenciado al principio de estos párrafos. Al fin el papá hubo de tratar directamente el asunto con la hija, y aquí fué la derrota de aquél en toda la línea.

En quien sea más tenaz y poderosa la pasión del amor, si en el hombre ó la mujer, es punto que está por resolverse. Quien da preferencia al primero, quien á la segunda, quien juzga que es igual el imperio de aquella tirana en todos los corazones. Yo me inclino á creer que una joven enamorada es más invencible

que diez mozos amartelados como diez Cupidos. Por ahora, á lo menos, Luisita me presta un gran argumento para defender mi creencia.

Don Juan había combatido contra el amor y la resolución de casarse de su hija, con las mismas razones que ya le hemos oído, y aun con otras de más peso nacidas no de lo hondo de su cabeza, sino de lo íntimo de su corazón de padre amantísimo. Comenzó por hablarla en lenguaje lleno de ternura y unción; pero Luisa, poniéndose colorada como un ají, trasudando, trémula, con los ojos bajos como los de una penitente y en voz que revelaba toda la turbación de su ánimo, se limitó á contestar;

—Pero, papacito, ¡si Rodolfo me gusta tanto!

Don Juan cambió de tono, echó competente dosis de seriedad á sus frases y volvió á la carga. Luisa se descoloró algún tanto, se enjugó el sudor de la frente con un blanco pañuelito de batista, y respondió en tono menos tímido:

—Pero, papá, ¡si le quiero tanto!

Don Juan dió la tercera arremetida con toda la energía de su alma; habló largo, sus palabras tuvieron bastante aspereza, su voz era como el estruendo de una avenida. Luisa estaba ya pálida, tenía seca la frente, y mirando sin miedo á don Juan y en voz completamen-

te firme, exclamó:

—Papá, ¡si le amo tanto!

—Lo sé, y esto me disgusta.

—No hay remedio.

—Sí que le hay, Luisa.

—¿Cuál es ese remedio, papá?

—Dejar de amarle, para lo cual sirven el buen juicio y la reflexión.

—¡Imposible! Dejar de amar á Rodolfo ¡imposible, papá!

Don Juan quedó medio desconcertado, pues comprendió que este *¡imposible!* en boca de su hija apasionada, equivalía á un *non possumus* papal.

La escena pasaba una tarde en el comedor, sentados frente á frente padre é hija. Esta, después de su contestación redonda y categórica, apoyó los codos en el borde de la mesa y escondió el rostro en las manos abiertas, aguardando que arreciara más la tempestad de los labios de don Juan. Digo de los labios solamente, porque tengo para mí que el enojo del papá era más estratégico que positivo. Habíale sin duda, pero no capaz de producir otra cosa que el terrible ruido con que quiso acobardar á Luisa. Pena, sí, que sobraba en el pecho del infeliz viejo que presentía la fu-

tura desgracia de su idolatrada Luisa.

La quedó mirando fijamente con una expresión de dolor y ternura indecible, y brillaron sus ojos con algo que no era el brillo normal; aplicó suavemente á ellos el pañuelo y se le humedeció...

—¡Conque estás irrevocablemente decidida! exclamó, después de un suspiro que en vano quiso reprimir.

—¡Irrevocablemente! repitió ella sin quitar las manos del rostro. Tengo ya un solemne compromiso con Rodolfo.

En este momento llegó don Pedro, que tenía la costumbre de tomar el café todas las tardes con su hermano y su sobrina.

—Al entrar, dijo con el desenfado que le era habitual, he pillado cierto palabra... así... como una resolución... ¿Qué decías, Luisita?

—Sin que ella te lo repita, se apresuró á decir don Juan, puedes adivinar lo que acaba de decirme: eres su confidente y le has ayudado tanto...

—En verdad, conozco algo de cierta historia interesante, agregó don Pedro con la cara animada de sonrisa maliciosa y dando en el hombro de Luisa una palmita. La joven retiró entonces las manos del rostro y miró á su tío con unos ojos que claramente decían: ¡Auxí-

lieme usted!

Don Juan guardaba silencio. Su hermano pidió el café con un grito, cual si estuviese en su propia casa, y comenzó á dar idas y venidas á lo largo del comedor. Trajeron la humeante cafetera que arrojaba aroma delicioso: el viejo echó azúcar en la taza, vertió el líquido, agrególe un poco de agua hirviente, y mientras avivaba el apetito mirando el néctar con ojos cariñosos, encendía en una cerrilla fosfórica un descomunal habano, que le salía como una viga por debajo del alero del bigote pardusco. Dió al fin un sorbo al café y una chupada al cigarro, hundió las manos en los bolsillos del paletó, y continuó las idas y venidas.

—Aun cuando ni tú ni Luisita me expliquen nada, dijo al cabo dirigiéndose á don Juan, me parece que comprendo lo que acaba de ocurrir.

—No es difícil, contestó su hermano con cierto aire de indiferencia.

—No es difícil ¿eh? Pues hombre, qué ha de serlo: ¡si están ustedes con unas caras!...

—Algo inmutadas, no hay duda.

—Caras de *casus belli.* ¡Já, já, já!

—Algo más.

—¿Ha habido hostilidades?

—Y derrota.

—¿Derrota, hermano?

—De mi parte. ¿A qué negarlo?

—¡Vamos! cuéntamelo.

—Que te lo cuente Luisa.

—¡Luisita!

Don Pedro se había detenido en esto delante del padre y la hija, y mirando alternativamente á los dos, despedazaba el habano entre los dientes.

—¡Luisita! repitió, dime eso: ¿qué has hecho para vencer la tenacidad de tu papá?

La joven se pasaba y repasaba el pañuelito de olán por la frente, mientas con la mano izquierda estrujaba un extremo del cinturón de terciopelo azul que le caía á un lado como un cíngulo.

¡Luisita! ¡hija mía! dijo por tercera vez don Pedro, clavando en ella una mirada entre bellaca y amable.

—Pues, tío, le diré...

—¡Echale sin miedo!

—Le diré que papacito...

—¿Qué hay con tu papá? ¡Echale te digo!

—Qué ha de haber sino que me ha exi-

gido un imposible.

—¿Un imposible, eh? Ya voy calando.

—¡Me ha exigido que no ame a Rodolfo y que le olvide!

—Y que no te cases con él.

—Ya se entiende.

—Y ¿qué le has contestado?

—¿No acaba de oirme usted que me ha exigido un imposible?

—¡Ta ta! ya lo calé todo: has constestado que es imposible no amar á Rodolfito y no casarte con él, que tienes ya un solemne compromiso. ¿No es esto? Y el papá ha quedado vencido.

Sacó don Pedro las manos de los bolsillos, se las frotó, apretó el puño de la una con la otra haciendo sonar las coyunturas de los dedos como cohetes chinos, y con miradas chispeantes se volvió á su hermano y le dijo:

—¡Juan! ¡Juan, hombre! mira que tu hija, venciéndote, ha asegurado su felicidad y también la tuya.

—Siempre tú el mismo, Pedro; siempre sin juicio y sin poder mirar las cosas más allá de lo material!

—Y tú siempre bobarron, y siempre con el

empeño de dar á la fortuna con las puertas en las narices; pero, en fin, Luisita, que sabe más que tú y piensa mejor que tú, ha derribado tu voluntad y dado entrada en casa á ese numen benéfico.

—Eso que tú llamas numen benéfico, es la desgracia disfrazada de joven honrado y simpático: dentro de ese Rodolfo que tanto seduce á ustedes, está otro ser que asomará tarde ó temprano feo, repugnante, horrible, y derribará el castillo de la dicha en que tan alegremente sueñan ustedes.

—¡Calla, Juan, por Dios, que ya me vas aburriendo con ese tole! Déjame gozar con el triunfo de mi Luisa.

—Ya callo. Ya no hay más que hacer, sino dejar que mi hija cumpla su voluntad maleada por una pasión incorregible.

—¡Oh! me gusta hallarte respetuoso para con la libre voluntad de tu hija: así deben ser todos los papás.

Don Pedro dió el tiento final á la taza de café, tirando exageradamente atrás la cabeza hasta que caiga la última gota, la más almibarada de todas; chupó con fuerza el cigarro, arrojó tres plumas de humo por boca y narices, y apretó el paso en sus vueltas y revueltas, cual si quisiese desquitar el tiempo perdido delante de su hermano y su sobrina.

—¿Sabes, Juan, dijo luego sin volver á pararse, que me preocupaba la idea de que Luisita pudiera quedarse relegada á la categoría tristísima de solterona? Hoy está salvada aun de esta miseria.

—¡De esta miseria! repitió don Juan con marcada sorna.

—¿Y qué?

—Y que ni en esto pensamos de igual modo tú y yo.

—Ya lo creo: experiencia tengo de tu manera de pensar tan á menudo...

—Tan á menudo tonta, vas á decirme.

—Estrafalaria, cuando menos.

—Mira, Pedro, ha un momento me pedías que callara, y te ofrecí no hablar palabra; mas fuérzasme á lo contrario.

—¿Qué quieres decirme?

—Lo de siempre: que eres un loco.

—Para oírme lo de siempre también: eres un bobo. Estamos pagados, ¿eh?

—Sea; pero escucha.

—Escucho; pero no hables muy largo. Cuando sueltas la taravilla de misionero enfervorizado... ¡Cáspita! ¡que te aguante el diablo!

—No estoy ahora para larguras. Oye.

—¡Tole! Ya he dicho que te oigo.

—Quien ha pasado toda su vida, hasta llegar á los sesenta, haciendo ascos al matrimonio, á fe que no tiene derecho de hablar mal de la soltería.

Don Juan descargaba á quemarropa.—Huuum! rugió don Pedro, no hallando palabra con que devolver el tiro; y la pagó el habano que fué triturado con violencia por las muelas, que no ya por los dientes del viejo.

Su hermano guardó un momento de silencio mirándole de hito en hito con maliciosa complacencia.

—Como quiera que sea, mi querido Pedro, continuó, es la verdad que has hecho bien de no casarte...

—¡Huuum! volvió á mugir. el hermano de don Juan, escupiendo las piltrafas del cigarro y limpiándose labios y narices con un pañuelo de seda, que hecho una pelota, fué en seguida hundido con fuerza en el bolsillo del paletó.

—Sí, Pedro mío, acertaste: soltero, no lo has pasado mal; casado, además de tu propia desgracia, habrías labrado la de tu mujer y tus hijos. Esto para lo concreto, aunque te amargue la verdad que acabo de hacerte tragar.

En cuanto á lo general, si hacen bien quienes se casan, porque tienen favorables condiciones para ese estado bendito, pero difícil, no hacen mal, no, cuantos temiendo una mala suerte en compañía de otros, prefieren hacer solos la peregrinación de la vida. Errados van los que en manera absoluta reprueban la soltería, y raya en vulgaridad, ya es cosa de pésimo gusto, la burla que se hace á los solterones, y sobre todo á las solteronas. Estas, y las beatas y los frailes han llegado á ser el platillo obligado de la charla de los necios.

—¡Eh, Juan! y me decías que no estabas para larguras!

—Como se trataba de Luisa...

—Pero, hombre de Judas, si no has dicho una sílaba de ella.

—¿No has comprendido que mi razonamiento se encaminaba á expresar que no me disgustaría ver solterona á mi hija?

—Pero á ella, sí, le ha parecido más aceptable el empleo de cuidar marido é hijos, que no gatos ni perritos falderos.

—Y yo respeto su querer, por extraviado que vaya. He trabajado lo posible por disuadirla de su intento; ella se ha plantado en sus trece, pues ¡amén! Cuando venga la pena, que seguirá irremediablemente á la culpa, no ten-

drá de qué acusar á su padre.

—¿Qué dices, Luisita, de las cosas de tu papá? dijo don Pedro en tono alegre, y tornando á golpear suavemente el hombro de la joven.

—Yo, contestó ella que no había perdido ni una palabra del diálogo de los viejos, y entre risueña y cortada; yo,.. ¿qué voy á decir?

—Pues, algo: tú eres la más interesada en este asunto, ó más bien eres el asunto mismo. Conque ¿no dices nada?

—Si me obliga usted á hablar... digo... que papá debe tener mucha razón... Yo quisiera obedecerle;... pero... pero...

—¿Pero qué, Luisita?

—¡Pero si amo tanto á Rodolfo!

—¡Eh, Juan, desbarátame ese argumento!

—Con él me ha vencido. ¡Que se case! Feliz conmigo, la he bendecido siempre; desgraciada con un mal marido, la bendeciré con más fervor y ternura.

* * *

Pocos días después Rodolfo y Luisa eran marido y mujer; eso sí, no sin que hubiesen precedido, á guisa de monitorias, chismes, co-

mentarios picantes y revelaciones tontas de cosas ocurridas ó por ocurrir. En nuestra tierra por maravilla se celebra un matrimonio en paz, sin que la maledicencia fecundice la imaginación y mueva la lengua de los noveleros y los ociosos. La noche del enlace, lo menos la mitad de la población se agolpó en el templo para satisfacer la curiosidad bastante sosa de oir el *sí* de los novios, de ver qué traje llevaba la novia, con qué ojos la miraba el novio; y si se les trabó la lengua, y si les temblaron las manos, etc. En ese acto en voz baja, y fuera ya del templo con menos cautela, los mozos díscolos soltaron chistes colorados; y no faltó muchachas de las que miran en el himeneo la dicha suprema de la vida, que sintiesen en el corazón las cosquillas de la envidia.

A casa de don Juan concurrieron numerosos convidados. Don Pedro estuvo hecho unas pascuas, y como se hallase de frac y las manos sin el recurso de los bolsillos, sus habituales escondites, las frotaciones y el triquitraque de los dedos eran de cada momento. También eran frecuentes sus visitas al fumadero y chupaba cigarros y los mascaba con más entusiasmo que de costumbre. Don Juan, obedeciendo á las exigencias de la urbanidad, escondía su pena en el fondo del pecho y se mostraba risueño, afable y comedido con todos. En cada encuentro con su hermano recibía de lleno su chispeante mirada que parecía decirle: Mira,

bobo, qué bueno es todo esto! mira como empieza la ventura de Luisita!

Y hubo piano, y se cantó y se bailó; y hubo *mantel largo*, y floreros coronados de rosas y azucenas, y botellas limpias y transparentes que provocaban, siquiera sea con lo verosímil de los más exquisitos vinos, y copas y vasos que parecían de agua cristalina solidificada; y docenas de níveas espermas en sendos candelabros de retorcidos brazos, de los cuales pendían bellísimos prismas, derramaban brillante luz que se multiplicaba en los cristales. Excusado es decir que los manjares fueron selectos y la manera de servirlos por extremo correcta; ni para qué decir tampoco que en eso de darles al diente y de besar la copa nadie se anduvo con melindres.

Llenos los vientres, calientes las cabezas, el buen humor cien grados sobre cero y fáciles las lenguas, salieron á relucir los afectos de los comensales para con los novios en forma de elocuentes brindis. Quien suponga que el más ardoroso y fecundo brindador fué don Pedro, dará en el clavo. Hasta lloró de ternura y gozo cuando dijo que había cumplido el mayor deseo de su vida al ver casados á Rodolfito y Luisita, á quienes el destino había llamado á pasar la existencia nadando en la riqueza, el boato y la felicidad. Rodolfo contestó que no era otro su anhelo, sino labrar

la ventura de su amada Luisa en el mundo. Don Juan se animó á soltar su par de frases con cierta intencioncilla que no se ocultó á unos pocos comensales; llenó, pues, una copa, alzóla y dijo: «Un sacerdote en nombre de Dios ha bendecido el enlace de mis hijos; ¡que esa bendición sea eficaz para que Rodolfo y Luisa creen una familia cristiana y sean dichosos no sólo en este mundo!». Ahí fué, más que al remate de los otros brindis, el golpear de los concurrentes manos y mesa, el hacer chocar unos vasos con otros en señal de fraternidad, y el ¡bravo! bravo! y el ¡vivan los novios! En seguida, y como forzados por la política, vinieron los *pagos* de las muestras de atención recibidas: «Señor don Fulano, ¡salud!» «¡Gracias!» «Señorita doña Mengana, ¡felicidad!» Y la dama, alzando la copa, daba gracias con una sonrisita. «Don Perencejo, ¡los dos!» «¡Con mucho gusto!» «Zutanita, por eso que sabemos...» Y la Zutanita, poniéndose colorada, llegaba la copa á los labios.

Al cabo dejaron todos sus asientos y volvieron al salón; iba la novia de bracero con el padrino, el novio con la madrina, y cada joven halló su pareja entre las jóvenes, y algún lerdo en buscar esta conveniencia, mal su grado consentía en que se le colgase del brazo la mamá de un amigo, obesa y molondra, ó alguna tía con más arrugas que una vejiga seca y tantas pretensiones de guapa como arrugas. Los no-

vios después, asidos estrechamente del brazo y diciéndose dulzuras en voz muy baja, comenzaron á pasear á lo largo del salón, no sin dar con frecuencia con don Pedro, que les hacía encontradizo para echarles algún piropo; algunos viejos, repantigados en los sofás, sentían los efectos de los manjares y el vino almacenados en el estómago, y cerraban los ojos bajo el peso de un torpe sueño; los mozos charlaban con las compañeras que habían traído del comedor, ó formaban grupos de tres y cuatro en los ángulos de la pieza y discutían sobre literatura, política y otras cosas, según su inclinación y el estado de su cabeza; no faltaban quienes entrasen en explicaciones de antiguos enojos y se daban apretados abrazos en señal de cordial reconciliación ó quienes por primera vez se amistaban, demostrando pena por no haberse conocido y tratado antes. Todo esto, ya se ve, debía ser eterno, según lo juraban y rejuraban... á no venir dentro de cuatro ó cinco horas la luz de la mañana y el ambiente de un nuevo día á alumbrar bien las caras de todos y á disipar de cabezas y pechos los vapores del festín.

—Señores, es hora del café, dijo don Juan; y en seguida entraron cuatro pajes con grandes bandejas llenas de fina porcelana, y otros cuatro con azucareras de cristal y jarras de bruñido plaqué, en que humeaban el oloroso líquido, la espumosa leche y el agua. Los ca-

balleros pusieron las primeras tazas en manos de las señoras y señoritas, después tomaron otras para sí, y los pajes sirvieron según el gusto de cada cual.

—Yo tomo café puro.

—Yo con leche.

—Yo con poco azúcar.

—A mí me gusta jarabe de café.

—Hombre, no sea usted bárbaro; si eso revuelve la bilis.

—¿No gusta usted echarle una puntita de cognac?

—No, gracias.

—¿Y usted?

—Yo sí: pero no le ponga mucho; una cucharada y nada más.

—¿Y usted?

—Ni café ni cognac, sino leche pura.

—¡José! leche para este caballero.

—Señor don Juan, para mí sólo un poco de agua caliente con un terroncido de azúcar.

—¿Nada más?

—Si usted es tan amable, agréguele una copita de uva.

—¡Ah! Usted es decidido por el gloriado.

—Cierto; si el gloriado es bebida deliciosa!

—¡Bah! don Melitón, el gloriado es bueno sólo por la mañana.

—¡Mariano!

—¡Patrón!

—Sirve agua caliente al señor don Melitón. Hace bien de pedir y tomar lo que más le agrada.

—¡Tolondrón del diantre! ¡Ya me bañaste y quemaste!

—Pedro, si tú le diste el codazo al paje.

—¡Cáspita!—exclamó don Melitón, soltando la taza, que se hizo doce en el pavimento: este bruto me escaldó las manos.

—Si el patrón don Pedro...!

—¡Huuum! murmuró éste, y pensó con justicia que el bueno del paje le endosaba aquella palabrota.

Don Juan sonrió mirando á su hermano.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué hubo?

—Nada; no ha pasado nada, se apresuró a contestar don Juan á los curiosos, atraídos por la catástrofe.

—¡El digestivo! exclamó en esto un joven alegre dando palmadas; pianista, ¡el digestivo! ¡Una polka!

Sonó el piano. Los concurrentes dispersos en el salón hicieron campo, y cuatro parejas se lanzaron á sacudirse en compasados y armónicos movimientos.

—¿Ha visto usted cosa más fuera de tino, dijo una tía cariagria á otra tía *macuca,* que este baile hallándose una con el vientre lleno y pesado?

La observación fué justa, por vida de cuatro; aunque perdió la mitad de su mérito, por venir de parte de una señora relegada al olvido por todos los bailarines.

Y prácticamente corroborada fué la observación: ¡qué mal lo hicieron esas parejas en la *danza digestiva!* Terpsícore anduvo mezquina en conceder sus gracias á quienes acababan de honrar al dios de la gastronomía y del vino. Sea porque así lo comprendieron hasta los jóvenes más entusiastas, ó por otros motivos, las cuatro parejas no tuvieron imitadores, y pronto quedaron en tres, luego en dos, por último en una, y esta una desapareció no bien avenida con el aislamiento, y sobre todo, porque calló el piano. Comenzaron á menudear los bostezos, iba asosándose la conversación, se consultaba muy á menudo los relojes y no

faltaba mamá que arrellanada en su sillón y vencida del sueño, hacía con la cabeza señas afirmativas ó negativas.

Al fin, unos apretando las manos á don Juan y á los novios, y otros furtivamente, los convidados iban poco á poco largándose del salón. Pasaban á la pieza donde habían depositado capas, sobretodos y sombreros. Parecía que manos habituadas á manejos políticos hubiesen entrado á ese aposento: ¡qué endiablado revoltillo! Cada uno tomó lo que pudo, y á éste no le llegaba á la corva la capa de un cuasililipudo, y al otro le faltaban espaldas y brazos para un sobretodo como un almofrej, y al de más allá le quedaba el sombrero como diadema de San Antonio: ni faltó chapeo que tuvo treinta centímetros de copa y apareció de cuatro, gracias á las posaderas de algún paje que descansaron sobre él.

Los últimos en salir fueron los novios que, acompañados de don Juan y don Pedro, se encaminaron á la casa que Rodolfo había preparado para establecer su hogar.

* * *

Al despedirse de los novios los dos hermanos á la puerta de la cámara nupcial, don Juan les dijo con voz conmovida: —¡Hijos míos, Dios os bendiga! ¡Dios os colme de felicidad!

Y ajustó la mano á Rodolfo y abrazó estrechamente á Luisa, que sintió caer sobre ella algunas lágrimas, mientras las suyas abundantes mojaban el pecho de su afligido papá.

—¡Eh, chiquillos! exclamó don Pedro en tono jovial, ajustando á los dos en un solo abrazo; ¡sed dichosos! ¡que la fortuna no deje de sonreiros nunca y viváis rodeados de bienestar y de placeres! Hasta mañana, y que ambos durmáis bien y soñéis cosas bonitas.

¡Bah! como si los dos hubiesen sido unos indiferentes ó unos simplones, para poder dormir bien la primera noche del matrimonio! Cuando uno no es un bendito, junto al ángel de las delicias que riega flores sobre el lecho de los recién casados y le rocía de esencia celestial, mira un fantasma medroso que se empeña en recoger esas flores y secar esa esencia: es el mal genio de la preocupación acerca de lo porvenir. El matrimonio ha abierto un abismo entre la vida de libertad, de regocijo, vacía de temores y llena de esperanzas halagüeñas, que queda atrás, y la vida que empieza al influjo poderoso de un par de *sies* y de la bendición que cae de la diestra del sacerdote como un fardo repleto de deberes muy serios, de verdades antes no conocidas, de amarguras no probadas por los corazones exentos de la coyunda nupcial. Frecuentemente hay amor en quienes se unen en matrimonio; á

veces hay mucho y ardiente amor; ¿pero es grande, es cabal la confianza que mutuamente se inspiran? ¿Quién no se ha preguntado con cierto triste recelo, al tiempo de unirse y en los primeros días de la unión: ¿qué oculturá el corazón de mi esposo, qué secreto esconderá el corazón de mi esposa? Este amor de ahora, ¿tendrá raíces profundas, ó estará falsamente adherido sólo á mi belleza, que se marchitará luego, ó á mi posición social, que depende de circunstancias que no son mías, ó á mi riqueza, que puede desaparecer al golpe de un contratiempo? ¿Deberé confiar ciegamente? ¿Deberé desconfiar, aunque esto acibare la copa del placer que se me da hoy acercar á los labios? Y el presente fluctúa entre el pasado y el futuro, como ligera nube en la mitad del espacio, que impelida por el viento ha dejado muy lejos el oriente donde nació en hermosa mañana, y por fuerza descenderá al ocaso á convertirse quizás en nubarrón de tempestad. Y el corazón tiene suspiros para los recuerdos dulcísimos del tiempo que fué, y estremecimientos cobardes para las incertidumbres del que va á venir, que comienza ya. Se piensa, se medita, se espera, se desea, se recela, se teme; la idea de que el sér moral de uno se compone ya de dos; las palpitaciones de otro corazón que hacen dúo con las del propio; la voluntad de una alma ayer ajena y que hoy viene á contrabalancear la del alma propia; los

hijos que la imaginación se anticipa á crear y que se los ve entre los encantos de la paternidad y los temores de un sepulcro que va á tragarlos prematuramente; ó, si no es esto, entre los resplandores de las virtudes á que los ha llevado la educación cristiana, y de los cuales muy luego los arrebata el viento nocivo de una civilización mal entendida y por entero mundana y material, para arrojarlos en el abismo tenebroso donde sólo hay llanto y crujir de dientes. ¡Los hijos! y si ellos faltan, ¡qué silencio tan angustioso en el hogar, qué desierto del corazón, qué desabrimiento del alma! ¡qué matrimonio tan sin objeto, tan inútil para los que le buscaron y para la sociedad, tan extraños á los fines que Dios se propuso cuando lo estableció!... todo esto ¿es para que se pueda dormir bien la primera noche de las nupcias, y ni aun otras noches, ni para que se pueda permanecer sosegado otras horas de silencio en que uno contempla su destino social y moral vuelto de abajo para arriba y de adentro para afuera? No, señor; y tengo para mí que si hay quien duerma tranquilo en tales condiciones, el tal es un tonto ó, cuando menos, se da al sueño como si lo fuese.

Rodolfo había invitado á su padre político, a don Pedro y algunos amigos á que al día siguiente almorzaran con él. Los dos hermanos concurrieron primero; sobraba el motivo, en especial para don Juan que pasó la no-

che pensando en su hija y muy triste: parecíale que la tenía á cien leguas y que no la había visto años. La halló un tanto pálida y con los ojos más lánguidos que de costumbre; al *Papacito, buenos días,* que le dirigió abrazándole, precedió una sonrisa en la cual don Juan creyó descubrir mixtura de melancolía. Luego fijó en su esposo una mirada furtiva llena de pasión y pudor, cual si con ella quisiese decirle:—¡Ah! ¡qué sacrificio el que me debes! Rodolfo estaba seductor, como para justificar la pasión que había infundido en su Luisa; pero en medio de su finísima urbanidad y del afecto que rebosaba su pecho para con don Juan y don Pedro, en el semblante mostraba también algo que era...así... como una preocupación, como el efecto de algún temorcillo que le había mordido su poco el alma. Pues ¡claro está! padeció insomnio, y durante él había meditado en el matrimonio con más ahínco que antes de llevarlo á término.

Mientras llegaban los demás convidados Rodolfo y Luisa quisieron que su padre y su tío conocieran la casa y ajuar que el previsivo y cuidadoso novio había preparado. En nada había lujo, pero en todo sobraba decencia y buen gusto. No quiero describir cuarto por cuarto ni mueble por mueble; porque, ¿cuál de mis lectores no conoce algunas casas en las que el buen juicio de sus dueños ha dado cabida al arte, no al boato, al aseo y la como-

didad y no al capricho, á veces ridículo, de la moda? Sin embargo, haré una excepción con el dormitorio: era espacioso, con el tapiz azul claro, el pavimento de tripe color de plomo, el lecho de cedro charolado y con cortinas blancas, un precioso velador de caoba con tablero de mármol gris, y colgadas de la pared, frente al lecho, dos lindas láminas de litografía en molduras doradas; la una representaba el Silencio, y era un genio con las alas plegadas y el dedo en los labios; la otra era el Sueño—un niño dormido en tanto que Morfeo deshojaba sobre él flores de beleño.

Don Pedro estaba de triunfo, sacaba el pecho más de lo acostumbrado, levantaba la frente como para que todos la mirasen bien, fumaba con entusiasmo y echaba grandes boconadas de humo, sin dejar en tanto de frotarse las manos, cuyo flojo y arrugado cutis había tomado el desvahido rojo de patas de paloma. Todo lo miraba con atención y lo celebraba en frases hiperbólicas, haciéndolo notar su hermano con cierta malicia que traducida á buenos términos decía:—Mira, zoquete, cuánto bueno; mira si yo no tenía razón de empeñarme en este matrimonio; mira si Luisita no será feliz. Don Juan asentía con moderación á las alabanzas incondicionales de don Pedro:—En verdad, decía, esto es bueno; estos muebles son muy decentes; aquí hay muy buen gusto; aquí se ha consultado perfectamente la comodidad; pero...

—¡Ya sales, Juan, con tu pero!

Rodolfo y Luisa se habían alejado ese momento; el papá de ésta no temió ser escuchado por ellos y continuó á media voz:—No hay cosa humana que no tenga su pero; más en las de Rodolfo asoma como en ninguna, cuando se las contempla con ojos cristianos: ¿no adviertes, Pedro, en todas estas bellezas y comodidas algo de pagano, por la ausencia de todo cuanto pudiera anunciar que sus dueños tienen creencias y costumbres religiosas?

La observación desconcertó no poco á don Pedro, que iba, sin embargo, á replicar; pero llegaron otros convidados, un paje anunció que el almuerzo estaba listo y Rodolfo invitó á todos con maneras muy cultas á que pasaran al comedor. La mesa fué digna del delicado y simpático anfitrión. Exquisitos manjares, vinos deliciosos, frescas flores que derramaban suave fragancia, conversación animada y chispeante ordenada por la más cumplida urbanidad... ¿qué más podía desearse para pasarlo muy bien las dos horas que duró el almuerzo? Don Pedro fué el único algo mortificado en todo él por el comején que le produjera la, para su juicio, impertinente censura de su hermano; con todo, no dejó de mostrarse jovial y decidor, y aun de echar su par de brindis en elogio de los novios. Se reservaba, eso sí, á entrar en explicaciones con don Juan por aquella bobería del paganismo de la casa de Rodolfo.

Se acabó el almuerzo, se fueron los convidados á sus casas, los recién casados se quedaron en la suya, naturalmente: todo volvió al orden normal de la vida, ó más bien para Rodolfo y Luisa, comenzaba ese orden. Sólo don Pedro, bajo no sé qué pretexto, retardó la partida, y, dando unos paseos en el salón, cuchicheó media hora con su nuevo sobrino, en cuyo brazo se apoyaba con la confianza que se había aumentado en virtud de los lazos de familia que acababan de unirlos.

—Hijo, mira, decía á Rodolfo con su poco de misterio, es preciso evitar todo disgusto: algo de diplomacia, ¿eh? Me entiendes. El amor á tu Luisita lo requiere; y es también necesaria para calmar las aprensiones del bonazo de mi hermano.

—Sí, tío, contestaba Rodolfo, es como dice usted; pero enmendaremos la plana; ¡nada cuesta! Lo que deseo es tener contentos á mi Luisa y á su papá.

Don Juan y don Pedro veían todos los días, ó más bien todas la noches, á Rodolfo y Luisa. Lo común era que todos se reuniesen en casa del primero, donde se entretenían en departir sobre varias materias y cenaban; pero se había establecido el tener la tertulia los domingos en casa de los últimos. Rodolfo gustaba de hablar de negocios, pues su ocupación era el comercio; don Juan le ayudaba con sus

juiciosas reflexiones; mas prefería hablar de agricultura, y cuando advertidamente ó no, traía á sus discursos los nombres de Dios ó la Providencia, su yerno sonreía con mal disimulada malicia y cierto airecillo de compasivo desdén, y daba presto otro giro á la conversación, á lo cual cooperaba don Pedro; su hermano no insistía, suspiraba y dejábase llevar de los dos. Rodolfo, eso sí, se cuidaba de no soltar ni una frase que pudiera escandalizar á nadie, y, por el contrario, no dejaba pasar ocasión oportuna, sin dar á entender que era tolerante, y que le placía mucho que cada cual pensase, creyese y practicase su creencia con entera libertad. Luisa buscaba modo de que en la tertulia se hallaran unas dos ó tres amigas de confianza con quienes pudiera conversar de cosas mujeriles ó domésticas, y tocaba el piano y cantaba, y así prohibía al demonio del aburrimiento que le invadiese el ánimo y á los bostezos que viniesen á abrirle la boca y á dañarle la belleza del rostro. Una de las peores fealdades de la cara humana es la del hueco enorme y oscuro que el bostezo abre en ella, y hacen bien, las mujeres sobre todo, de taparlo con el pañuelo ó siquiera con la mano. Cuéntase que una muchacha bonita perdió su novio á causa de un bostezo descomunal que le asustó.

Un día, pocas semanas después del almuerzo en casa de Rodolfo, don Pedro se valió del

primer pretexto que se le ocurrió para llevar á ella temprano á don Juan.

—¿Y Luisita?

—La señora, contestó el paje, está haciendo no sé qué arreglo en el dormitorio.

—Bien, replicó don Pedro; vamos á sorprenderla.

Y seguido de su hermano se metió al aposento. Luisita se ocupaba en contemplar atentamente algo en la mitad de una de las paredes: allí pendían, en sustitución de las litografías del Sueño y el Silencio, un bellísimo cuadro de la Virgen y un no menos hermoso Crucifijo. Veíase al pie de éste un magnífico reclinatorio con conjines de terciopelo azul.

—Como que rezabas, Luisita.

—No, tío: me hallaba embelesada delante de estas lindas imágenes que ayer me trajo Rodolfo.

—¡Rodolfo!—exclamó don Pedro fingiendo asombro; y volviéndose á don Juan le dijo con los ojos con más claridad que si lo expresase con la lengua:—¡Mira las cosas que hace el pagano de tu yerno!

—Efectivamente, dijo el papá de Luisa, que había comprendido el lenguaje ocular de su hermano, estas efigies son preciosas é infunden devoción.

—Imagine usted, papá, lo contenta que estaré y cuánto habré agradecido á Rodolfo.

—La mitad de tu agradecimiento tiene en conciencia que dividir tu marido con tu tío Pedro, replicó el viejo con sonrisa maliciosa y mirando fijamente al otro.

—¿Sí, papá? ¿Conque mi querido tío Perico ha contribuído...?

—En nada, hijita, en nada, se apresuró á decir don Pedro, sin poder ocultar que la pulla de su hermano le había amostazado su poquillo. El mérito del regalo, añadió, y de haber cristianizado esta casa es todo de Rodolfito. ¡Qué! si no se ha visto joven más para todo! ¡Cómo las entiende! Al fin, hermano, verás cómo Luisita le hace postrarse de rodillas en este reclinatorio, y rezar y golpearse el pecho.

—No me gustaría,

—¡Juan!

—Como acabas de oirme.

—¡Qué cosas las tuyas! no seas bobo.

—¡Oye, pobre loco: si Luisa consiguiese hacer el milagro, ó más bien si lo alcanzara del Cielo, de convertir á su marido en un buen cristiano, santa y laudable cosa que se postrase, que rezara, que se diera golpes de pecho;

pero si hiciese todo esto por dar gusto á su mujer, no haría sino cargarse de una culpa más ante Dios y de una ridiculez ante los hombres. Menos malo que ser hipócrita es ser consecuente con el error. Estoy satisfecho de que Rodolfo haya dado á mi hija el contento de obsequiarla con las imágenes de Jesús y María y con un reclinatorio; pero si yo le viera santiguarse y hacerse el que ora, mientras interiormente se está burlando de la creencia de Dios y rindiendo impío culto á la materia, á fe que sería capaz de darle bofetadas y escupirle.

—¡Pero, Juan, no te exaltes.

—¡Pero papá!...

—¡Exaltarme! No, Pedro; no, mi hija. Sólo expreso mi sentir... así, así... con esa manera franca y algo caliente que me es genial.

Don Pedro, después del ¡huuum! que le arrancaban siempre las cosas que no eran de su agrado y no podía contradecir, encendió un habano que comenzó á chupar y mascar alternativamente, y enfundó las manos en los bolsillos. La ocasión no era para frotárselas como otras veces. Don Juan, entretando, se había acercado á una consola, y recorría los títulos de unos lindos volúmenes enfilados en ella. Luisa, al observarlo, le dijo tímidamente:

—Son unas obritas morales y de religión, que esta mañana me trajo Rodolfo.

—¿Sí, mi hija? contestó el viejo trashojando uno de los libros. Bien... muy bien... esto es precioso... y muy útil para tí. Te felicito por este regalo como por el de las imágenes. Es indudable que tu marido te quiere mucho.

—Cada día me da mayores muestras de ello.

—Sí, mi hija: esas muestras están patentes.

Don Pedro, sin quitarse el cigarro de la boca y sacando una sola mano del bolsillo, se había inclinado también sobre la consola y pasaba rápidamente las hojas ya de un libro, ya de otro, buscando estampas y sin leer nada.

—¡Oh! dijo como hablando sólo para sí, ¡qué belleza! ¡qué *ricura*! Y se animó á añadir con bastante sorna, mirando de reojo á don Juan:

—El descreído de tu yerno sabe hacer cosas de todo un creyente.

—En efecto, siquiera sea sólo para su esposa, que lo es. Te repito que estoy satisfecho de que Rodolfo, no solamente sea respetuoso para con la fe y las virtudes de Luisa, sino que hasta le proporcione objetos de devoción y buenos libros; todo esto tiene su mérito y está diciendo que Rodolfo no es un joven vulgar.

—¡Bah! ¿no te lo he dicho yo mil veces?

—Cierto. Es una lástima que... En fin,

algo es algo. Espero que así continuará...

—No lo dudes; así, y aún mejor que mejor cada día.

—Hasta aquí el materialismo de mi hijo político parece que no perjudicará sino á este desdichado; á menos que el perjuicio de si propio llegue á tal punto, que rebose y se derrame sobre Luisa. ¿Qué difícil es que sobrevenga ese triste caso? Los elementos malos que luchan contra los buenos en el corazón del hombre, no son estériles, y menos para quien vive íntimamente unido á él.

—Luisita es invulnerable.

—Para el influjo del error y el vicio, quizás lo sea; más para el pesar, no lo creas, mi querido Pedro. Contra los primeros, mi hija puede vivir apercibida; contra el último, no cabe sino que desde ahora vaya haciendo un gran acopio de resignacion. ¡Pobrecita! ¡cuántas amarguras le esperan junto á un marido que, hundido en las absurdidades de las negaciones impías, no podrá tener valor contra las adversidades, ni medios de alejar de ellas á su esposa y á sus hijos, si llega a tenerlos.

—¡Dale que le das, bobón! ¿No has de poder sacudirte de esas ideas tenebrosas? Calla, á lo menos para no que te oiga Luisita, á quien pudieran causer mucho daño.

—¿Daño á Luisita con mis ideas? Si los gérmenes del daño, mi Pedro, ya están en el campo de su vida, sembrados por ella misma, y no falta sino la ocasión que los desarrolle.

En seguida don Juan puso en orden los libros, y volviéndose á su hija que se le acercaba, le tomó las manos y acariciándoselas le dijo con jovialidad:—Señorita, o más bien señora, puesto que ya está usted enmaridada, todo está muy bueno y yo muy complacido. Rodolfo es un buen muchacho, honrado, prudente y caballeroso. Siento, añadió sonriéndose, no poder redondear el elogio dándole también el calificativo de buen católico: ya sabes, mi hija, que yo no sé decir lo que no siento ni andarme en circunloquios.

Luisa miró á su padre con ojos amabilísimos, en el fondo de los cuales el observador menos lince pudo haber descubierto que se movían sombras de pena: ¡don Juan no había podido hacer de Rodolfo un cumplido elogio! ¡y ella comprendía muy bien que su idolatrado Rodolfo tenía la culpa para esto! Estaba cumpliéndose *incontinenti* parte de aquello que pocos minutos antes decía el sesudo don Juan al superficial don Pedro: para el pesar no hay corazón invulnerable, y no cabe otra cosa sino que uno se provea de gran acopio de resignación. No podían faltar á la dicha de Luisa manchas ocasionadas por el mismo que se la

daba. Y esto era por el pronto... ¡Después!...

A la mirada de la hija contestó el padre con otra llena también de ternura; y, como para atenuar el triste efecto que en Luisa había causado la declaración de don Juan de no poder hacer de Rodolfo toda la alabanza que ella deseaba, el viejo continuó:

—Yo aprecio mucho el respeto de tu marido á tu fe y conciencia, y su mérito en esto sobresale tanto más, cuanto era de temerse que se propusiera seguir el ejemplo de cierto amigo suyo, que se empeña en amoldar en un todo las ideas de su mujer á las propias, tan erróneas y absurdas como las de Rodolfo.

—¿Alude usted, papá, á Miglerio?

—Efectivamente.

—¡Oh! ese hombre es un bárbaro con su esposa!

—Algo más que bárbaro, hija mía: es un infame que tortura el alma de la infeliz Clemira.

—Para que usted complete la favorable idea que le merece Rodolfo, agregó Luisa con viveza, le contaré, papacito, que cuando recuerda la conducta de Miglerio, lo hace con indignación.

—¿Verdad, hija mía? Pues crece mi esperanza de que el santuario de tu conciencia no

será profanado. ¡Miglerio!... ¡qué hombre!... Yo sé tantas cosas de él, y aun le he oído discurrir sobre puntos de filosofía y religión. Para él todo es materia; el universo es obra de sí mismo; no hay alma, no hay espiritualidad en nada; hasta las ideas son emanaciones del organismo material, y nada más: brotan del cerebro como las flores brotan de su rama, etc. Y á estos absurdos y á otros que son sus consecuencias quiere arrastrar á Clemira. Esta es cristiana y aun piadoso, como eres tú y como son generalmente nuestras mujeres; pero Miglerio, sin conseguir, según presumo, arrancarle ni lo más mínimo de su fe y sentimientos religiosos, le ha prohibido en modo absoluto que concurra á la iglesia, que converse con sacerdotes ni personas devotas, que tenga ó lea libros que hablen de Dios y de los santos, ni que conserve en su casa imágenes de éstos, siquiera sea como obras de arte. ¡Qué situación tan horrible para esa desventurada mujer! Ella aferrada á su Dios, y su esposo tirándola violentamente para arrancarla de El: ella sintiéndose con alma, y Miglerio atormentándola para que renuncie ese sentimiento; ella aspirando á lo espiritual é infinito, y él pugnando con todas sus fuerzas por clavarla en el barro del mundo.

—Juan, hombre, tienes razón: ese tal Miglerio que piensa que las ideas son rocalla y los afectos figuras de palo, algo más que un

bárbaro es un inf...

La súbita aparición de Rodolfo cortó la palabra en los labios de don Pedro.

—¡Mi papá y mi tío por aquí! exclamó el joven con muestras de alegría. Pero, Luisita, ¿por qué los has recibido en el dormitorio y no en el salón?

—Vinieron... entraron... murmuró Luisa algo turbada, pero contenta.

—Nos hemos colocado en el *sancta-sanctorum* de tu casa, se apresuró á decir el suegro para sacar del apurillo á la joven, porque aquí y no en el salón teníamos que ver las bellísimas efigies que has regalado a Luisa.

—¡Ah! ya ya. ¿Le parecen á usted bien esas obras artísticas con que he adornado el dormitorio?

—Ya me has oído: me parecen bellísimas, y además de obras de arte, son...

—Son devotas y excelentes para mi Luisa.

—Y para cualquier cristiano.

—Ya lo creo. Pero las he puesto ahí exclusivamente para Luisita. Le gusta tanto creer y rezar. Hace bien.

—Hace perfectamente.

—Sobre todo, eso no se opone á que uno

haga buenos negocios y gane dinero.

—No cabe duda.

—Y á que nos amemos mucho Luisita y yo, y nos pasemos buena vida en este mundo.

Omitimos el resto de la conversación, en la que terciaron poco don Pedro y Luisa, porque no interesaría á los lectores. Todo fué cosa de negocios por activa y negocios por pasiva, pues Rodolfo se hallaba metido en ellos hasta las cachas. Sólo añadiremos que don Juan aconsejó á su yerno que no fuese por extremo atrevido en sus operaciones mercantiles, pues la falta de prudencia suele traer fracasos irreparables. De cien negocios audaces, noventa por lo menos abren abismos en que se hunden las riquezas, en vez de levantar montañas de oro; y frecuentemente el hundimiento se verifica inclusive la honra y aun la vida del negociante.

* * *

El pensamiento dominante de Rodolfo, su magna aspiración, eran los de ser muy rico para llenar holgadamente todas las necesidades propias y de su familia, y si hubiese superávit, gastarlo á mano abierta aun en lo innecesario. Y quería enriquecerse pronto á fin de tener el mayor número posible de años repletos de oro y ventura.—¿En qué está la gracia, solía decir,

de trabajar veinte ó treinta años para no gozar sino diez? Debe ser lo contrario, esto es, trabajar diez para descansar y gozar treinta.

Faltaban dos ó tres días para el aniversario del matrimonio, y tan bien les había ido á Rodolfo y Luisa, que resolvieron festejar el remate de esas doce lunas de miel con una gira campestre con don Juan, don Pedro y unos pocos amigos y amigas de confianza, en una preciosa quinta que poseían.

Para que la ventura fuese completa, hacía tres meses que en figura de serafín había venido á regocijar á los dos esposos un Rodolfito. ¡Qué criatura! repito que era un serafín y todo queda dicho en su elogio.

Además, Rodolfo deseaba celebrar *á priori* un gran triunfo mercantil. Se le presentó un negocio que podía duplicar de golpe sus bienes de fortuna. La operación era atrevida; pero ¿qué á él esta condición? Sobrábale audacia; y luego había meditado lo bastante y puesto los medios que creía necesarios para asegurar el buen éxito. Don Juan, sin embargo, entró en recelos y aconsejó á su yerno que no se expusiese á una pérdida gravísima por adquirir sobresalto una riqueza que valía más buscarla de poco en poco, pero con seguridad. Nada oyó Rodolfo, pues mayor confianza le inspiraban sus propios cálculos y combinaciones que los ajenos. El capital que empleaba en sus

transacciones comerciales era principalmente su crédito, que había llegado á ser bien conocido y apreciado en muchas casas europeas. Solicitó de los principales de éstas y logró sin dificultad que le prolongasen los plazos, y el caudal destinado á cancelar sus obligaciones lo fué depositando en un Banco riquísimo y de honradez conocida. Muy pronto con ese dinero debía rematar un negocio celebrado con una casa en liquidación, y en el cual con toda certeza le quedaría una ganancia del cincuenta por ciento.

Rodolfo esperaba de un día á otro que le comunicaran de París la finalización de las cuentas de la casa que cesaba y el pago hecho por las mercaderías negociadas con el caudal depositado en el Banco. Algo inquieto estaba pasándolo, mas no porque temiese ningún mal resultado, sino porque, para la vehemencia de su genio, tardaba más de lo necesario la feliz coronación del negocio. Aún no había telégrafo en nuestra República, y era preciso aguardar, para saber noticias del Viejo Mundo, la llegada de los vapores.

Rodolfo y Luisa se habían adelantado á la quinta para preparar la recepción de don Juan, don Pedro y demás invitados del modo más conveniente. Eran los dos tan expeditos, que cuando querían se tornaban en buenos quinteros, y hacían vida campestre con todo cuanto

es menester para no echar de menos las comodidades de la ciudad. Componíase la posesión de una casita blanca cubierta de planchas de cinc y rodeada de naranjos y palmeras; el terreno, de insensible declivio, hallaba límite por delante y á corto trecho en las puras y dormidas aguas de un río, en cuyo fondo se veía un cielo desavahado casi por completo, pues apenas cruzaban su azul pálido breves listones de candidísimas nubes. Sólo de cuando en cuando temblaba esta imagen del espacio sin fin con los círculos concéntricos que algún pececito hacía al asomar en la superficie del agua la cabeza plateada y brillante. Detrás de la casita alcanzábase á descubrir entre las hojas de verde amarillo de los cañaverales las techumbres de otras quintas y haciendas, las copas de otros naranjos y palmas, y las de algunos tamarindos cuyo color obscuro contrastaba vigorosamente con el de aquéllas. Allá muy lejos, tras una atmósfera vaporosa, divisábanse las azuladas cumbres de los Andes que titílaban heridas por el sol de la mañana.

Rodolfo se había puesto bajo los naranjos á esperar á su suegro y á don Pedro; á poco se le juntó Luisa, vestida de blanca y ligera tela y con el cabello recogido hacia atrás con aquella falta de arte que á veces hermosea á la mujer más que el arte. Traía en brazos á su hijito. Rodolfo los recibió radiante de contento, besó la frente de su esposa y le arreba-

tó al chico en són de festivo robo.—¡Dámelo, devuélvemelo! decía Luisa; y él, sujetándole por bajo los bracitos, le alzaba á la altura de la cabeza y daba vueltas para no dárselo. El niño sonreía y gorjeaba, meneando los sonrosados piececitos, y los padres sentían rebosar su corazón en aquella delicia que... ¡sólo siente el corazón de los padres!

No tardaron mucho en llegar don Juan y su hermano. La salutación fue afectuosa y cordial.

—¡Oh! exclamó don Pedro, esta es la morada de la felicidad, y la felicidad son ustedes. Juan ¿qué te parece?

Y el tono y el gesto del viejo eran los de siempre, cuando quería hacer notar á su hermano lo admirablemente que lo pasaban Rodolfo y su esposa, y la razón que había tenido para empeñarse en que se casaran.

—Me parece, contestó don Juan, que estás en lo justo.

—Este es el paraíso.

—Efectivamente. Ojalá fuese un paraíso sin serpientes!

—No las hay, dijo Rodolfo que entendió demasiado materialmente á su suegro; y si alguna vez asoma tal cual culebra, paga al pun-

to con la vida el atrevimiento de haberse metido aquí.

Don Juan sonrió, como otras veces, con cierta melancolía. Se había dicho interiormente:—En el pecho de mi yerno, que es un paraíso, no falta nunca una víbora; ¡qué lástima! —No podía cambiarse ni modificarse jamás la idea que de Rodolfo tenía su suegro.

Este sospechó que su frase figurativa y su sonrisa habían sido demasiado significativas, en lo cual no estaba en lo cierto, pues nadie en esos momentos de grata expansión se hallaba capaz de entender indirectas. Con todo, quiso disimular su imprudencia con quitarle el nietecito á Rodolfo y dirigirle, una vez en sus brazos, palabras de paternal afecto, como si pudiese entenderlas, y echarle un par de besos en la cabeza apenas vestida de sedeño y dorado vello.

—¡Lindo mío! repetía ¡amor mío! ¡ángel mío!

—¡Fuich! ¡picarillo! ¡picarón! decía también don Pedro, frotando repetidas veces delante del niño las yemas del pulgar y del cordial, de manera que éste golpeaba sonando la base del otro; y luego con la punta del índice le sacudió dos veces el labio inferior que quedó breve rato sobresaliente del compañero, como una hoja de rosa por fuerza despegada del botón.

El chiquitín hizo un gesto, pues no debió de gustarle el cariño del tío abuelo con su dedo impregnado de tabaco.

Los otros convidados iban llegando, y pronto se hallaron todos en el comedor, pues eran las once, el caldo vaporeaba en la mesa y el apetito le reclamaba con elocuencia irresistible.

La pieza en que siempre se comía era bien situada y bella, y á la sazón el buen gusto de Luisa la había mejorado mucho. Daba frente al río y la testera se componía de bastidores de vidrio movibles, que, especialmente las horas de calor, se los quitaba para dar libre entrada a las brisas cargadas de aromas de azahar. De las paredes, forradas de alegre tapiz de paisaje, pendían, encajadas en dorados marcos, hermosas estampas que representaban liebres y perdices víctimas de la caza, fuentes de viandas provocativas, frutas en cestillos, botellas de vino á medio vaciar, copas y vasos llenos ó por llenar, etcétera. De la base de la artística lámpara que pendía del centro del cielo blanquísimo de la pieza, arrancaban cuatro columpios de festones que remataban en los ángulos de ésta; en la mesa, floreros con ramos de naranjo cuajados de azahares, y con jazmines del Cabo y otras flores hijas del clima caliente; en bandejas de cristal y sobre lechos de tersas hojas, naranjas, melones de olor y diez golosinas más, de esas que

«Del Olimpo el monarca en su boato
No probó nunca....»

No hay que añadir que los platos, desde el caldo hasta las rebanadas de suculento lomo de ternera, desde la fresca ostra hasta el picante *chupé* todo estuvo exquisito; y miren ustedes que así estuvo sin que Rodolfo, ó más bien Luisa que fué quien únicamente se entendió en hacer preparar el almuerzo, hubiese tenido que acudir á las porquerías que la moda nos trae del extranjero, y que muchos gustan de ellas porque el extranjero nos las envía en tarros de lata con bonitos rótulos. ¡Hasta dónde llega nuestro necio capricho!

Los anfitriones hicieron cumplidamente los honores de la mesa; y luego se charló con decencia, no se brindó, nadie sintió levantarse en su pecho ni la más ligera nubecilla de disgusto, abundaron las pullas delicadas, y hubo sonrisas, risas, bravos y palmoteos. Por último, á invitación de Rodolfo, se tomó el café á la orilla del río y bajo el pabellón que formaban las ramas de varios limoneros y tamarindos agrupados en torno de una palmera de pocos años, que tendía sobre ellos sus múltiples brazos, como para protegerlos.

En seguida, los hombres prendieron sus cigarros y diéronse á discurrir sobre negocios, y las mujeres buscaron diversión en pillar pececitos, ó se recreaban sin daño de ellos vien-

do el afán con que acudían á devorar las migas de pan y los pedacillos de plátano que les arrojaban. Vueltos á la casa todos, sonó el piano dócil á los dedos de una señorita que se enorgullecía de que la llamasen artista; á competir con las melodías del instrumento salió su voz argentina, dulce y armoniosa, y la animación de los concurrentes subía de punto.

Mas cuando menos se piensa suele caer una mosca en el vaso de exquisito vino que uno está apurando; ó suele abrirse de súbito la ventana dando paso á una ráfaga de viento que apaga la luz con cuyo auxilio leíamos un encantador poema; ó suele arrancarse una cuerda del violín con que algún Paganini nos sacudía gratamente el alma. ¿Quién cuenta con la inviolabilidad de los placeres de esta vida, cualesquiera que sean? Gozamos de ellos mientras están invisibles el disgusto ó el pesar que entre ellos mismos están mezclados ó los siguen de cerca: mientras la mosca no ensucia el vino, el viento no mata la luz ó un impulso desconocido no rompe la cuerda. La mosca, la ráfaga, el impulso acudieron á hacer cesar la alegría del corazón de Rodolfo presentándosele en figura de un paje que le traía la correspondencia del correo. Sin saber por qué, se estremeció al verle.

Pidió permiso á amigas y amigos, se acercó á una consola, puso en ella periódicos y

cartas y comenzó a recorrerlos. Abrió éstas despedazando con mano temblorosa los sobres y los leyó con rapidez; hizo un gesto de disgusto que no pasó desadvertido para algunos de los concurrentes, y buscó algo que le faltaba volviendo y revolviendo los paquetes de impresos. Salió á la puerta del salón, llamó al paje y le dijo en voz agria:

—Has perdido una carta.

—¡No, señor.

—¡Si me falta una!

—No la habrá traído el correo.

—¡Imposible!

—Lo que es imposible, señor, es que se hubiese perdido al traerla: todas han venido en un saco muy seguro.

—Pues no te la dieron en el correo. Vé á reclamarla; ¡vuela!

Volvió Rodolfo á la consola, rompió las fajas de los periódicos y los recorrió en la parte noticiosa. Prefirió los franceses, y en uno de ellos se detuvo, clavándole largo rato la mirada con espanto. Un suelto decía: «Susurra á última hora que á consecuencia de errores graves cometidos en varias operaciones por el Banco P..., se ha puesto en inminente peligro de quiebra. Si ésta sobreviene, las consecuencias serán terribles para muchos capitalis-

tas y para infinidad de comerciantes.» Cayó el papel de las manos de Rodolfo que, pálido y descompuesto, permaneció largo espacio inmóvil y silencioso. Lo advirtió Luisa y, no menos desazonada, se le acercó y preguntó:

—¿Qué sucede, Rodolfo?

—Nada, contestó éste con sequedad y sin mirarla.

Primera vez que Luisa escuchaba de su esposo una palabra de sonido ingrato y sin el acompañamiento de una mirada amable. Primera gota de acíbar que caía en la nectárea copa de su ventura conyugal.

—Conque ¿qué tenemos por el Viejo Mundo? interrogó don Pedro, poniéndose delante de Rodolfo y frotándose las manos como si las estuviese lavando.

—No hay cosa de interés.

—¿Noticias?.... dijo don Juan, mirando fijamente á su yerno, cual si quisiera leer en su semblante lo que él acababa de ver en el periódico.

—Sí, noticias, balbuceó Rodolfo, esquivando la mirada del suegro y dándole por lo mismo ocasión á mayor sospecha de que pasaba algo malo.

Pero Rodolfo comprendió que su turbación le delataba, hizo un gran esfuerzo de voluntad, arrinconó los periódicos tras unos floreros que adornaban la consola y se mezcló entre sus amigos agrupados junto al piano, exclamando:

—¡Bien, muy bien! Esto se llama ser artista.

La joven, que en ese momento finalizaba un trozo de la *Lucía de Lamermour*, dió á Rodolfo las gracias con un par de vistazos rielantes de satisfacción y orgullo.

Sonó un general palmoteo acompañado de mil vivas y bravos, incluso los de Rodolfo, cuyo fingido buen humor no á todos engañaba.

Menos podía Luisa disimular el mal efecto que le causaran el desabrido *nada* y el gesto de su esposo.

Para don Juan estaba casi descubierto el misterio del cambio de ánimo de Rodolfo:—Ha ocurrido algún fracaso en sus negocios, decía para su sayo, á causa de sus precipitaciones é imprudencias, por mí tan reprobadas.

Una vez que su yerno dejó el salón, se acercó disimuladamente á la consola, tomó el periódico que había temblado en manos de Rodolfo y le recorrió con rapidez; dió con el alarmante suelto, se quedó pensativo unos segundos, dobló y puso el papel en el punto de donde le tomó, y comenzó á dar cabizbajo

pausadas vueltas por el salón. ¿Qué pensaba el severo anciano? Es fácil colegirlo: el infortunio que amenazaba á Rodolfo y Luisa era terrible, y Rodolfo no estaba preparado para recibirlo y soportarlo; los materialistas y los ateos jamás lo están. La resignación á la voluntad divina es el mejor confortativo del alma contra la desgracia, y ellos no pueden tenerla; la nobleza del sufrimiento les es desconocida; la grandeza de sobreponerse con serenidad á todos los contratiempos y todos los dolores, es sólo de los corazones adiamantados por la fe; las miserias de la vida en el mundo no se rinden sino á los pies de la verdadera virtud que no pierde de vista la existencia de la eternidad. Estas cosas revolvía en su mente don Juan, y luego como consecuencia de sus ideas venía el preguntarse: ¿De qué manera podrá salvarse Rodolfo del golpe que le amaga? Y Luisa, y Pedro, y yo ¿qué haremos para alentarle, y librarle y ponerle en camino de una rehabilitación moral y material? ¿Dónde están para ello los razonamientos, si nosotros los tenemos sólo cristianos é irán á estrellarse contra la roca de su materialismo?....

La nueva presencia de Rodolfo sacó á don Juan de sus cogitaciones.

—¿Esperas, le preguntó, que el paje vuelva con la carta que le mandaste buscar?

—Ojalá volviese pronto.

—Es difícil: mira que hay tierra de aquí á la ciudad.

—Efectivamente; y yo quisiera...

—¿Ver pronto esa carta?

—Sí, y para ello irme personalmente á la ciudad.

—Presumo que esa carta es muy importante.

—Importantísima: es la de mi agente en París, y el no tenerla... me inquieta... verdaderamente, me inquieta!

—¿Aguardabas sin duda que tu comisionado te dijese algo del curso que va tomando tu gran negocio?

—Efectivamente.

—No te preocupes, Rodolfo, contestó don Juan después de un breve rato de silencio; la carta vendrá, si no hoy en otro correo, y tendrás buenas noticias.

—¡Buenas noticias! repitió el joyen con visible disgusto.

—Y si no lo son, repuso don Juan, ¡paciencia!

—¡Paciencia! repitió también su yerno, y añadió sonriendo tristemente:—usted sabe que la paciencia no es elemento de mi carácter: soy por extremo vehemente.

—Y esa vehemencia te perjudica, hijo mío: á causa de ella te embarcaste en un negocio peligroso, desoyendo mis consejos... Como quiera que sea, la falta de una carta y la sospecha de una mala noticia, no son para que un joven valeroso como tú y de pecho noble y lleno de aspiraciones se ponga inquieto ni se aflija. Si viene una desgracia, se lucha, se la vence, y ¡adelante! ¿Qué sacarías de no obrar de este modo? ¿no sería vergonzoso que te dejaras aplastar por ella?

Por lo visto, don Juan comenzaba ya á obrar del modo que juzgaba conveniente para salvar á su yerno. Este balbuceó, desviando la vista de la del viejo, como si temiera que por los ojos le alcanzase á ver el alma:—¡Oh!... pero cuando la desgracia viene... no sólo contra los bienes de fortuna... sino también... contra el honor...

Unos amigos que se acercaron departiendo calmadamente sobre no sé qué asunto, interrumpieron la conversación de don Juan y Rodolfo.

La alegría había disminuído de manera notable, la animación era ya casi ninguna; en vano Rodolfo, Luisa y don Pedro trataron de restablecerlas. Sus esfuerzos no tuvieron eficacia, porque carecían de espontaneidad, porque contrastaban con el estado anormal del ánimo de Rodolfo y Luisa pintado en sus

semblantes y manifiesto en la tibieza de sus palabras. En don Pedro se concibe que hubiese sido sincero el deseo de dar calor á los pechos de los concurrentes y avivar la diversión; pero los dos jóvenes mentían por urbanidad como acontece con frecuencia, cuando mostraban ese deseo; ambos ansiaban, sobre todo Rodolfo, por volver a la ciudad, por quedarse solos en su casa y entregarse libremente á sus pensamientos y desazones. Los pesares y las inquietudes íntimas le impelen á uno al retraimiento y hasta á la misantropía.

La tarde había comenzado; el cielo iba tiñéndose, hacia el occidente, de un amarillo anaranjado que hacía resaltar los grupos aislados de nubes pardas con orillas color de bronce derritido; la sombra de las casas y los árboles se tendía y prolongaba como retazos desiguales de obscuro tul que una invisible máquina fuese desarrollando lentamente al lado opuesto del camino que seguía el sol en su descenso.

Señoras y caballeros se despedían de los dueños de casa, montaban á caballo y partían. Los quitasoles asombraban algunas cabezas, otras sobre los faldudos sombreros que las cubrían llevaban tendidos blancos pañuelos, y no pocas recibían sin precaución alguna los rayos del astro de fuego.

—¡Qué pronto nos dejan ustedes! decían

los labios de Rodolfo y Luisa; mas sus corazones repetían:—¡Lárguense! ¡lárguense ustedes pronto!

Falsedad hija sólo de las circunstancias, no de la voluntad de quienes la empleaban. Como la sociedad humana vive encerrada en una red de aquellos accidentes, unas veces conocidos de antemano y otras que se presentan inopinadamente, las falsedades ¡ay! ¡cuánto abundan!...

Los últimos en dejar la quinta fueron sus dueños; y don Juan y don Pedro, todos juntos. No atravesaron entre ellos, durante el camino, ni una sola palabra.

* * *

Dentro de diez días debía llegar correspondencia de Europa, y esperaba Rodolfo que no faltaría la carta de su corresponsal. Esos días fueron para él, Luisa y don Juan, angustiosísimos; y hasta don Pedro, que nunca veía sino la superficie de las cosas, estaba preocupado, é inconscientemente gastaba el doble de cigarros que de ordinario, paseaba más y con mayor precipitación, y no se frotó las manos ni una sola vez.

Rodolfo había palidecido; tenía manchas amoratadas en torno de los ojos; el sueño no acudía á dar alivio á su ánimo, el apetito no se le dispertaba ni ante los manjares que le

habían sido más gratos; hablaba poquísimo y sus miradas eran vagas, inquietas y sombrías; pasaba la mayor parte de las horas encerrado en su escritorio, y su almacén corría al cuidado de sólo sus dependientes.

Luisa agonizaba; parecía haberle contagiado la palidez de su esposo, en quien ni para ella ni para su hijito había una mirada amable, una sonrisa cariñosa, una palabra animadora ó que siquiera denotase que en el corazón del joven aún ardía el antiguo afecto que les había consagrado. La infeliz Luisa lloraba mucho y rezaba más; pero sus oraciones eran sólo palabras, porque la imaginación excitada y revuelta por tan anormal situación, dejando libre la lengua, traqueaba y desordenaba los pensamientos en un círculo vicioso, en el cual no daban con Dios ni con la intercesión de los santos, sino sólo con Rodolfo y su desgracia, con Rodolfo y su repentino cambio para con ella, con Rodolfo abatido y á quien no podía consolar, con Rodolfo, con su amado Rodolfo muerto! ¿Qué líneas faltan á la imaginación para trazar cuadros funestos? ¿Qué tintas no tiene su paleta para colorirlos de un modo horrible? La *loca de la casa* se convierte muchas veces en el verdugo del corazón; y cuando le está dando muerte, una muerte lenta, con todos los horrores de los recuerdos del bien perdido para siempre ó los temores del mal que viene sin que sea posible evitarlo, ¡cuán

difícil es orar poniendo toda atención en buscar á Dios, en hacerle presente las necesidades y los dolores y en demandarle remedio para ellos! Sin embargo, hay una cosa sobre la cual nada pueden los desbarajustes de la susodicha *loca,* y es la intención. Esta, que no los pensamientos y las palabras, halla francas las puertas del cielo y Dios los acoge. La intención, fruto de la voluntad, no tiene que ver con las contingencias que á ésta se oponen. Conviene, pues, orar y Dios haga del intento de quien ora lo que plazca á su divina misericordia ó su divina justicia.

Y oraba Luisa, oraba mucho; pero entre las distracciones ó tentaciones que padecía al implorar la piedad del cielo ¿no sería una el recuerdo de la nefanda negación de su esposo de la existencia del Padre celestial á quien pedía que le favoreciese? ¿No irían sus ruegos maleados por la duda de que el materialista y ateo pudiese merecer favor alguno de parte del Dios negado y ultrajado?—¡Piedad, Señor! ¡piedad para mi esposo! exclamaría la infeliz joven, y al mismo tiempo resonaría en lo íntimo de su alma la espantosa frase: ¡No es digno de ella!—¡Piedad para mí! repetía; ¡piedad para mi hijo! y la voz inexorable replicaría: ¡Padece, padece! Eres culpable: desoíste los consejos de tu padre y te diste un mal marido, un marido sin fe; y diste á tu hijo un padre malo é incapaz de conducirlo á su fin celestial por los

caminos de las virtudes cristianas.—¿Quién hablaría á Luisa de modo tan cruel, perturbándole en sus deprecaciones? ¿quién? ¡La conciencia! ¡esta terrible vengadora del cielo!

Don Juan penetraba muy bien los padecimientos de su hija. Ella se los había revelado en parte; lo demás él se lo sabía..... El corazón de un padre es adivino cuando quiere descubrir los secretos del corazón de un hijo desgraciado. Bondadoso y discreto, no dijo á Luisa ni una palabra que pudiera recordarle cuánto se opuso á que se casara con Rodolfo; ni menos pensó un momento siquiera en hacerle presente que se iban cumpliendo sus pronósticos. A ser padre vulgar, le habría dicho: —Ya ves cuánta justicia tuve; mira cómo van realizándose mis temores.—¡Como si estos triunfos de la previsión pasada fuesen alivio al mal presente! Abundaron, eso sí, sus juiciosas reflexiones para levantarle las fuerzas del alma y prepararla á sufrir mayores trabajos que podrían sobrevenir; porque al cabo ¿qué había al presente? Sólo la displicencia del esposo, su ceño, sus pocas palabras, un eclipse, en fin, de su cariño, que tal vez pasaría pronto; eclipse producido por el simple *se susurra* dicho por un periódico y por la falta de una carta. El *susurro* podía no tener fundamento: los periódicos suelen acoger las noticias más absurdas sin examinarlas, y transmitirlas al público sin pesar las consecuencias que pudieran traer. La

carta podía no haber venido por causa diversa de la noticia del periódico; su falta misma era, en concepto de don Juan, indicio seguro de que no había nada alarmante respecto del Banco; pues si hubiese *inminente peligro de quiebra*, el corresponsal de Rodolfo, en vez de guardar silencio, se hubiera apresurado á comunicárselo. Por último, un peligro, por inminente que sea, dista mucho de la realidad del mal.

Don Juan y su hija de consuno, en los ratos que podían ver á Rodolfo, se esforzaban en reanimarle. Luisa empleaba argumentos de amor. Su esposo, que no había dejado de amarla, como ella erradamente sospechaba, se veía embarazado para contestar las frases empapadas de pasión que le dirigía. Don Juan, más conocedor de la situación y del carácter moral de su yerno, empleaba las armas de la filosofía, ya que estaba persuadido de que las de la religión eran inútiles para con él. En este caso se le atravesaba al joven la dificultad del respeto que le infundía el venerable viejo; sin embargo, con él sí discutía su poco. A la moral filosófica de don Juan oponía sólo débiles razones de interés positivista y de honor,—de este sentimiento tan noble, pero que, cuando no es alimentado por el jugo de la doctrina cristiana, llega á ser pernicioso. La sociedad está llena de lágrimas y sangre derramadas por la mano del honor desnaturalizado é impío.

—¡El honor! replicaba don Juan: dime, hijo mío, ¿hay cosas que levante más el honor, que el temple de alma que se opone al infortunio y le vence? Si uno pierde sus bienes de fortuna, como temes perderlos tú, ¿hay cosa más honrosa que menospreciar este contratiempo, juntar todas las fuerzas de la inteligencia y toda la actividad del cuerpo, y lanzarse de nuevo al trabajo y donde ha desaparecido una riqueza amontonar otra mayor, á despecho de la suerte? Y si el trabajo resulta estéril, y si persiste la escasez y viene aun la miseria, ¡qué importa! queda la virtud en pie; queda erguido y hermoso lo que tú mismo tanto amas,—el honor; queda, mi Rodolfo, una cosa que es infinitamente superior á todo el oro del mundo,—la grandeza del alma.

Rodolfo acababa siempre por ceder, ó fingía que quedaba vencido por las razones de don Juan; pero éste no era hombre á quien se podía engañar: veía que no cambiaban ni el aspecto triste ni la hurañía de su yerno, y no era posible que le tuviese por mudado de ánimo y capaz de soportar la desgracia, cuyo brazo de hierro le amagaba.

Aun cuando para la razón del pobre joven muchas de las cosas que decía don Juan eran de peso irresistible, su imaginación acalorada le presentaba imágenes ante las cuales se rendía su voluntad debilitada por influjo de

su carencia absoluta de fe y de su concupiscencia. Veía sus cálculos fallidos, sus afanes malogrados, sus bienes convertidos en polvo, los áureos palacios levantados por su mente y que esperaba con loca seguridad tenerlos verdaderos dentro de poco, deshechos como las vaporosas nubecillas de la aurora cuando aparece el día; y veía á su esposa despojada de sus vestidos pomposos y de sus joyas por la mano de la miseria, y de su belleza por las crueldades del dolor; veía á su hijo haraposo y llorando de hambre; se veía á sí mismo desposeído del honor, que era su ídolo, perseguido de sus acreedores, sin amigos, menospreciado de la sociedad y luchando en vano contra un espectro formidable que él llamaba fatalidad. ¿Cómo el amor de Luisa ni la filosofía de don Juan hubieran podido vigorizar un corazón así moralmente anémico, ni derramar luz en una alma así por completo entenebrecida? ¡Oh! dadme una gran desgracia en hombre que sabe mirar al cielo, y yo podré curarla; no me déis una desgracia, ni aun pequeña, en quien vive atollado en la materia, porque ese mal no tiene remedio!

Iban así las cosas hasta el día anterior al de la llegada del correo. ¿Qué traería éste? ¿la salvación de Rodolfo ó la consumación de su ruina? ¿Cuál sería el desenlace de este drama tejido de temores y angustias, y cuyo nudo eran la falta de una carta y una noticia

verosímil, que no segura? En todas las almas se libraba un reñido combate entre el miedo que las hacía estremecer y la esperanza que les sostenía las fuerzas.

Pero, cosa notable y á la sazón difícil de explicarse y que sólo después pudo ser comprendida: la víspera del correo se mostró Rodolfo bastante tranquilo, y hasta gastó alguna jovialidad con Luisa, hizo cariños á su hijo y conversó con desenfado con don Juan y don Pedro. Cenaron juntos, y en el departir de sobremesa ¡estuvo alegre!

—¡Vamos! dijo riendo, el asunto del Banco P..... ha estado estos días manejado por el diablo para hacernos tragar bocados de acíbar y asafétida. Luisita, ¿has visto mal humor como el mío durante una semana, que ha sido como un siglo?

—No, Rodolfo, á lo menos en tí no lo he visto nunca, contestó la joven, y añadió: ¿Pasó ya del todo el *esplin?*

—Del todo.

—¡Gracias á Dios!

—Pero alguna causa debe de haber, observó don Juan clavando en su yerno una de aquellas miradas escrutadoras tan comunes en él, para que se hubiese verificado en tu ánimo un cambio tan notable y repentino.

—Naturalmente.

—¿Has dado con la manera de resolver el problema de tu porvenir, caso de que resulte cierta la quiebra del Banco?

—En efecto.

—Me alegro. Presumo que para ello habrán influído algo mis reflexiones y consejos.

—Pudiera ser. Estése usted seguro.....

—Hombre, le interrumpió don Pedro echando una gran bocanada de humo, para algo habías de tener talento y ser tan hombre.

—Gracias, mi tío: siempre tiene usted flores para mí. Decía á don Juan que estuviese muy seguro de que no me dejaría postrar por la desgracia: yo sé de qué modo he de oponerme á ella.

—¡Eh! Rodolfo, ¿no decía yo que eres muy hombre?

—Sí, tío, soy hombre: sea cual fuere la noticia que me venga mañana, he de salvarme. ¿Saben ustedes que estoy avergonzado de mis tristezas y amohinamientos de estos días? Por una simple noticia que no tiene fundamento seguro, ¡ponerme como chiquillo que ve levantado el látigo del maestro! Luisita, ¿por qué no te reíste de mí, en vez de llorar?

—¡Buena estuve para reir, viéndote con

una cara que me ponía miedo!

—¡Já já! Tienes razón. ¡Qué tonto he sido!

Entretanto, don Juan, cruzados los brazos sobre el borde de la mesa, guardaba silencio sin apartar de Rodolfo los ojos llenos de tristeza y curiosidad á un tiempo. Su yerno le parecía esos momentos un logogrifo indescifrable, á no ser que se tomara por clave cierta idea que asaltaba al desorientado viejo, nacida del propio materialismo del joven. Mas tal idea pasaba por su mente como barrida por un *¡quién sabe!* que interiormente se decía.—¡Quién sabe! continuaba diciéndose don Juan; hay fenómenos psicológicos que se esconden á la penetración más vivaz, y tal vez en Rodolfo ha ocurrido uno de ellos. En casos como éste no hay juicio humano bastante seguro, y vale más no aventurarlo para no incurrir en un absurdo ó una injusticia.

Con todo, ocurríasele á don Juan que los esfuerzos de Rodolfo no eran bastantes á tapar un no sé qué sombrío que se transparentaba en su rostro y vibraba en sus palabras; pero al punto presumía que ese no sé qué pudiera estar más bien en su propia imaginación, que no en Rodolfo.

* * *

Don Juan y don Pedro se retiraron, aquél pensando en lo difícil de la situación de su

yerno, en la intempestiva mudanza del ánimo de éste, y en cómo se podría verificar la solución del problema de su corazón debilitado por la concupiscencia y de su cabeza revuelta por las ideas del más crudo materialismo, en lucha con la adversidad y la miseria; y don Pedro teniendo por seguro que al día siguiente el correo traería buenas noticias, que darían por resultado un holgorio de familia con mantel largo, exquisito champagne y soberbios habanos. Era para él cosa de las más incomprensibles del mundo que un Banco pudiese quebrar, y un enigma que de la ruina del Banco sobreviniese la de un particular; y más que todo hacíasele cuesta arriba el sospechar siquiera que pudiesen no ser muy felices en el tiempo y la eternidad su íntimo Rodolfo y su amadísima sobrina Luisa. Y anda que anda cada cual para su techo, á don Juan enmudecían sus graves pensamientos, y á don Pedro el entusiasmo de fumar: era su boca la chimenea de una fragua en actividad, y sus manos desquitaban las frotaciones omitidas durante la semana y media del *esplín* de Rodolfo y de la tristeza y lágrimas de Luisa.—Semana y media sin tardes de café ni paseo, sin noches de piano ni de charla. ¡Qué atrocidad! Mas ya iban á volver los días de contento y don Pedro se anticipaba á gozarlos en imagen.

Luisa durmió tranquilamente hasta las nueve de la mañana, cosa desusada por ella; ¡tan

buen efecto le habían producido el amor y el cariño dispertados en el corazón de su esposo! Este no lo pasó muy bien: tuvo insomio, se sintió acalenturado y dió mil vueltas hasta desordenar las sábanas. La frescura de la aurora le calmó un poco y el sueño le acarició durante media hora. A las seis se vistió, y antes de salir se detuvo á contemplar á Luisa dulcemente dormida con Rodolfito pegado al pecho y la rubia cabecita apoyada en el desnudo y mórvido brazo de la madre. Grupo digno del estudio de un artista: eran el amor piadoso y el amor inocente descansando al amparo de un ángel que estaba allí invisible con las alas tendidas sobre los dos. Rodolfo se inclinó y besó con tiento, para no dispertarlos, á la madre y el hijo. En seguida y de puntillas dejó el dormitorio, ordenó á un paje que, llegada la hora, fuese a traerle su correspondencia, y se encerró en su escritorio.

Luisa y el niño se dispertaron á un tiempo. Ella, algo disgustada por haberse dejado sorprender de las nueve que en ese momento daba el reloj de la casa, se vistió aprisa, hizo la señal de la cruz en la frente del pequeño Rodolfo, y dejándole que estuviese gorjeando y batiendo libremente brazos y piernas, se postró en su reclinatorio, se santiguó, cruzó los brazos apoyándolos en el angosto antepecho y comenzó sus rezos acostumbrados. Pero sintió sequedad en el corazón y pereza en la

mente, lo cual atribuyó, con enojo contra si misma, á haber dormido más de lo necesario. Se santiguó de nuevo y se esforzó para traer su alma á la presencia de Dios, ¡Vano afán! Parecíale que una nube negra se interponía entre ella y el cielo, y que una helada ráfaga abatía la oración que pugnaba por subir á él. —¿Qué es esto, Dios mío? se dijo suspirando, y sintió llenársele el pecho de tristeza, y que todas sus fibras eran sacudidas por una extraña turbación. Cesó inconscientemente de rezar, y por una fuerza que no estaba en ella contrarrestar, fué llevada á consideraciones que no había imaginado le vendrían cuando se postró en el reclinatorio: su amor había sido puro; más ¿no obró mal en haber empleado ese amor en un hombre que no podía comprender su pureza y su espiritualidad? Su amor fué legitimado por el matrimonio; pero ¿sería también santificado? ¿cómo pudo haber descendido el rocío de la gracia, cuando la mitad más importante de ese matrimonio, aquella en que estaban la cabeza y la fuerza, se hallaba pervertida por el materialismo y el ateísmo? Su padre, tan bondadoso, tan prudente y previsivo y que con tanta ternura la amaba, se opuso á su enlace, y ella desoyó sus consejos y le llenó el corazón de amargura; ¿no fué malo el rechazó de la amable autoridad paternal y vituperable el haber acibarado los días del pobre viejo? Y la desdichada joven que sentía su amor a Ro-

dolfo aferrado á lo íntimo de su alma, era al mismo tiempo víctima de su conciencia que le castigaba por su culpable proceder á causa de ese amor. El estado de su ánimo se ponía más angustioso instante por instante, ¡y no podía llorar! Dos veces dejó el reclinatorio, y medio desatentada dió vueltas por la pieza, se acercó á su hijo, le besó y volvió á caer de rodillas, ¿para que? Para tornar también al suplicio de sus pensamientos, y á sentir dentro de sí la riña cruel de sus encontrados afectos. Tenía el rostro pálido y descompuesto, en desorden las crenchas, desceñido el traje: era la imagen de la belleza asaltada de súbito y perseguida por el remordimiento y terror que querían dañarla, pero que no podían sino cambiarle de formas sin quitarle su atractivo. Al fin alzó los brazos, juntó las manos entrelazando apretadamente los dedos, dirigió una mirada indescriptible al Crucifijo que tenía delante, y exclamó en voz trémula:—¡Señor! me postré á implorar tu misericordia, y tú has querido anonadarme con tu justicia: ¡bendita sea tu voluntad!

Movíanse todavía sus labios con las últimas sílabas, cuando hubo un estampido. Púsose en pie rápidamente, cual si lo hiciese impulsada por un resorte, y corrió á la puerta gritando:—¿Qué hay? ¿qué fué?

—¡Un tiro en el cuarto del amo! contestó una criada, pálida y temblando.

Luisa voló, empujó con violencia la puerta del escritorio, entró...

Rodolfo, medio dobladas las rodillas, apoyado el brazo izquierdo al borde de la mesa y en la mano diestra una pistola á punto de caer, arrojaba de ambas sienes chorros de sangre.

—¡¡Ay!! exclamó Luisa al verle, y con los brazos abiertos se precipitó sobre el suicida, le estrechó en ellos y cayeron ambos. El ya no tenía vida; ella había perdido el conocimiento.

La criada corrió por todas partes llorando y divulgando el suceso. El primero en acudir al horrible teatro fué don Juan. Se estremeció de dolor y espanto, y para no caer se sentó en una silla, y mudo, con los labios entreabiertos y los ojos clavados en el sangriento cuadro, permaneció unos segundos. No le había engañado la mentida calma de Rodolfo; este fin sospechaba, y la idea de este fin, era la clave para descifrar el enigma del repentino cambio del joven la víspera del suceso.

No tardó en asomar don Pedro; entró desalado, miró un momento... no pudo tolerar el espectáculo; volvió el rostro descompuesto y, al dar con don Juan, desvió de él los ojos, y poniendo la mano abierta á un lado como temeroso de que le viese, salió al punto del aposento, rugiendo más que hablando:—¡Suicida!... ¡Bruto!... ¡Tuvo razón mi hermano!

Rehecho algún tanto el ánimo de don Juan y vertiendo lágrimas, apartó á su hija del cadaver de Rodolfo.

Luisa tardó en volver en sí.

. . . . . .

Sobre el pupitre de Rodolfo halló don Juan abierto la carta del corresponsal de París en la cual estaba confirmada la noticia de la quiebra del Banco P... y por consiguiente la pérdida casi absoluta de los capitales que fuera depositando el joven, como base del negocio que debía enriquecerle en muy corto tiempo. Al pie de la carta é indicando un pulso inseguro, estaban de letra de Rodolfo estas sarcásticas palabras: «Cumplo lo que ofrecí: ¡me he salvado!».

Parece excusado añadir cuál fué en adelante la vida de la infortunadísima Luisa. Todos los esfuerzos de don Juan y don Pedro para consolarla fueron inútiles, y el más hábil médico de las dolencias del alma —el tiempo,— tampoco pudo cerrarle la honda llaga abierta en la suya.

Todas las predicciones de don Juan se habían cumplido. La amorosa pasión de Luisa subsistía contrariada por la repugnancia del crimen y por el horror de la eterna suerte de Rodolfo. Buscábale con la imaginación día y noche, Quería penetrar al cielo, y retrocedía de miedo de no hallarle en él; quería descen-

der al lugar donde las almas se purifican penando y esperando, más, ¿límpiase por ventura la que se va á la eternidad cargada de dos atroces culpas, la negación de Dios y el suicidio? Quería hundirse en el infierno, y el temor de dar allí con esa alma querida la hacía estremecer. ¡Su Rodolfo! ¿dónde estará su Rodolfo? El amor la decía:—Espera verle feliz y juntó á tí después que mueras tú también. La conciencia deshacía este pensamiento consolador, gritándole en lo íntimo del alma—¡Imposible!... La maldición de Dios había cavado un insondable abismo entre el alma de Rodolfo y el alma de Luisa; en la orilla á que fué arrastrada aquélla estaban las tinieblas, y el llanto y el crujir de dientes, sin que sonriese ni un instante la esperanza del bien; en la orilla en que había quedado Luisa estaban los tormentos del amor destrozado, de las ilusiones muertas, de las esperanzas de la tierra aniquiladas: pero ahí se hallaban también, para que el alma no perdiese la vida entre esos tormentos, la fe con su antorcha que ilumina el camino del cielo y la esperanza divina que con el brazo levantado le enseña allá distante, pero cierto y seguro, al alma creyente y virtuosa.

¿Y el cadáver? ¿y esos despojos de quien durante un año labró la dicha de Luisa en el mundo? ¿dónde están, dónde están? La Iglesia no quiso darles albergue junto á los huesos de sus hijos. Sin acompañamiento, sin oraciones,

sin más luz que la melancólica de la luna, fueron llevados á un campo desierto y tirados en la huesa. El viento ha borrado las señales de ésta; Luisa no sabe dónde está. ¡Si pudiese saberlo! si le fuera posible plantar sobre ella una cruz y colgar de sus brazos una corona empapada en su llanto! ¡si pudiese orar sobre ese polvo querido! Mas nada puede. ¿Y á qué la cruz en la tumba del maldito? ¿á qué las oraciones por una alma perdida?

¿Compréndese algo el estado moral de la viuda de Rodolfo?

Don Juan vivió largo y siempre consagrado á cuidar de su hija y su nieto, y siempre triste con la invencible tristeza que ella le comunicaba.

Muchos años vivió también don Pedro, y no dejaba pasar ocasión sin aconsejar á las jóvenes que no se casaran con materialistas ó impíos, por buenas prendas que tuviesen por otra parte, pues había mucho riesgo de que el rato menos pensado se largaran al otro mundo como Rodolfo.

El recuerdo de este mal aventurado y la impresión de su trágico y negro fin, duraron muy corto tiempo en la Sociedad. Los cubrió con la escarcha de su indiferencia y luego con la sombra del olvido.

«Que haya un cadáver más ¿qué importa

al mundo?» dijo el gran lírico español: y al decirlo interpretó un sentimiento social duro y terrible, pero verdadero. Nosotros, imitando á Espronceda, interpretaremos lo que dijo, tal vez, la sociedad al saber que Rodolfo se había matado:

Que haya un suicida más no importa un bledo:
El desaparece, yo en mi ser me quedo.

Una Mañana en los Andes

ERAN las cuatro de la mañana y estábamos todos á caballo.

Antes de las seis coronaríamos la altura de los Andes occidentales, á donde nos proponíamos subir.

El frío era intenso, pues había caído bastante escarcha; pero en cambio ¡qué cielo tan limpio y espléndido!

La luna, rodeada de grupos de estrellas, cual un jefe victorioso en medio de sus guerrillas dispersas en inmenso campo, avanzaba majestuosa como si fuese á buscar descanso tras las sombrías sierras que tenía delante.

No humeaban aún las cabañas de los labradores, que asemejaban gigantes aves acurrucadas y dormidas aquí y allá á diestra y siniestra del camino.

El silencio era profundo, é interrumpíanle sólo el ruido de nuestra cabalgata, el ladrido

de algún perro alarmado por él y el canto triste y monótono del gallo, que á largos intervalos sonaba en una lejana choza y era contestado en otra, como el ¡alerta! del centinela de la soledad.

Jadeaban los caballos al avanzar por la empinada cuesta y el vapor de sus cuerpos sudorosos calentaba á los jinetes, algunos de los cuales buscaban también este beneficio en el cigarro, cuya punta brillaba como una luciérnaga.

Hablábamos poco, porque parecía que las palabras nos hacían perder algo de nuestro calor interno, y de ello teníamos miedo, ya que apenas contábamos con el exterior.

Estábamos casi entumecidos.

¡Qué sería al llegar á la cumbre!

¿Resistiríamos?...

Sin duda: el espectáculo que nos proponíamos contemplar, las impresiones vivas, el entusiasmo calentarían nuestra alma, y el calor del alma comunica vida al organismo material.

El alma incapaz de conmoverse y arder con los bellos y sublimes espectáculos de la naturaleza, con los prodigios del arte ó con las violentas llamaradas de las pasiones, vive siempre en cuerpo de hielo.

* * *

Estábamos cerca del punto á que nos dirigíamos, y tras nosotros se hundía un abismo brumoso, limitado por el muro ciclópeo de la cadena oriental de los Andes.

En el fondo del abismo, cada vez que un zigzag de la cuesta nos ponía de frente á él, divisábamos en confusión fantástica los caseríos, las poblaciones, los huertos, el río, las colinas como las figuras de un cuadro antiguo maltratado por el humo de los cirios y cubierto de polvo.

Parecía que íbamos surgiendo de ese caos, que íbamos huyendo de ese abismo, trepando por sus bordes, y que si alguna fuerza nos empujase rodaríamos y nos convertiríamos en átomos.

Un momento tuve miedo, y acudí á todas las fuerzas de mi espíritu y mi cuerpo para evitar el vértigo que me amenazaba.

Subíamos, subíamos, subíamos sin cesar, aunque gradualmente más y más despacio, á medida que decaían los bríos de las cabalgaduras.

Engañados por una ilusión óptica, creíamos que en vez de ser nosotros quienes íbamos ascendiendo, era la línea desigual de la cumbre de la montaña la que bajaba lenta-

mente, como una ola inmensa que se iba aplanando.

Bajó al fin del todo, se aplanó... Llegamos...

Pero apareció delante de nosotros otra línea: la silueta de la montaña se presentaba de nuevo, negra, confusa, desalentadora.

¡Habíamos trepado sólo á la cima de una arruga de los Andes!

Sin embargo, no nos desalentamos; porque el término de nuestra jornada estaba allí.

* * *

El alba comenzaba.

La luna, cual áncora de plata, se sumergía en los abismos del ocaso tras las dentadas cumbres de la montaña que semejaban olas de agitado mar, y difundía en su torno blanca, suave y vaporosa luz. Los antiguos griegos habrían dicho que era efluvio de la frente virginal de Diana.

Al oriente la línea que demarcaba el cielo y la cordillera se presentaba como inmensa serpiente de lomo tornasolado de oro y rosa, desde el cual se desprendían rayos vivos y trémulos en su arranque y que, desplegándose á medida que se elevaban al espacio, se desvanecían en su azul purísimo.

La luna había desaparecido al fin. Las estrellas, esas melancólicas pupilas del cielo, habían ido apagándose poco á poco al contacto de los dedos de la aurora.

La luz del día se aumentaba haciéndolo todo visible en la superficie de la tierra. Iba á presentarse el rey de los astros.

La sierpe de oro y rosa del horizonte se había convertido en oleajes de fuego que partían de un punto en que parecía reverberar una misteriosa fragua: en torno de ese punto el cielo y la cima de la montaña palpitaban convulsos por algo extraordinario y divino que iba á presentarse.

Y no era, sin embargo, nada extraordinario: era una escena de todos los días: era el sol que iba á levantarse, como lo hace de siglos y siglos atrás, para decir á los hombres vengo á recordaros que hay Dios; vengo á deciros que le debéis amor y adoración.

Pero esa escena de todos los días la presenciábamos nosotros desde una grande altura, cobijados por un cielo limpio, puro, de transparencia cual no la hay en otras zonas, y rodeados de la soledad y del silencio propios para obligar al alma á la contemplación de las obras maravillosas de Dios.

* * *

¡Qué espectáculo!...

El fondo confuso del abismo que apenas divisábamos antes del alba, se ha transformado á nuestros pies, allá, á una profundidad de dos mil metros, en una llanura inmensa.

Vemos en primer término un extenso y suave declivio, como la fimbria de la cordillera en cuya altura nos hallamos. Todo él está dividido en multitud de cuadrados, cuadrilongos y otras figuras, que muestras distintas fases: aquí la tierra obscura volteada por la reja y que está pidiendo la simiente cuya vida ha de desarrollarse en su seno; allá el verde risueño de la sementera que lleva la esperanza al pecho del labrador; en otra parte el color de oro de la mies, pronta á entregarse á la hoz. Cabañas humeantes por todas partes; rediles blancos como trozos de nieve rodados de la montaña; yuntas que se preparan para la fatiga del día; hombres, mujeres, muchachos, que á tanta distancia nos parecen juguetillos de títeres que se mueven en varias direcciones. Los rumores de la vida que se agita en el llano suben débiles, vagos y confusos á sorprendernos en la región de la soledad y el silencio.

Sigue la llanura, ya ligeramente ondulada como la mar que comienza á enojarse con los aleteos del viento, ya interrumpida por redondas colinas que se alzan como los pechos de virgen yacente; ya cortado por las quiebras en cuyo fondo ruedan tumultuosos ríos, ya igual

y en perfecto nivel como la superficie de un lago tranquilo. Allá distinguimos el profundo barranco que nos oculta las ondas del Patate; delante vemos á trozos desiguales, y blanco y brillante el Ambato con su moldura de huertos verdes y risueños. Al Norte, una mancha parduzca salpicada de numerosos puntos blancos: es Latacunga. En torno de ésta otras manchas que nos indican las poblaciones leonesas. Al frente, sobre la margen del Ambato, cual sobre peana de plata, la ciudad á que el río presta su nombre. Y otros pueblos, y otras aldeas; y por todas partes las casas de las quintas y las haciendas rodeadas de pequeños bosques y resguardadas de tapias, y en sus vecindades las eras enriquecidas de parvas piramidales que semejan piezas de ajedrez aguardando la mano que ha de moverlas.

La respiración de la noche lo ha cubierto todo de un vapor sutil y azulado. Parece que la naturaleza, salida apenas del sueño por las incitaciones de la luz, está todavía aperezada, en tanto que el hombre, aguijado por la necesidad que le impone la vida, se entrega ya á la actividad del trabajo.

La lontananza es magnífica y sublime. ¡Alma, creada para lo bello y lo grande, entrégate á la contemplación de las maravillas de Dios y vuela hácia El! ¡Corazón, salta, agítate, canta!... ¡Oh! ¡Cuán pocas veces pueden los

ojos del hombre recrearse en cuadro como éste!

La gran cordillera es por todas partes el límite de la llanura. A sus faldas comienzan á levantarse grupos de nieblas como blancos fantasmas que surgen de las entrañas de la tierra para indagar curiosos lo que hubiese acontecido durante la noche en el mundo. Aún no se divisan bien las protuberancias y las grietas de las serranías: los Andes no son todavía sino una inmensa mole negra y confusa; no son visibles sino las cascadas que bajan de sus cimas, y que entre las sombras, allá á tanta distancia, parecen aberturas por las cuales se escapan la luz del otro mundo.

¡Cuánto monte de inmensa altura! A nuestras espaldas el escarpado Casahuala vestido de girones de nieve que no alcanzan á cubrirle el negro y agrierado cuerpo; al Sur el Chimborazo, blanco desde su vertiginosa cumbre hasta sus amplias y tendidas faldas; delante de él las gigantes ruinas del Carihuairazo; á la izquierda las alturas de Cumbijín, cual obscuro túmulo que sustenta el cadáver de un titán envuelto en su blanca mortaja; atrás el Sangay, bramando siempre y coronado de un penacho de fuego; luego el Altar, que si antes fué cerro magnífico *(Capac Urcu)*, hoy le queda la belleza de su misma irregularidad y sus picachos siempre cándidos y resplandecientes; al Sures-

te el Tungurahua, que parece alzarse de los abismos en busca de las regiones de la luz; al Este el Quilindaña que, medio avergonzado, muestra apenas su cónica frente manchada de blanco y negro; y el famoso Cotopaxi, deleite de los ojos por su hermosura y terror de los corazones por sus iras; y el Antisana, uno de nuestros viejos volcanes de cuya actividad, que debió ser formidable, se ha perdido hasta la memoria; y el Puzhalagua, humillado por la vecindad del Cotopaxi; y el sombrío Rumiñahui de histórico nombre; y allá, muy lejos, el Cayambe; y más acá el Pichincha, la montaña madre que arrulla en sus faldas á la ciudad de los Shiris; y más cerca aún el Corazón...

¡Cuánto monte de inmensa altura! ¡cuánta belleza! ¡cuánta sublimidad! ¿Dónde hay en el mundo espectáculo á éste semejante?

Enhiestos, inmóviles, mudos, ahí están esos gigantes como que algo esperan: algo más bello y sublime que sus blancas moles; algo... un Dios que no tardará en presentarse.

¿Qué esperan? Lo mismo que espera el hombre, lo mismo que espera toda la naturaleza... Esperan al sol.

Los oleajes de fuego del oriente, las reverberaciones de la fragua misteriosa que parecía arder tras la cordillera, son ya un foco de luz vivísima é indescriptible; olas de resplandor di-

vino se dilatan por el cielo y comienzan á derramarse por las cimas de las montañas: ya el Chimborazo brilla como una masa ígnea, y los picos del Casahuala esplenden como colosales diamantes. El Tungurahua recibe por su faz que mira al Norte un baño de sol, y la sombra huye y se recoge á la faz del Sur. El Cotopaxi lo recibe por este lado y tiene suavemente sombreado el opuesto. El Quilindaña parece sonreir besado por los rayos del astro rey. La luz va descendiendo por el Chimborazo, y ya participan de ella las ruinas del Carihuairazo; ya se tiende sobre los *pajonales* que toman el aspecto de un inmenso manto de oro.

Las crestas de la cordillera oriental se estremecen; su color es de un obscuro vaporoso y las corona un filete de rojo azulado chispeante y deslumbrador; ese filete es de pocos instantes: parece recogerse en un solo punto por la tracción poderosa de una divinidad que es dueña de él.

Todas las miradas están fijas en ese punto; no nos movemos, no chistamos; reina el silencio en el aire, y en la tierra y en las montañas... ¡Momento inenarrable!... ¡El sol! ¡al fin el sol! ¡Verdle!... ¡Oh cuán hermoso! cuán resplandeciente! cuán divino! Su luz inunda nuestras frentes y pechos y arroja atrás, angosta y prolongada, la sombra de los cuerpos. Nuestros

ojos no pueden resistir muchos segundos la viveza del resplandor y los sombreamos haciendo viseras de las manos. Un grito de entusiasmo se ha escapado de nuestros corazones, que participan de la alegría de toda la naturaleza. Todo se anima, ríe, canta y saluda al padre de la luz.

—¡Salve, oh sol! Justa fué la adoración que te rendían los Incas y los Shiris: si tenían cerrados los ojos del alma y no podían contemplar á Dios en las regiones del espíritu, ¿á qué otro sér con más razón que á tí pudieron dedicar su amor, veneración y culto?

* * *

Todavía estábamos embebecidos en la contemplación del nacimiento del más bello de los astros. cuando uno de los pajes me tocó el hombro, y con el rostro iluminado por el contento y en voz callada y misteriosa, me dijo, señalándome una colina cercana:

—¡Patrón, allí!

—¿Qué hay allí?

—Un venado hermosísimo.

—¡Un venado! Vamos.

Tomé la escopeta y seguí al punto al paje. Este hizo inconscientemente el oficio de

un diablo tentador; la tentación vino de súbito, y no reflexioné, como no había reflexionado otras muchas veces en casos análagos.

¿Qué iba hacer yo?...

En medio de la escena de vida, belleza y esplandor de la naturaleza, ¿faltaba por ventura la muerte para completar tan magnífico cuadro?

¡Oh si me hubiese hecho yo mismo esta pregunta cuando, con la escopeta al hombro, trepaba la colina...!

A la caída opuesta, á doscientos metros de distancia, brillaba un charco como un redondo espejo encajado en moldura de esmeralda. A su margen y de pies se hallaba un curpulento y gallardo ciervo que lucía su cornamenta de múltiples puntas como una corona magnífica. Junto á él su fiel compañera, de frente desarmada, en señal de sumision y de que á nadie ofenderá jamás, ora se volvía á mirarle, ora arrancaba la fresca grama y masticaba tranquilamente. Sin duda allí pasaron juntos la noche, y se recrearon también con las bellezas de la aurora, con el esplendor del nacimiento del sol, con la alegría y la risa de la naturaleza al dispertarse y comenzar un nuevo día. ¿Por qué no? ¿Sabemos, por ventura, que los animales son insensibles á la belleza, y que el gozarla es privilegio exclusivo del ser racional?

El cuadro que yo tenía delante era digno de los pinceles de un artista y de los versos de un poeta. El artista y el poeta tenían derecho sobre él, como lo tienen sobre toda belleza; yo... me arrogaba un derecho feroz: el derecho de destruir la obra de la naturaleza!

Me agazapé, me acerqué algún tanto, tendí el arma, afiné la puntería, disparé....

El ciervo dió á un tiempo un rugido y un salto y cayó de lomos, y batió desesperadamente las patas; la hembra, asustada, vió un instante á su compañero en las ansias de la muerte y huyó con la velocidad de una ráfaga.

Yo y el paje corrimos á apoderarnos de la presa. El infeliz ciervo agonizaba en el momento que nos acercamos, Manaba su pecho humeante sangre; entre el trémulo aliento percibíase un quejido breve y apagado, y la mirada tristísima de mi víctima se clavó en mí. Mirada de reconvención, de queja amarguísima que me penetró el alma; ella me descubrió que yo acababa de cometer una mala acción. ¿Por qué la cometí? ¿qué necesidad tuve de quitar la vida á ese inocente é inofensivo morador de los páramos? ¿No era él con su tierna gama parte del cuadro que había puesto Dios allí para que lo admirásemos y no para que fuese bárbaramente descabalado por un placer caprichoso é injustificable?

Sí, la mirada del ciervo moribundo fué un elocuente lenguaje: me reconvino, se quejó, me acusó ante mi propia conciencia. Me apesaré y arrepentí, y maldije la tentación á que me arrastró mi paje. El ciervo triunfó de mí al morir: murió vengado.

Mis compañeros celebraron mi destreza de cazador y recibieron con júbilo el cadáver de mi víctima; pero mi contento de toda la mañana se había desvanecido. Parecíame que el sol y todos los objetos de la naturaleza reprobaban mi acción indigna para con un hijo de ella.

. . . . . .

* * *

Habíamos vuelto de nuestra excursión matutina. El resto del día lo pasé de mal humor y triste. Por la noche me encerré en mi gabinete, acompañado de la imagen del ciervo mirándome con ojos tristes y moribundos que me reconvenían, que me acusaban. Quise desahogarme algún tanto y escribí:

EL CIERVO

Allá en la altura del Yahual *desierta,*
En compañía de su hermosa gama,
Pace un ciervo las flores y la grama,
De que la faz del monte está cubierta.

El alma al gozo y á la paz abierta,
Seguro del amor que á su hembra inflama,
De aquella soledad el rey se aclama,
Y juzga ufano su ventura cierta.

¿Qué tiene que temer? ¿A quién mal ha hecho?
¿Qué ajeno bien los dones arrebatan
Que natura le dió con larga mano?...

¡Pom!... Un tiro... Y el ciervo, roto el pecho,
Cae á no alzarse más.—¿Por qué le matan?
—¡Ay! porque es el matar un placer humano!

FIN

INDICE

PAGINAS

Porque soy Cristiano 9

Entre dos tías y un tío 75

Un matrimonio inconveniente 157

Una mañana en los Andes 253